UNIVERSITY
OF FLORIDA
LIBRARIES

PRÓCERES

Digitized by the Internet Archive
in 2018 with funding from
University of Florida, George A. Smathers Libraries

https://archive.org/details/prceresensayosbi00carb_0

28-1532

NÉSTOR CARBONELL
DE LAS ACADEMIAS NACIONAL DE ARTES Y LETRAS
Y DE LA HISTORIA DE CUBA

PRÓCERES

ENSAYOS BIOGRÁFICOS

LÁPICES DE ESTEBAN VALDERRAMA

EDICIÓN ESPECIAL
CON MOTIVO DE LA VI CONFERENCIA INTERNACIONAL
AMERICANA

HABANA
MONTALVO Y CARDENAS
AVE. DE ITALIA 103
1928

ADVERTENCIA

Las páginas que componen este libro, escritas fueron hace algunos años. El pesimismo que en algunas se nota, hijo fué del momento: reflejan un estado de alma. Pase de prisa el lector de ahora por cerca de esas sombras.

N. C.

Habana, diciembre de 1927.

EXVOTO

Padre:

Usted me enseñó a amar la patria desde niño, como ya parece que no es costumbre amarla, y sembró en mi alma, todavía en flor, el culto por sus grandes servidores. A usted, padre, a quien ni los años, ni las miserias o torpezas de sus compatriotas le han hecho renegar del pasado glorioso, a usted dedico este libro de ofrenda a la patria y a los que murieron pensando en ella: sirviéndola!

N. C.

10.28-63 Iturriaga W. I.

AL LECTOR

Este libro no habla de próceres vivos: este libro habla únicamente de próceres muertos. No habla de vivos que parecen estar muertos: habla de muertos que están vivos. Para escribirlo, me alejé unos días de la ciudad rebosante de odios y apetitos desmesurados, escalé la montaña—eje del mundo—y de pie en ella me mantuve viendo pasar, sobre el gran vacío, el cortejo de las sombras épicas, la legión de las almas gloriosas. Este libro no es un gajo de laurel para la mesa de los triunfadores circunstanciales: este libro es una guirnalda de siemprevivas para las tumbas casi ocultas por la yerba, de los que fueron astros y hoy son polvo. Para escribirlo, no tuve necesidad de llamar a puertas cerradas, ni hacer reverencias, ni disfrazarme el pensamiento, ni ponerme antiparras partidaristas, ni extender la mano pordiosera: para escribirlo me bastó con palparme el corazón y saber que estaba sano, con hurgar piadosamente en los almacenes de la historia patria, en su pasado magnífico,—almohada de bronce, arco de luz, collar de sueños...

No ignoro que más útil, que más conveniente desde el punto de vista práctico, me hubiera sido hacer un libro ensalzando a los próceres vivos, aunque éstos vivan empujándose unos a otros, pellizcándose los méritos, mordiéndose

las honras, apedreándose las casas. Yo bien sé eso; pero me duele escribir páginas para que sean rotas con ira, o manchadas con vileza. ¿Y de qué cubano, de qué cubano que valga de veras, y mande o aspire a mandar, o tenga siquiera opiniones propias acerca de la cosa pública, podría escribirse hoy, sin despertar la maledicencia, que tiene voz tonante, y la envidia, que tiene dientes largos?

De los que ya no alientan, de los que ya no aspiran, hablo en estas hojas, y no de los que aspiran y alientan. La muerte redime al hombre: morir es ascender. La vida, el demasiado amor a la vida y a sus goces, lo rebaja. Morir es a veces comenzar a vivir. La historia nos enseña que es necesario saber desaparecer a tiempo, antes de que el penacho ruede por el suelo, salpicado de fango. Ah, no se muere del todo, cuando se deja en el mundo el recuerdo de una buena acción o de un hecho hermoso. No; no están muertos los cubanos, los próceres cubanos de que habla este libro: ellos viven: viven en la memoria de todos sus compatriotas: a unos, su recuerdo los atormenta, porque les hace ver su infinita pequeñez: a otros, les hace bien, porque por ellos, a pesar de las feas realidades, creen todavía en la gloria y en la inmortalidad, y se sienten capaces de conquistarla o merecerla...

NÉSTOR CARBONELL.

Octubre de 1919.

IGNACIO AGRAMONTE

Nació el 23 de diciembre de 1841.—Murió el 11 de mayo de 1873

IGNACIO AGRAMONTE

Tenía Agramonte, como San Martín, al decir de un egregio poeta, dos blancuras: su espada y su conciencia. Era un santo por la bondad y un león por el valor. Martí lo llamó "un brillante con alma de beso"; Zambrana, "un arcángel soñado por la leyenda de oro"; Manuel Sanguily, "un romano de los heroicos tiempos de la gran República". Nuestra historia, todavía en pañales, no lo ha mostrado hasta ahora más que para reverenciarlo y bendecirlo. Nadie sabe si tuvo errores, si pecó alguna vez, si hizo mal. Nadie sabe más sino que fué, en la República en armas, un Catón; para sus soldados, un camarada y un padre; para el enemigo, en el combate, todo fiereza; en la adversidad, todo perdón. Ignacio Agramonte fué, entre aquella pléyade de gigantes del 68, la encarnación de los más puros anhelos de democracia y de respeto a la libertad plena del hombre. Los cubanos nunca podrán

olvidarlo. Mientras haya quienes opriman, tendrá contrarios; mientras haya oprimidos, tendrá hijos...

En la ciudad de Puerto Príncipe, hoy Camagüey, nació. Fué su padre persona de cultura y energía poco comunes en aquellos tiempos de esclavitud. Y su madre, una bella dama de fina distinción. En distintas escuelas de la propia ciudad natal hizo los primeros estudios. Luego, mozo ya, pasó a la Habana, donde ingresó como alumno del Salvador, famoso colegio de José de la Luz y Caballero—mentor sublime de grandes almas y grandes entendimientos. De este colegio salió para la Universidad, donde obtuvo, más tarde, el grado de licenciado en Derecho Civil y Canónico, ganando las más altas notas en los exámenes de cada una de las asignaturas. Abogado titular, regresó a Puerto Príncipe, donde a poco era como el niño mimado de la sociedad: los hombres lo respetaban; las mujeres lo amaban. En defensa de una hermosura, tuvo un duelo con un militar español, al cual hirió en el cuello. Galante y cortés, la vida hubiera dado en todo instante por su dama: ¡por una dama!

Meses antes de estallar en Yara la revolución iniciada por Céspedes, contrajo matrimonio, sin abjurar por ello de la libertad, madre santa a la que en silencio se había jurado y le había prometido el brazo fuerte, el ancho pensar, el generoso sentir. Así, cuando supo el levantamiento del

caudillo bayamés, tomó sereno la resolución de secundarlo; y al mes escaso, seguido de otros jóvenes camagüeyanos, se echó al monte, a la manigua, abandonando las dulzuras del hogar, todavía oliente a azahares, y a la bella compañera, todavía con las mieles del primer beso en los labios... La patria era lo primero. El deber primero que la felicidad. Morir como un perro entre breñas y piedras, primero que vivir entre flores y luces, pero sin ciudadanía y sin bandera.

Desarmados, indisciplinados, comidos de discordias los cubanos, pocos meses después de haber estallado la revolución, parecía ésta en peligro inminente de fracasar en el Camagüey, cuando imponiéndose él, por la elocuencia de la palabra y la fe de su patriotismo, logró guiar a la mayoría por el camino del deber. Gracias a su entereza, se dió la espalda a los propósitos de sumisión propuestos por Napoleón Arango. Por su entereza, por su valor a toda prueba, no recibió la guerra, entonces, en el Departamento del Centro, puñalada de muerte.

Cuando las fuerzas cubanas de Oriente proclamaron a Céspedes Jefe Supremo—Capitán General de la isla de Cuba—, Agramonte, y con él los componentes del Comité del Centro, trataron, después de decretar la abolición de la esclavitud, de convencer al caudillo de Yara de la necesidad de dar, desde sus raíces, forma y carácter republicano a los territorios insurreccionados. Pero Céspedes no accedió, por lo que, comi-

sionado Agramonte para entrevistarse con aquél, así lo hizo, dando esto lugar a la ruptura y enemistad de ambos próceres. Los revolucionarios, más tarde, dieron en parte la razón a Agramonte. Convocada la Asamblea de Guáimaro, se reunieron representantes de todas las provincias en armas. Allí quedó aprobada la Constitución de la República, obra de Agramonte y de Zambrana, Secretarios de la Asamblea Constituyente, y luego de la primera Cámara legislativa.

Días después, constituído el Gobierno, elegido Céspedes Presidente, abandonó Agramonte su puesto de Secretario de la Cámara legislativa, para ir, nombrado Mayor General, Jefe de la División del Camagüey, a organizar militarmente aquella provincia. Fué entonces que se mostró en toda su grandeza, hombre de gran carácter, de raras cualidades: hombre enérgico, valiente, generoso, puro. Viejas rencillas y nuevas divergencias le hicieron renunciar el cargo, volviendo más tarde a él, al ver que la revolución agonizaba. Agramonte hizo un llamamiento al honor y al patriotismo de sus paisanos, y—prodigio de actividad y abnegación—levantó los espíritus caídos, fortaleció a los menguados y esparció en torno suyo la esperanza.

La suerte no le acompañó siempre: en más de una ocasión le negó ésta sus favores, como en el ataque a la torre óptica de Colón, en Pinto, desastre del que se repuso después realizando una hazaña digna de las páginas de la Ilíada.

Fué ésta el rescate de su amigo y compañero Julio Sanguily, el bravo general, bello como un personaje de leyenda. Avisado Agramonte de que Sanguily había caído en poder de los españoles, siente latir el corazón con latidos desacompasados, y resplandeciente el rostro por la luz de la inmortalidad, no pregunta qué fuerzas lo llevan prisionero, ni cuántos hombres componen la suya, ni las condiciones en que estaba, sino que, enardecido, colérico, se pone en persecución del enemigo. Cuando pudo divisarlo, se vuelve a los suyos, para decirles: "El general Sanguily va prisionero en aquella columna española, y es necesario rescatarlo vivo o muerto, o perecer todos con él." Terminado este apóstrofe, ordena, sin dar tiempo a reflexiones, que se tocara a *degüello,* lanzándose el primero, al frente de sus treinta y cinco compañeros, machete en alto, sobre la tropa contraria. Sanguily fué rescatado.

Muchas serían las páginas que habría que escribir para reseñar, ligeramente que fuese, las proezas de Agramonte. Luchando sin descanso, peleando casi diariamente, estuvo cerca de dos años, hasta que al fin, en los campos de Jimaguayú, cayó desplomado en el fragor de un combate. Su cadáver, como el de Martí en la revolución del 95, quedó en poder de los adversarios, y conducido a su ciudad natal, fué quemado, y sus cenizas esparcidas al viento... ¡Al viento de la inmortalidad y de la gloria!...

JOAQUIN DE AGUERO

Nació el 15 de noviembre de 1816.—Murió el 12 de agosto de 1851

JOAQUIN DE AGÜERO

No comenzó la gloria y el martirio de la patria cubana, no comenzaron los cubanos a sangrar y a morir por la libertad, el 10 de octubre de 1868. Diez y siete años antes del levantamiento de Yara, había resonado en los montes del Camagüey, Trinidad y Pinar del Río, el mágico grito de ¡guerra al tirano! y habíanse estremecido sus llanuras bajo la correría fantástica de la montonera rebelde... ¿Quiénes sacaron a pelear, entonces, a los hijos de Cuba? En Camagüey, un caballero rico y culto y del más puro linaje: Joaquín de Agüero, de los primeros en la legión de nuestros mártires! Ahogaron en flor aquella revolución. Pero la huella sangrienta quedó en el camino recorrido. En la Sabana de Arroyo Méndez, abonada por la sangre del precursor resuelto, quedaron esparcidas las semillas que más tarde habían de fructificar. La senda del honor está odornada de cruces; pero siem-

pre habrá quienes emulen a los que en ella perecieron! La muerte en el campo de batalla, en el cadalso o en el presidio, no intimida, si el que allí muere sabe hacer de su muerte bandera y pedestal. Un héroe que cae estimula más que acobarda a los que se sienten capaces de ser héroes. No pensaba Céspedes en ponerse al frente de un movimiento revolucionario; no había nacido Martí, y ya Joaquín de Agüero ofrendaba su existencia por la misma causa que la ofrendaron más tarde, el primero en San Lorenzo, el segundo en Dos Ríos...

Fruto de un matrimonio honrado, vino a la vida en Camagüey. En la propia casa tuvo su primer maestro. Luego recibió esmerada educación en las mejores escuelas de la ciudad. Más tarde vino a la Habana, donde se graduó de bachiller en leyes. Y si no se hizo abogado, como era su deseo, fué debido a que, enfermo su padre, lo llamaron precipitadamente para confiarle la dirección de sus intereses. A poco de encontrarse de nuevo en su ciudad natal, el amor, siempre vigilante, lo encadenó con sus dulces cadenas. Meses después de formar su hogar, le dijeron adiós para siempre, uno tras otro, su madre y su padre. A la muerte de seres tan queridos, tomó posesión de una considerable fortuna. Dueño de ésta, no pensó, como la juventud alocada, en hacerse un palacio y vivir en la holganza, sino en trabajar y ser útil a los suyos y a su país. Y fué su primer acto público, enton-

ces, fundar una escuela gratuita en Guáimaro. En pago de acción tan generosa, el Gobierno local le dió las gracias y la Sociedad Económica le confirió el título de socio de mérito.

Llevado de su alma liberal, de su corazón bondadoso, concibió el propósito de dar libertad a los esclavos que había heredado. Y lo realizó. Arranque inaudito para los que traficaban con carne humana, fué interpretado infamemente por el Gobierno, que lo sometió a procedimientos lesivos. ¡Ni derecho a hacer de lo propio lo que le viniera en ganas, tenían en aquellos tiempos los pobres cubanos! En más de una ocasión trataron de complicarlo en supuestas conspiraciones. Deseoso de alejar de su persona estas sospechas, se fué a los Estados Unidos, lugar donde sólo permaneció unos tres meses. A su regreso, vióse nuevamente sometido a interrogatorios, terminados los cuales pasó al campo, a cuyas faenas se dedicó durante algunos años. Después de un viaje a Canarias, adonde fuera ansioso de promover la inmigración blanca, se estableció de nuevo en Camagüey.

Señalado, en 1851, como autor de los folletos y proclamas que circulaban, hostiles a España, prefirió a la ciudad abyecta el monte puro. Y al monte fuése seguido de nueve compañeros. Declarado rebelde, determina fomentar una revolución en contra del poder opresor, llevando como ideal la libertad e independencia de Cuba. Moviéndose de un lado a otro, esquivando encuen-

tros, logra reunir unos sesenta hombres dispuestos como él a combatir. A todos previene y les hace conocer el objeto de la revolución. Pero la desdicha lo persigue, y su campamento es asaltado. Dispersa su gente, huye por los manigua-les. Reorganizados de nuevo, concibe el plan de atacar a las Tunas. Y otra vez la fatalidad lo vapulea: preparadas sus fuerzas para el asalto, establecidas las consignas, al romper el fuego, se desconocen, y se arremeten con furia unos a otros. En tanto, la tropa enemiga, que comprende el error sufrido, les carga rápidamente. Perseguidos de cerca, como venados por jauría hambrienta, logran algunos ganar el bosque: Agüero entre éstos. Sano y salvo, aunque maltrecho, espera, todavía confiado, noticias de otros levantamientos. ¡Mas todo en vano!

Con Agüero escaparon tres más: Miguel Benavides, Ubaldo Arteaga y Adolfo Pierra. Los cuatro, después de dos días de vagar a la ventura, de sufrir hambre y sed, llegaron a la hacienda El Júcaro. Allí se reunen con otros compañeros. Durante su permanencia en esta finca, tuvieron en más de una ocasión que salir huyendo de la persecución de la tropa española o de las partidas de campesinos mandadas por capitanes de partido. Conocida una proclama del general Lemery, en la cual éste ofrecía indulto a los que se acogieran de nuevo a la ley, Agüero deja en libertad de acción a los que le habían seguido. Cinco juraron acompañarlo hasta lo último, re-

sueltos a morir con él. Y estos cinco comenzaron una odisea triste, espantosa. Ansiosos de ver si se podían embarcar para los Estados Unidos, caen en manos de un traidor, que los delata. Norberto Primelles es el nombre de éste: ¡sirva su nombre, como la sombra, para hacer resaltar más el esplendor de sus víctimas!

En espera del bote salvador, del bote que los había de conducir al barco amigo, fueron acorralados y cogidos prisioneros, y luego abofeteados y vejados inícuamente. Atados los brazos por detrás y con la misma cuerda anudada en los tobillos, echaron a andar. El víacrucis fué largo. Donde quiera que hacían alto, eran puestos en cepos y sometidos a otros tormentos. Y cuando al fin llegaron al Camagüey, paseados fueron por la ciudad y encerrados luego en un calabozo. Largos y mortales días pasaron allí, hasta la celebración del Consejo de Guerra. De los compañeros de Agüero, de aquellos cinco bravos, dos fueron condenados a cadena perpetua. Los otros tres, Agüero entre ellos, a ser muertos en garrote vil. Cuando Agüero se enteró de la sentencia, sacó un espejito del bolsillo y pasándolo a sus compañeros, les dijo:—"Hijos míos, miraos esas caras patibularias." ¡Qué entereza la de aquel hombre, que aun en la antesala de la Eternidad, supo, con un chiste, arrancar risas a sus compañeros!

A las seis de la mañana del día 11 de agosto de 1851 entró Agüero en capilla, y con él sus

compañeros Betancourt, Zayas y Benavides. Y al amanecer del día siguiente, fueron conducidos, entre toques de corneta y redobles de tambores, a la Sabana de Arroyo Méndez, lugar distante una media legua de la ciudad del Camagüey, y allí, en la imposibilidad de ejecutarlos en garrote,—ya que los camagüeyanos buenos, creyendo poder evitar el alevoso asesinato, habían envenenado al verdugo—, fueron fusilados por la espalda. Allí, en aquella Sabana, escenario triste de un drama horrendo, abandonaron la vida, enamorados de un sublime ideal, cuatro cubanos ilustres, y entre esos cuatro, el que por su grandeza y su martirio, bien merece el tributo de un recuerdo constante, un mármol o un bronce que perpetúe su figura y que diga a las generaciones vivas quién fué uno de los primeros en la senda del deber y en la del martirio...

FRANCISCO VICENTE AGUILERA

Nació el 23 de junio de 1821.—Murió el 22 de febrero de 1877

FRANCISCO VICENTE AGUILERA

Hay hombres que son en la vida de los pueblos como jalones que señalan jornadas de gloria y de martirio. Aguilera es uno de ésos. Pensar en él, asomarse a su vida, es asistir a las pascuas de la libertad de Cuba, al viacrucis sangriento de sus defensores, y a su calvario. Aguilera fué uno de los caballeros sublimes del 10 de octubre de 1868,—día primero en el calendario de nuestro honor. Evocar su figura—alto y delgado y con la barba por el pecho—es verlo atravesar montes y visitar caseríos predicando, nuevo Cristo, la doctrina revolucionaria; es verlo, adolorida el alma por íntimas contrariedades, echarse selva adentro a encarar el peligro y la muerte, seguido de un puñado de bravos; es verlo, en fin, allá en el Norte frío, morir, más que de enfermedad, de la tristeza y horror de contemplar a sus paisanos entretenidos en dimes y diretes, dándose empujones y mordidas, mientras en la isla mártir encapotadas nubes

anunciaban la caída de los héroes en el desamparo y la indigencia.

Bayamés era Aguilera, lo mismo que Céspedes. Fueron sus padres personas distinguidas y acomodadas. En Santiago de Cuba recibió instrucción primaria. En la Habana, y en el colegio Carraguao, colegio de que era uno de los profesores el ilustre prócer José Silverio Jorrín, instrucción superior. Hombre ya, ansioso de conocer y vivir la verdadera democracia, de la que fué un enamorado fervoroso, viajó por los Estados Unidos, entonces en plena era de republicanismo verdadero. De regreso en Bayamo, vió morir a su padre, y contrajo matrimonio. Dueño de inmensa fortuna, todo parecía sonreírle. Y no era así: en el pecho, el dolor de su patria esclava no lo dejaba dormir tranquilo, y en las noches insomnes, tendía en vano los brazos como queriendo levantarla de la abyección y la miseria.

De maneras suaves, de poco hablar, bondadoso hasta la exageración, nadie lo hubiera creído capaz de la firmeza y tenacidad que poseía. Sus virtudes le granjearon una envidiable popularidad: en la comarca, y en muchas leguas a la redonda, era Aguilera como el patriarca bien amado. Una ocasión fué nombrado Alcalde ordinario de su pueblo. Y durante el tiempo que desempeñó ese cargo, fué más que juez, el amigo fraternal de todos. Dos que iban a verlo reñidos, salían amigos. Ese era su modo de hacer

justicia. Una vez en que se vió, conforme a la ley, en la necesidad de condenar a un hombre pobre, pagó él la multa. Del prestigio que gozaba entre los suyos, y aun entre los mismos enemigos, dice mucho la siguiente anécdota: se celebraban en Bayamo las fiestas de San Juan, fiestas que entonces tenían en toda Cuba gran pompa y resonancia. Recorrían la ciudad distintas comparsas: de pronto, de una de ellas se escapa un grito: ¡Viva la libertad! Denunciado al Gobernador el hecho, y acusado de haber dado ese grito el propio Aguilera, fué llamado éste a su presencia. Y al preguntarle el Gobernador:—¿Fué usted, Aguilera, el que profirió semejante grito? El contestó, seguro de su valer: —Dios nos libre a todos, señor Gobernador, de que yo dé ese grito!

Aguilera estuvo comprometido cuando la conspiración de Joaquín Agüero—el del Camagüey. Si no lo secundó, fué porque hallándose su madre en grave estado de salud, no se encontró con valor suficiente para abandonarla. Su amor de hijo era tanto, que—cuentan—juró entonces no mezclarse en otra conspiración mientras ella viviera.

En viaje de recreo, estuvo en Inglaterra, Francia e Italia. Después volvió a su pueblo natal, donde, teniendo por único objetivo la independencia de su país, abrió un expendio de carne, a cuyo frente puso a un hombre de toda su confianza, a Francisco Agüero, con el encargo

de conquistarse las simpatías de todos los vecinos del término, lo que logró aquél con creces. Aguilera perdió, es decir, gastó en sostener aquel expendio de carne, una gran cantidad de dinero; pero ganó lo que él quería: mucha voluntad y mucho brazo para la hora de la arremetida.

A principios del año 1867 comenzó sus primeros trabajos de conspiración. A poco era un reguero de pólvora la isla, pues había mandado comisiones a las Villas, a la Habana y Camagüey. Cuando llegó el año de 1868, la revolución era inminente: se sentía palpitar en las entrañas de la tierra. Fué entonces que ingresó Céspedes en el número de los conjurados. Así llega el 10 de octubre, y Céspedes, impelido a alzarse el primero, aparece como la cabeza de la revolución. Aguilera, que la había como tejido con sus manos, no se pone, sin embargo, a pensar en esto, y se fué también, sin preocuparse del puesto que iba a ocupar. ¡Los puestos no le importaban: lo que quería él era servir! Para aquel hombre no era la patria un comodín: si por inconsecuencias del destino no podía ser el primero, sería el segundo, o no sería más que uno de tantos. Así, resuelto y limpio de pequeñeces, se echó al monte, seguido de sus amigos y esclavos, a sangrar y a morir por el decoro y la libertad.

¡A qué grandes pruebas se vió sometido Aguilera! Primero en la contienda: más tarde en la emigración. Si la patria no hubiera sido para él una religión, quizás hubiera discutido

lauros y preeminencias. Pero él no era más que un patriota, capaz del mayor sacrificio por la felicidad de su tierra. Cuando se le impuso salir del campo, donde ya se moría a diario por la redención, salió sin replicar. Si era Cuba quien mandaba, obedecer era su lema. La emigración era, en aquella época, un nido de culebras y águilas. Aguilera fué allí a sufrir. Allí vivió decepcionado, ¡él, tan lleno de ilusiones siempre! y murió comido de pesares. Pero no ha muerto; hemos dicho mal. La muerte es la proveedora del olvido, mas también de la gloria. Conquistar fama es prolongar la existencia, porque aun estando muerto, se vive en la memoria de los demás. La gloria sigue a los héroes, pero no abandona a los mártires. Ahí está Cristo. Ahí está Aguilera...

FRANCISCO DE ARANGO Y PARREÑO

Nació el 22 de mayo de 1765.—Murió el 21 de marzo de 1837.

FRANCISCO DE ARANGO Y PARREÑO

No fué un apóstol de la libertad de su país; no fué siquiera un enamorado del divino ideal de independencia. Nacido en la colonia, educado en el amor a España, se sentía español. Con lealtad sirvió a la *madre patria,* aunque siempre en beneficio de su tierra y de sus paisanos. Entre las sombras que envolvían a Cuba y a sus hijos en aquel entonces, él era como faro de luz. La historia, nuestra historia de heroísmos y martirios, puede pasar por alto su nombre, no así la de nuestro adelanto y progreso científico, literario, comercial y agrícola. Esta parte de nuestra historia no lo podrá olvidar sin desdoro de la justicia, pues su nombre resume toda una época, y es la concreción de innumerables anhelos, de nobles esfuerzos, de ímprobas luchas en el orden de las ideas. Lo que Arango y Parreño hizo por su patria, impulsándola por el sendero de la cultura y del bien, equivale, tenien-

do en cuenta los tiempos en que le tocó vivir, a lo que luego hicieron por ella otros en el campo de la acción. A los pueblos les van naciendo, en sus distintas épocas de vida, sus mentores y sus héroes. Ni sobre barro ni sobre serpientes se puede levantar una nación. Y los cubanos como Arango y Parreño fueron los primeros en la preparación del terreno, cuando éste estaba más fangoso y más lleno de agujeros.

Oriundo de una de las más antiguas familias de la isla, nació en la Habana. Temprano supo de un gran dolor: del dolor de perder a sus padres. Desde muy niño gustó más de libros que de juegos y bullicios. Su inclinación a los estudios se hizo pasión. En el Seminario de San Carlos cursó humanidades con Domingo Mendoza. A los catorce años entró a manejar los cuantiosos intereses de su familia, tarea en la que dió muestras clarísimas del gran talento que poseía en el orden económico administrativo. Terminado el curso de filosofía, ingresó en la Universidad a estudiar leyes. Graduado de bachiller en derecho, pasó a Santo Domingo, asiento de la Audiencia antillana, con el fin de encargarse de la defensa de su familia en un pleito que en su contra sostenían poderosos señorones, y en el cual, autorizado para abogar como defensor, hizo gala de su saber y de su poderosa inteligencia, logrando al cabo resolución pronta y favorable.

De regreso de Santo Domingo fuése a Espa-

ña, donde cursó sus estudios superiores. Allí adquirió fama de orador elocuente y brillante. Ya con el título de abogado, lo nombraron apoderado en la Corte del Ayuntamiento de la Habana. Con esa representación, defiende enérgicamente, con macizos argumentos y en contra del Gobierno, los intereses de los cubanos. A él, en primer término, se debieron las reformas administrativas llevadas a cabo de 1789 a 1793, base de la prosperidad material y moral de Cuba.

Erró Arango y Parreño sosteniendo un día la necesidad de que continuara la trata y libre comercio del hombre negro, mancha de la civilización. Pero luego rectificó, declarándose abolicionista. En compañía de Luis de las Casas y de su primo José y otros cubanos eminentes, promovió la fundación de la Sociedad *Amigos del País,* sociedad de la que fué uno de los primeros directores y factor importante siempre. Fué su primer folleto uno sobre la Agricultura y medios de fomentarla, que dió lugar a la creación, en la Habana, de una Junta de Comercio y Tribunal Mercantil. Perteneció a la redacción del *Papel Periódico.* Nombrado Asesor del Tribunal de alzadas en Santo Domingo, allá se fué, para regresar más tarde, milagrosamente escapado de un naufragio. Fué en ese tiempo que introdujo en Cuba la caña de Otahiti, caña de gran rendimiento. A propuesta suya se creó un organismo nombrado *Real Consulado,* del

cual lo designaron Primer Síndico. En este cargo mostró tanto acierto, actividad y patriotismo tantos, que conquistó calurosos elogios oficiales y privados.

Bajo el mando del marqués de Someruelos, se le confió una misión diplomática, la cual desempeño de manera tan admirable, que al rendir informe de haberla terminado, una aureola de popularidad circundó su persona, siendo desde entonces el consultor de todos los gobernantes que se sucedieron. El Rey le concedió la Gran Cruz de Carlos III. Esta comisión, y el haber logrado la libertad del comercio, hizo que su nombre se pregonara como el de un gran estadista. Hasta el extranjero llegó su fama. En lengua extranjera fueron reproducidos sus folletos, o citados con encomio. Nombrado asesor de la Factoría de tabaco, sufre en su desempeño las primeras mordeduras de la envidia y los primeros codazos del odio. A los ataques virulentos de sus contrincantes, contesta en su *Informe sobre los males y remedios que en la Isla de Cuba tiene el ramo de tabaco,* trabajo donde dió comienzo a su campaña contra el triste e inicuo monopolio de la Factoría. En 1808, a causa de la guerra de España y Francia, y en virtud de encontrarse el comercio de Cuba postrado, predica la necesidad del comercio libre, consiguiendo esto, no sin antes sostener grandes debates. Gracias a él, a su tenaz desinterés y fuerza de razonamiento, logró Cuba la libertad del comer-

cio. Después de esto, se le acusó de ambicioso, y por último, de contrario al régimen de España, lo que hizo su situación muy difícil.

Elegido más tarde diputado a las Cortes, en representación de Cuba, sale para España, no sin antes donar al Ayuntamiento de Güines un valioso edificio para escuela. La escuela creada por Arango y Parreño no comenzó a funcionar en Güines hasta su regreso de España. Mas como no hay humana gloria completa, como parece imposible que se pueda saborearla sin probar también lo amargo de la desdicha, se le persiguió y tachó de *adicto a la independencia* cuando el período borrascoso del año 1823. Sufrió entonces, pero también gozó satisfacciones. Cuando se es grande de veras, la maldad hinca los dientes, pero no envenena. Y él era grande.

Cansado al fin de la vida pública, se retiró a su casa. A pesar de ello, es nombrado promotor con Laborde y Cárdenas y Manzano, del Instituto Cubano que debía regentear Luz y Caballero. También, en su retiro, le comisionó el Gobierno para la redacción de un Código acerca de la *Potestad doméstica.* Hasta la residencia de su ingenio La Ninfa van a consultarle, a pedirle su consejo los funcionarios públicos. Escribiendo, "porque no podía estar sin hacer algo", como dice Calcagno, lo sorprendió la muerte, viejo ya y cansado, y mirando acaso, con los ojos moribundos, cómo sus conquistas en beneficio de su patria eran combatidas furiosamente.

ISIDORO DE ARMENTEROS

Nació el 4 de abril de 1808.—Murió el 18 de agosto de 1851

ISIDORO DE ARMENTEROS

Su nombre evoca toda una tragedia: habla de heroísmo y martirios. Si, este nombre, olvidado o casi olvidado, llena en la Ilíada de la patria cubana, una página de gloria y de dolor. No se necesita ganar batallas para ser un héroe: también se es héroe en la derrota, como se es manteniéndose en la sombra y descabezando, callado, las propias pasiones. ¿Acaso no se necesita, a veces, más valor para mantenerse quieto que para echarse, rifle en mano, sobre los enemigos? Héroe—muy digno del título—fué Isidoro de Armenteros, pobre caballero de la libertad, sacrificado inútilmente. ¿Inútilmente? No: la sangre que los tiranos hacen verter jamás es estéril. La sangre que los héroes derraman, alecciona, fertiliza: es levadura santa, es semilla que más tarde o más temprano revienta en hojas, y en flores y en frutos...

En Trinidad, la vieja ciudad señorial, nació, hijo de padres distinguidos y de buena po-

sición económica. Hombre ya, lo sedujo el divino ideal de independencia, la grandiosa idea de hacer de su tierra esclava una República libre, y a realizar el sueño, a llevar a cabo el propósito, consagróse. Cuando el general Narciso López comenzó a conspirar en la *Mina de la Rosa Cubana,* lo tuvo a su lado, como uno de sus más adictos y entusiastas auxiliares. Fracasado este intento, continuó conspirando. Habiendo tenido necesidad, por esa época, de ir a Santiago de Cuba, es detenido y encarcelado. Allí se le formó causa por juzgársele complicado en el movimiento revolucionario latente en todo el país, aunque sin base ni concierto. Mas tarde vino a la Habana, donde visitó y trató al ilustre abogado Anacleto Bermúdez, fervoroso patriota, jefe entonces de la Junta Revolucionaria de la capital. En la Habana conoció también a Serapio Recio, presidente de la Sociedad Libertadora de Puerto Príncipe. Puesto de acuerdo con tan meritísimos patricios, queda concertado el movimiento que habría de estallar, simultáneamente, en Puerto Príncipe y Trinidad, fijándose la fecha comprendida entre las fiestas de San Juan y San Pedro, ya que con motivo de éstas, podrían los bravos campesinos comprometidos en la conspiración permanecer en las ciudades sin despertar sospechas.

Cuarenta y tres años había cumplido y era teniente coronel graduado de milicia, cuando de Cienfuegos sale para Trinidad, llevando la

familia. En Trinidad la deja, y viene hacia la Habana, con el fin de ultimar lo necesario para el alzamiento. Dispuesto éste para el mes de junio, unido a Hernández Echarri—romántica figura, hombre de gran talento y generoso corazón, caído en pleno mediodía—, a Francisco Pérez Zúñiga, a Ignacio Belén Pérez, a Juan Cadalso y a otros, acuerda pronunciarse el mismo día de San Pedro, al caer la tarde. El plan era aprovechar que en la casa del comandante de infantería del Regimiento de Tarragona estarían reunidos, con motivo de ser el día de su santo, el Teniente Gobernador y los oficiales de la guarnición, para rodear la casa y hacerlos a todos prisioneros.

Llegado que fué ese día, viéronse las calles de Trinidad pobladas de numerosos jinetes, venidos casi todos del interior. Andaban en grupos, y cada grupo llevaba, a manera de jefe, una persona que los dirigía. La trama se iba a desarrollar. En los rostros graves se leía que una empresa de importancia iba a realizarse. La decisión la llevaban en la mirada. De súbito comienzan los jinetes a abandonar la ciudad, que a poco estaba casi desierta. ¿Qué había sucedido? Pues que alguno de los hacendados comprometidos en el movimiento, pusilánime, echó a volar entre la gente juramentada que todo había sido descubierto. Armenteros, con Hernández Echarri, y otros jóvenes, cabezas directoras del alzamiento, se echan a la calle y se enteran

de que los mayorales, acompañados de los campesinos, se habían vuelto para sus ingenios y fincas.

El fracaso era inminente. El desaliento cundía. Pero no llegó hasta el ánimo de Armenteros, quien continuó, junto con Hernández Echarri, los Pérez y Desiderio López, reorganizando las huestes con que había de tremolar, al fin, la bandera de la rebeldía. Así pasa un mes, y llegada la noche del veinticuatro de julio, seguido de unos cuantos compañeros, da el grito de guerra y proclama la independencia de Cuba. Nueve hombres solamente le habían seguido. Luego se le une Desiderio López, con dos más. Este último, desalentado, le propone que en vista del nuevo fracaso, cada cual debía irse para su casa, aprovechando que el Gobierno todavía no se había dado cuenta de lo sucedido. Armenteros rechaza esta proposición, y con los suyos fué a los ingenios *Palmarito* y *Yaguaramas,* donde se hace de algunas armas y pertrechos, y en donde algunos engrosan su fuerza, que ya asciende a veintiocho hombres. Camino del potrero Las Avispas, donde esperaba que se le reunirían Pérez y Hernández Echarri, se encuentra con el correo de Vuelta Arriba que conducía la correspondencia. Ocupa la del Gobierno, y lee, espantado, contrito, la noticia del final triste y desastroso del movimiento iniciado en Camagüey por Joaquín de Agüero.

Oprimido el corazón, continúa, sin embargo,

resuelto, el camino emprendido. Llegan al potrero *Las Avispas,* y se le unen once jóvenes a pie y desarmados. Al frente de la inexperta legión resuelve internarse en las montañas con el propósito de organizarla. En Guinía de Miranda da lectura Hernández Echarri a dos proclamas, altamente entusiásticas y generosas. Revista luego la fuerza, y notando que algunos de sus hombres no tienen armas, dispone que uno de sus tenientes se encargase de asaltar los ingenios *Mayaguaro* y *Sacra familia,* propiedades ambos de españoles. La orden se lleva a cabo inmediatamente. A la mañana siguiente, regresaba de esta operación, victorioso, radiante de júbilo, Rafael Arcís y Bravo, el héroe de la jornada. Los gritos de ¡viva Cuba libre! atronaban el espacio y parecían estremecer los valles y las cumbres.

De sesenta y nueve hombres se componía ya la cabalgata de los libertadores. Con el propósito de invadir el territorio villaclareño, púsose en marcha. Pero con noticias de que habían salido en su persecución tropas españolas, duda Armenteros si continuar o contramarchar. En esta situación es sorprendido y rudamente atacado por varios batallones del Gobierno. El combate, desigual, es desde los primeros momenmentos ventajoso para los contrarios. Armenteros y los suyos retroceden rumbo a las montañas. De pronto, se encuentra cerrada la vereda. Con este motivo, da la orden de echar pie a

tierra, orden que es interpretada como un *sálvese quien pueda,* pues la gente se dispersó, yendo unos a caer prisioneros y otros a acogerse a la *legalidad.*

Solo, y después de andar algunos días sin orientación, se presenta Armenteros, el primero de agosto, al Teniente del Regimiento de Tarragona, José María Espinosa. Conducido a Trinidad, fué, al igual que sus demás compañeros de gloria e infortunio, llevado a juicio de la Comisión Militar *ejecutora* y *permanente.* Y ocho días después de encarcelado y procesado, se le condena a oír de rodillas su sentencia de muerte y a ser fusilado por la espalda. Cuando sereno, iba camino del sitio en que había de ser acribillado a balazos, uno de sus compañeros—Rafael Arcís—pidió un poco de ginebra, por lo que él dijo: "Rafael, no tomes ginebra, pues van a creer que tienes miedo."

A las seis de la mañana del día 18 de agosto, en el campo nombrado Mano del Negro, fué, después de degradado, fusilado por la espalda, el cubano valeroso que pagó con la vida su amor a la independencia. Su cadáver fué recogido por sus familiares, así como los de sus compañeros, y enterrado en el cementerio general de Trinidad. ¿Qué es de su tumba? Acaso esté borrada, tal vez si no hay en ella ni una flor ¡Pobres muertos!

GASPAR BETANCOURT CISNEROS

Nació el 28 de abril de 1803.—Murió el 7 de diciembre de 1866.

GASPAR BETANCOURT CISNEROS

Grande por la inteligencia y grande por el corazón, su nombre suena a gloria. Escritor de profundos conocimientos y espíritu liberal, su pluma fué como un ariete y como una palanca: echaba abajo y levantaba! A los trazos de ella vinieron abajo viejas preocupaciones y se levantaron altares a los beneméritos de la patria. Seguro de que los tiranos en ningún tiempo ceden a razonamientos ni a ruegos, propagaba la revolución, que es, cuando es necesaria, un ahorro de tiempo, de sangre y de vergüenza. Un día, llevado por su animosidad al dominio de España en su país, brega por la anexión de Cuba a los Estados Unidos, lo que felizmente no logra,—felizmente, pues que de haber sido Cuba anexada entonces, no seríamos hoy lo que somos, una república, con nuestra bandera y nuestro himno y nuestras llagas y nuestras cojeras... Gaspar Betancourt Cisneros, *El Lugareño,* seudónimo con que se le conoce en el campo del pe-

riodismo, fué para su pueblo, en el orden de las ideas, un mentor, y en el orden de la acción, un futuro caudillo...

En Puerto Príncipe, el legendario, vino a la vida. Fueron sus padres personas acomodadas y distinguidas. Los primeros estudios los hizo en la propia ciudad natal, pasando luego a los Estados Unidos, donde, a la vez que se nutrió de aires de libertad y de justicia, recibió amplios y sólidos conocimientos en los distintos ramos del saber humano. Al año escaso de estar en New York conoció y se hizo amigo de José Antonio Saco, residente entonces en la gran ciudad, lo mismo que del ilustre y venerable patricio José Antonio Iznaga y de otros cubanos de valía, todos expatriados por su amor a la libertad, amor que no hay que confundir con la pasión por el tiple y la danza, y por el plátano frito y las palmas rumorosas.

Fué en ese tiempo cuando, conociendo de las últimas victorias alcanzadas por el Libertador Bolívar sobre los Ejércitos de España en Colombia y Venezuela, se reunieron en fiesta fraternal los cubanos de New York brindando por aquel preclaro varón. De esta reunión surgió el proyecto de emprender viaje en busca de Bolívar, el gran Capitán, y solicitar de él la ayuda generosa para libertar a Cuba. Puesto el plan en práctica, salieron de New York, a bordo de una goleta, armados caballeros, seis hombres, uno de ellos argentino, los otros cinco, cu-

banos, y entre los últimos, Gaspar Betancourt Cisneros. Aquel grupo de cubanos insignes llegó, al cabo de algunos días, a La Guaira, Venezuela, donde se encontraron—personaje en el Gobierno de la Revolución—a un cubano nombrado Francisco Javier Yanes, camagüeyano, el cual, con lágrimas en los ojos, prometió hablar con Bolívar y con Santander, de Cuba, y de la necesidad de ayudarla a salir de su horrible cautiverio. Ellos no pudieron ver al Libertador—, atareado todavía en la fundación de cinco naciones. Ante esta contrariedad, se dividieron, volviendo Gaspar Betancourt Cisneros, en compañía de Iznaga, a New York, con la misión de conocer la manera de pensar del gobierno de los Estados Unidos acerca de la posible invasión de Cuba por el Ejército boliviano. Fracasado este plan, volvió a sus estudios y a sus meditaciones.

Durante su permanencia en New York, colaboró anónimamente en el periódico *Mensajero Semanal* que allí se publicaba. Diez años después de haber salido de su pueblo, vuelve a él. El niño se había hecho hombre. ¡Y qué hombre! Escribe, y es como si esparciera por la tierra granos de luz. En *La Gaceta de Puerto Príncipe,* primero, y en *El Fanal* después, publicó en esa época una serie de brillantes artículos, ya científicos, ya de costumbres, ya descriptivos; trabajos que fueron en verdad como el toque de clarín que despertara en sus conterrá-

neos dormidos el amor a las ideas de libertad y de civilización. Los trabajos que en esos sus primeros años de escritor publicó, formarían, como dice Calcagno, una hermosa enciclopedia de economía, industria, educación, sociología y agricultura; que de todo sabía y de todo escribió aquel hombre.

Estos trabajos, muestras de su talento, donde dió también a conocer la energía de su carácter, le ganaron fama en todo el territorio de la isla. Su nombre, o mejor dicho, su seudónimo —El Lugareño—, era pronunciado de extremo a extremo, con veneración y afecto. Cuba entera lo aclamaba. Pero con ser tan grande como escritor, lo es más como patriota. El amor a su pueblo lo domina. Ansioso de ilustrarlo, de prepararlo para la lucha del derecho, reparte a manos llenas el pan de la enseñanza. Para dar lecciones gratuitas a los campesinos se internaba en la hacienda de Najasa, a la vez que cooperaba con su palabra y su bolsa a la fundación de escuelas para los pobres. Cuando la Sociedad Económica de la Habana lo nombra su socio corresponsal, abre una escuela en Nuevitas y difunde desde ella la instrucción. Llevado de su anhelo por el estudio, emprende viaje por la isla. Llega a Trinidad, luego a la Habana, donde promueve el magnífico proyecto de repartir a censo las tierras de que era poseedor en la hacienda mayorazgo de Najasa. Este proyecto no se llevó a cabo, razón por lo que más tarde funda en esas

mismas tierras una colonia agrícola, y distribuye lotes, gratuitamente unas veces y otras a precios verdaderamente modestísimos. En 1839 establece, unido a otros, el ferrocarril de Puerto Príncipe a Nuevitas, empeño éste que le gana en verdad muchos aplausos y gratitudes, y también negros sinsabores. No se puede hacer una buena obra sin que lo muerdan a uno. No se puede levantar una casa sin lastimarse las manos: la madera tiene astillas y la cal quema y mancha.

En ese mismo año, fomenta una exposición ganadera en Puerto Príncipe, y rinde homenaje de amor y de respeto a la memoria del Padre Valencia, piadoso e ilustre varón de Camagüey. En 1846, complicado en una supuesta conspiración, se ve en la necesidad de abandonar nuevamente a Cuba y refugiarse en los Estados Unidos, casa siempre abierta, democrática y libre. En los Estados Unidos aparece a poco enarbolando la bandera de la rebeldía en contra de España, mas no pidiendo la independencia de la patria, sino la anexión de ella a la patria de Washington. En favor de esa idea, mala entonces, y mala hoy, aunque vivamos sangrándonos, pregona—lo que fatalmente se ha confirmado—que éramos los cubanos hechos del mismo barro impuro que los hijos de esos pueblos, libres sólo de nombre, porque la libertad en ellos es un fantasma. Espoleado por este ideal, hácese su apóstol. En New York funcio-

na bajo su presidencia el Consejo Cubano, consejo que no es más que una delegación de los distintos grupos que en las diversas poblaciones de la isla trabajaban, sustentando como divisa el ideal de que Cuba sea incorporada a los Estados Unidos. Fué él, Betancourt Cisneros, uno de los delegados del Consejo Cubano para gestionar cerca de James Polk, Presidente en aquellos tiempos de la gran República del Norte y franco amigo de la posesión de Cuba, la forma en que podía llevarse ésta a cabo. Y si Cuba no pasó en aquel tiempo a ser posesión americana, fué debido a que el Presidente Polk no quería ocupar a Cuba por medio de la fuerza, y hechas sus proposiciones de compra a España, ésta parece que pidió por la rica colonia una muy crecida suma de millones de pesos...

Vino luego el movimiento revolucionario de Narciso López, movimiento que trajo como bandera la independencia, y Betancourt Cirneros no tuvo más participación en él que la de mero espectador. Tampoco tomó parte en el de Agüero. A López, si le prestó alguna ayuda, fué porque en su enemiga contra los procedimientos gubernamentales de España, ayudaba a todos los que se le pusieran en cualquier forma enfrente. Después de fracasados los movimientos de López y de Agüero, se quedó en los Estados Unidos fraguando constantemente planes revolucionarios, los cuales nunca pudo hacer culminar. En 1856 salió para Europa, plantando su

tienda de peregrino en Florencia, Italia. Allí le nació un hijo. Al cabo de catorce años, amparado en la amnistía dictada, vuelve a su país, triste, pero no vencido. Y en prueba de ello, comienza a escribir en *El Siglo*. Viviendo unas veces en Puerto Príncipe y otras en la Habana, pasa algunos años, los últimos de su existencia. Cuando la Corte española pide, en 1866, comisionados para la Junta de Información, son muchos los cubanos que piensan en él, a los que contestó: "Yo no viviré más allá de este año, amigos míos, y si parto a España, abreviaré mías días". Y así fué. Enfermo de una terrible enfermedad, murió meses después. Cuenta Calcagno que al solicitar de él datos de su vida para el diccionario biográfico, le contestó por escrito, dándoselos. Y al final le decía: "Falleció en el año 1866". ¡Triste profecía! En ese mismo año murió. A su muerte, una gran sombra de pesar se extendió por la tierra cubana, envuelta a la sazón en espesas sombras de esclavitud...

HONORATO DEL CASTILLO

Nació el 30 de noviembre de 1838.—Murió el 20 de julio de 1869.

HONORATO DEL CASTILLO

Pasó Honorato del Castillo por los campos de la revolución iniciada en Yara, gallardo, varonil, puro, bueno. Un año apenas vivió la vida del rebelde, la vida de la libertad—ya que no la del derecho. Durante ese tiempo, mostróse apto para la guerra, capaz de la abnegación y el sacrificio. Cuantos le conocieron en los días aquéllos, dicen de su amor vehemente por la patria, y de su ansia perenne de concordia y de justicia. Lleno de conmovedora ternura hablaba de él uno que ya le hace compañía en el silencio glorioso: Serafín Sánchez. Y como si lo estuviera viendo todavía, de cara al peligro o descabezando discordias, lo evoca con cariño Manuel Sanguily, a quien ni púas de escorpiones, ni venenos, han secado el corazón.

Sancti Spíritus fué su cuna. En la vieja ciudad que baña el Yayabo vino al mundo Honorato del Castillo. En el colegio de Miguel Cabrera y Toledo, antiguo profesor, aprendió las

primeras letras. Luego, en el del presbítero José Benito Ortigueira amplió sus conocimientos, y por último, en el superior de Montiniano Cañizares, terminó sus estudios. Tanto empeño puso en aprender, tanto amor demostró por los libros en ese tiempo, que su débil naturaleza pareció quebrantarse. Deseosos sus padres de que se repusiera, lo llevaron al campo, a una finca, al lado de sus hermanos. Allí, al cabo de unos meses, se sintió enfermo de veras, nostálgico del bullicio y ajetreo de la ciudad y de la grata compañía de sus libros. Aquel muchacho, pálido y de estrechas espaldas, sólo pensaba en aprender. Tenía sed, hambre de cultura. Ansioso de apagar esa sed, de mitigar esa hambre, trasladóse a la Habana, ingresando como pasante en el colegio *El Salvador* de José de la Luz y Caballero, al mismo tiempo que cursaba en la Universidad la carrera de medicina.

Tanto en el colegio del Maestro inmortal como en la Universidad, supo Honorato del Castillo ganarse el afecto y la consideración de profesores y condiscípulos. Y como el sentimiento de la patria germinaba en su corazón, conspiró y paseó entre sus compañeros la bandera de los santos ideales. Graduado de profesor, no así de médico, volvió al pueblo natal a dirigir una escuela, dirección que abandonó para fundar con Cañizares y Ramírez un colegio de primera y segunda enseñanza. Apenas abierto este colegio, sus conterráneos le encomendaron la

educación de sus hijos. Muchos fueron los cerebros espirituanos de aquel tiempo que recibieron de él las aguas bautismales. Hay curas de almas, y curas de mentes. Honorato del Castillo era de los dos, porque era bueno y sabía...

Invitado por José de la Luz y Caballero a ocupar un puesto en *El Salvador,* abandonó de nuevo a Sancti Spíritus. Al lado del venerado mentor y rodeado de una juventud brillante, se ampliaron más, y más se arraigaron en su conciencia de cubano, los ideales separatistas. En la Habana entonces, a la vez que daba clases como profesor y cursaba en la Universidad la carrera de medicina, era miembro de una sociedad llamada *del vientre libre,* sociedad que arrancó muchas negras criaturas a la férrea garra de la servidumbre. En el colegio de José de la Luz y Caballero conoció y aprendió a amar a Julio y Manuel Sanguily, a Luis Ayesterán, a Marcos García y a otros, que más tarde encontraría defendiendo con las armas en la mano la libertad e independencia de la patria.

El año de 1866 hizo un viaje a los Estados Unidos, del cual regresó hablando perfectamente englés y henchido el pecho de aire puro de democracia. En la Habana de nuevo, y después de haberse graduado de doctor en medicina, lo sorprendió la noticia de la sublevación en Yara de Carlos Manuel de Céspedes. Apenas supo Honorato del Castillo que ya en Cuba, su pa-

tria, se peleaba por la redención, sintió ardientemente el deseo de ser uno más en el ejército libertador. Como un loco se agitaba, ideando la manera de realizar sus sueños. Por las vías regulares, estaba cierto de no poder llegar a ninguna de las poblaciones rodeadas por los cubanos rebeldes. De intentarlo, seguro estaba de caer en manos de la policía.

Para despistar a sus perseguidores, embarcóse, junto con Luis Ayesterán y Marcos García, en un barco costero, con nombre supuesto. De este modo pudo llegar a Caibarién, de donde pasó a San Juan de los Remedios y más tarde a Sancti Spíritus. Cuando se vió entre los suyos, entre sus camaradas y amigos, dió comienzo a la tarea de levantar en armas aquella comarca. Desde una finca cercana a la población, fué preparando los espíritus para la lucha. Sus agentes, regados por toda la jurisdicción, iban, cuando no él personalmente, tocando las almas, poniendo en pie los hombres. En enero de 1869, temeroso de una denuncia, pasó al Camagüey. En esta región abrazó a Ignacio Agramonte, ya a caballo. Y cuando en febrero de 1869 supo que el movimiento de las Villas estaba ya para estallar, corrió a Sancti Spíritus a ponerse al frente de sus fuerzas. Más de dos mil hombres se le unieron al momento, pero sólo unos pocos con armas. La falta de armamento no fué, sin embargo, óbice para que Honorato del Castillo entablara combate con

el enemigo. Con valor sereno y decisión y gallardía insuperable, se batió una y otra ocasión.

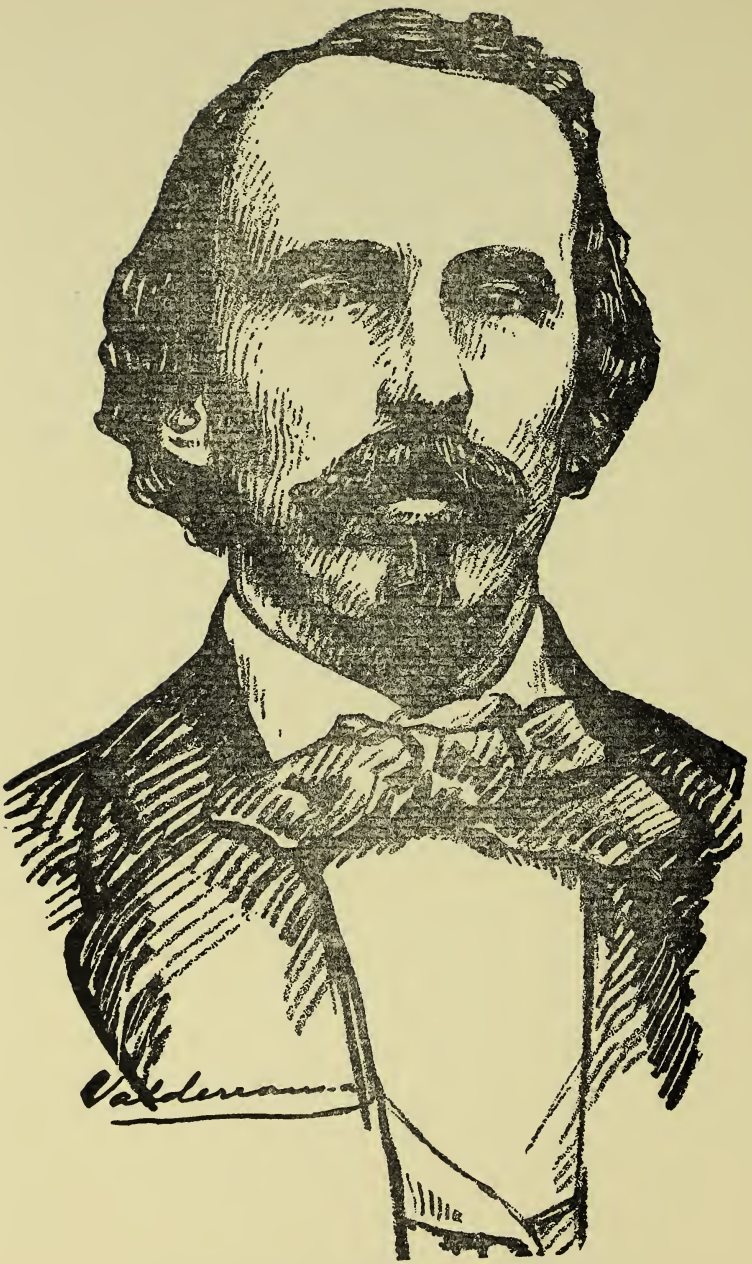
Con Eduardo Machado, Miguel Jerónimo Gutiérrez y Antonio Lorda, representó a las Villas en la Asamblea constituyente reunida en Guáimaro el 10 de abril de 1869. Proclamada la República, renunció el cargo de Diputado para que había sido nombrado, y marchó, como general de división y primer jefe del distrito de Sancti Spíritus a ponerse al frente de sus antiguas fuerzas y combatir sin descanso. De vuelta en sus campamentos, ocúpase de reclutar hombres, armas y caballos y de dar a sus tropas organización y disciplina militar, y todo esto, sin dejar de pelear, de hacerse sentir por el enemigo.

Honorato del Castillo jamás rehuyó el encuentro. Cada vez que supo de una fuerza española, le salió al paso. A la salida de Morón, estuvo peleando contra el coronel Lamela cinco días sin parar. Nadie hubiera creído a aquel hombre de constitución débil, a aquel hombre que había pasado los mejores años de su vida aprendiendo y enseñando, arrancando a los libros sus secretos, capaz de hacer aquella vida, de vivir a caballo y casi desnudo, perseguido o persiguiendo, entre breñas y yerbazales...

Mas, poco tiempo había de durar caudillo tan valiente! A mediados de julio de 1869, hallándose acampado cerca de Ciego de Avila, una pareja de exploradores cubanos trajo a su pre-

sencia, en calidad de prisionero, a un cubano, espía del gobierno español. Siendo tarde para juzgar al prisionero, dispuso que se le entregase al oficial de guardia para que lo asegurase hasta el día siguiente. Pero la fatalidad hizo que el prisionero se escapase. En conocimiento Honorato del Castillo de lo sucedido, y deduciendo lógicamente que, avisado el enemigo del corto número de su gente, acudiría a atacarlo, concibió el plan de ir en busca de refuerzos. En esta operación, llega al campamento de los comandantes cubanos Carranza y Silva, situado en Naranjo, a más de cuatro leguas de Morón. Estando junto a los referidos subalternos, fueron atacados por tropas contrarias, en número muy superior, por lo que se vieron obligados a retirarse. Un día después de este encuentro, dispuesto ya para marchar nuevamente hacia el antiguo campamento, donde era esperado, impaciente por la tardanza de Silva y Carranza que lo habían de acompañar, echa su caballo a galope por el camino que aquéllos debían traer, sin permitir que sus ayudantes lo acompañaran. Trescientos metros apenas pudo andar. La tropa española, la misma que lo había batido anteriormente, se enfrentó con él y le hizo a boca de jarro una descarga. Acribillado por las balas, cae al suelo sin vida. Los españoles, ni siquiera se detuvieron a identificar al hombre que habían matado. Su gente, que no había oído la descarga, o la había creído hecha muy le-

jos, pasado un buen rato y viendo que no regresaba el General, salió en su busca, encontrándolo a poco, tendido en el arroyo, sin luz los ojos, rígido el cuerpo, pálida, muy pálida la frente... ¡Pobre paladín heroico! ¡No murió como debía, al frente de sus legiones. Murió solo, como un pájaro a quien sorprende el cazador astuto!



CARLOS MANUEL DE CESPEDES

Nació el 18 de abril de 1819.—Murió el 27 de febrero de 1874.

CARLOS MANUEL DE CESPEDES

Pequeño de estatura era Céspedes, aunque robusto y fuerte. Cuidadoso en el vestir, amigo del baile, de montar a caballo, de hacer esgrima, de jugar al ajedrez. Y era poeta, o mejor dicho, hacía versos, y era con las damas galante como un caballero de la Edad Media—que fué, según la Historia, la edad de la galantería suprema. Pequeño de estatura era también Napoleón, amo un día de Europa; y Bolívar, fundador de cinco naciones en América. Los hombres no son grandes por la estatura, sino por sus hechos. El mundo de los hombres no es como los mercados donde lo más que se admira de los frutos es el tamaño. El valer real del hombre no está en ser gordo o flaco, bajo o alto, rubio o moreno: el valer real del hombre está en la rectitud de la conciencia, en el genio, en el talento, en el saber, en la bondad del corazón, en no amar la vida al extremo de caer, por conservarla, en el deshonor: en saber morir a tiempo,

sin miedo a la muerte... Grande fué Céspedes, a pesar de sus piernas cortas. Grande por el sentimiento, por la inteligencia, por la cultura; grande por el heroísmo y por el martirio.

De padres nobles, de nobleza natural, nace en Bayamo. Pasa los primeros años en el campo, en comunión constante con los ríos, con los montes, con las montañas. Estudia; se hace bachiller, y se hace abogado, y aprende idiomas. Viaja por España, Francia, Inglaterra, Alemania, Italia, y en todas partes se halla como en casa propia; ninguna puerta se le cierra: todas se le abren. Pero la patria lo llama, y a ella vuelve. Comienza a trabajar de abogado y a escribir en prosa y verso, para distintos periódicos y para el teatro. La abogacía mana oro y la pluma conquista aplausos. Pero, en el pecho, una mano de hierro le aprieta y estruja; y es que ve a su pueblo oprimido: a sus hermanos convertidos en siervos. Y esto no debía ser: ningún pueblo tiene derecho a erigirse en amo de otro pueblo! Ni aun con el nombre de madre debía una nación tener bajo tutela a unos hijos que ya deseaban andar solos por el mundo. Solos, que aunque la tormenta los esperara; aunque el fuego de las pasiones los amenazara un día con dispersarlos o destruirlos!...

Conspirar es delito: apelar a sociedades secretas para propagar una idea, es delito, cuando esa idea se puede expresar por medio de la prensa. Pero cuando ese medio de publicidad

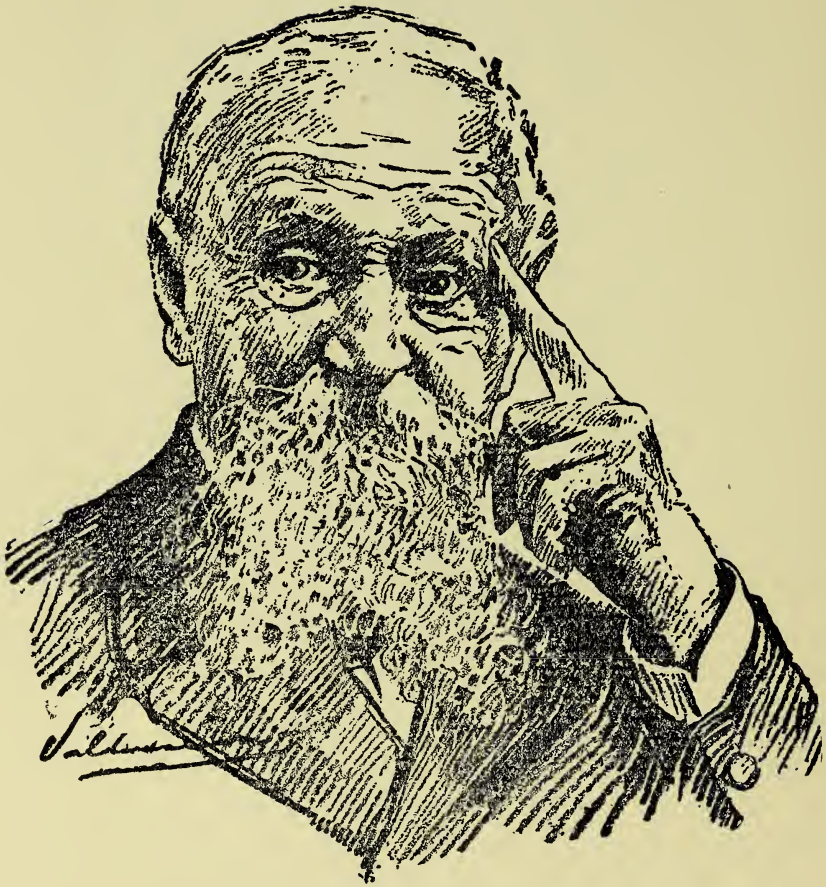
está vedado, y el ideal que se persigue es el de libertad, conspirar y formar sociedades secretas es justo y honrado. No son los mejores gobiernos los que saben descubrir conspiraciones y verter la sangre de los conspiradores, sino los que no dan lugar a conspiraciones: a que haya conspiradores! Así, Céspedes expresa una ocasión, en público, su manera de pensar acerca de la suerte de su país, y le cuesta una prisión. Más tarde sufre otra, y otra. El camino de los redentores está sembrado de espinas. ¡No hay Cristo sin calvario! ¿Qué hacer entonces? En el silencio del bosque y en la obscuridad de la noche se reune con amigos y compañeros, y fragua y prepara la revolución. Y ésta tiene, por fin, su comienzo el 10 de octubre de 1868. El 10 de octubre es fecha que deben recordar con recogimiento y con ternura todos los cubanos. Ese día comenzó en Cuba la vida, si no de la soberanía, al menos de la dignidad. Hasta entonces no era más que una fábrica de hacer dinero, una factoría, un presidio rodeado de agua... Fué la primera disposición de Céspedes, al levantarse en armas y enarbolar la bandera de la libertad, emancipar a sus esclavos. Si, a sus esclavos, porque en aquellos tiempos, las mujeres negras eran esclavas y se vendían como ahora las vacas, con cría o sin cría; y los hombres negros eran esclavos y se hacía constar si eran mulequeros o mulecones. Pelea luego; ataca a Yara, con tan mala suerte, que sus fuerzas, sorprendidas, se dispersan. Con un grupo de bra-

vos que le rodea, se obstina en resistir hasta última hora.—"Todo se ha perdido"—exclama uno de sus compañeros. A lo que él responde: —"Aun quedamos doce hombres: bastan para hacer la independencia de Cuba." De esta derrota se consuela días después, al entrar victorioso en Bayamo y ser investido con el título de Capitán General del Ejército Libertador. Viene después la asamblea de Guáimaro y es nombrado Presidente de la República en armas. Y viene después su desacuerdo con la Cámara de Representantes, y, en consecuencia, una era de suspicacias y de recelos sistemáticos, de días sin sol, en que el derecho es palabra sin sentido y la ley medio de opresión, en manos de los mismos que querían cimentar la libertad y con ella el imperio de la justicia.

En plena ebullición de las pasiones, es depuesto como Presidente, por la Cámara de Representantes. Acepta con resignación el veredicto de los mandatarios de su pueblo. Y es entonces que se muestra más abnegado y sublime que nunca, porque se muestra vencedor de sí mismo. Se necesita más valor para ahogar las propias ambiciones y, sobre todo, para deponer lo que uno estima sus derechos, que para arremeter contra un enemigo superior en número y fortaleza. ¿A dónde fué Céspedes cuando dejó de ser quien era en la revolución? Ah! no fué a pasarse al enemigo: no fué a hablar mal de la causa que poco antes era su bandera. Se fué al

monte, a enseñar a leer y a escribir a los niños de los alrededores de San Lorenzo. Así, domado el espíritu, apaciguado el ánimo, tal como un abuelo, como un patriarca bíblico, lo sorprendió un día el enemigo, solo y sin más armas que su revólver. Y así, viejo, decide vender cara su vida y dispara hasta el último tiro; es decir, hasta el penúltimo; que el postrero se lo clavó en la frente ancha, prefiriendo que cogieran el cadáver del ex-Presidente, al ex-Presidente, abandonado y maltratado ya por la furia de sus propios hermanos.

La humanidad es fea a veces. Pero un hombre grande lo reconcilia a uno con la Humanidad. Como a padre debemos todos venerar a Céspedes. Céspedes; padre nuestro que estás en la Inmortalidad, al lado de Bolívar y San Martín, Hidalgo y Martí...



SALVADOR CISNEROS BETANCOURT

Nació el 10 de febrero de 1828.—Murió el 28 de febrero de 1914.

SALVADOR CISNEROS BETANCOURT

¿Fué niño Salvador Cisneros Betancourt y corrió tras las mariposas? ¿Fué joven, y madrigalizó junto a bellas mujeres? Forzosamente fué niño y fué joven y en sus manos se hicieron polvo muchas leves alas, y escuchándolo se estremecieron de pasión algunos tiernos corazones. Pero nadie lo recuerda así, sino hombre ya, barbado y canoso, dando cuando la primera guerra la espalda a la ciudad natal y a su familia, para ir, armado caballero, a jurar fidelidad a la patria, en el altar alzado entonces, no entre luces y flores, sino entre fuego y sangre; llevando luego la República toda revuelta y enconada sobre los hombros; guardando, cuando el pacto del Zanjón, como imagen bendita, la bandera gloriosa; consagrando a ella, durante los diez y siete años de paz humillante, todo el ardor de su pensamiento y toda la energía de su espíritu... Y, cuando la última guerra, levantándose apenas escuchó que de nuevo

se estaba peleando por el honor de los cubanos, volviendo a personificar su pueblo. Siendo luego, en la paz, como el abuelo de sus campatriotas todos, por la constante vigilancia en su favor, y por la veneración que supo inspirarles...

Puerto Príncipe, Camagüey, fué la ciudad de su nacimiento. Niño aún marcha a los Estados Unidos, donde permanece estudiando siete años, al cabo de los cuales vuelve al lado de los suyos: a su casa, a su pueblo, a su patria. En la tierra de Wáshigton adquirió conocimientos y tonificó su alma. ¡No hay mèdicina como la libertad! Así, nutrido de democracia y de derecho, se establece en el Camagüey, donde es mimado por el amor y la fortuna. Años después, es electo Alcalde, puesto que desempeñó con el beneplácito de todos. Como autoridad, lo mismo que como particular, no hubo entonces obra caritativa, obra humanitaria, que no contara con su apoyo, ni empresa tendiente al desarrollo y bienestar de sus paisanos que no contara con su ayuda. Rico—y no egoista—derramaba el bien a manos llenas. Señor de la generosidad, era dadivoso como un príncipe. De los príncipes tenía la largueza. ¿Quería hacer un regalo? Pues daba sus tierras, contándolas, no por metros, sino por caballerías.

Desde muy joven sintió latir el corazón por las desventuras de su país. En junio de 1866, después de aquella asonada conocida en la Historia por la de Bembeta Paso, se organizó en

Camagüey una Junta Revolucionaria compuesta principalmente por él y por Manuel Ramón Silva, Carlos Varona Torres y otras prestigiosas personalidades. Al siguiente año, constituyó, junto con Eduardo Arteaga, la logia masónica *Tínima,* logia a la que se afiliaron al momento cuantos querían y sentían la necesidad de conspirar contra el poder tiránico que los vejaba. Fué entonces también que empezó en Bayamo a agitarse el espíritu revolucionario, y que habiendo tenido de ello conocimiento, acordaron secundar a los orientales en sus anhelos de libertad, razón ésta por la cual se tomó el acuerdo de nombrar una comisión—a Salvador Cisneros Betancourt y a Carlos Varona—para que conferenciaran con los comisionados de Oriente y se pusieran de acuerdo en cuanto a la forma en que se había de llevar a cabo el movimiento armado.

En la reunión habida, los orientales declararon que estaban dispuestos a levantarse el día tres de agosto de 1868. Cisneros Betancourt expuso que no estaban—él y Mola—facultados para aceptar resoluciones tan violentas. Regresan a Camagüey donde dan cuenta de su actitud a la Junta Revolucionaria. No obstante el no haber aceptado la fecha del movimiento, comienzan a hacer una activa propaganda, francamente revolucionaria. De nuevo comisionado él junto con Augusto Arango, para otra reunión con los orientales, hace un viaje a caballo

hasta las Tunas y de ahí a San Miguel, lugar éste destinado para la entrevista, y donde ya los esperaban los otros: Francisco Vicente Aguilera, Francisco Maceo Osorio y Pedro Figueredo. En esta reunión quedó aplazado el movimiento para el año de 1869. Convenido esto, salió Salvador Cisneros para la Habana, con el fin de ponerse al habla y de acuerdo con los cubanos separatistas de la capital. En la Habana se entrevista con José Ramón Betancourt, Manuel de Armas, Conde de Pozos Dulces, Pérez Puello, Antonio Zambrana, Bellido de Luna, Carlos de Varona, y por último, con Morales Lemus, hombre de grandes y merecidos prestigios, el que le promete su concurso y el de Aldama, a la sazón fuera de Cuba.

Laborando, regando entre los habaneros la semilla de la rebeldía, lo sorprende el alzamiento en Yara de Carlos Manuel de Céspedes. Pasada la sorpresa de los primeros instantes, emprende viaje al Camagüey, y apenas llega, da órdenes a Jerónimo Bouza Agramonte para que con los hombres que pueda secunde el movimiento iniciado en Oriente. Bouza así lo hace el día 4 de noviembre, y el 9, abandona él la ciudad, y seguido de muchos hombres, se le reune en Sibanicú. A poco se constituye el Comité del Centro, y es nombrado su Presidente. Más tarde, al proclamarse en Guáimaro la República de Cuba, es nombrado Presidente de la Cámara de Representantes. Investido de tan al-

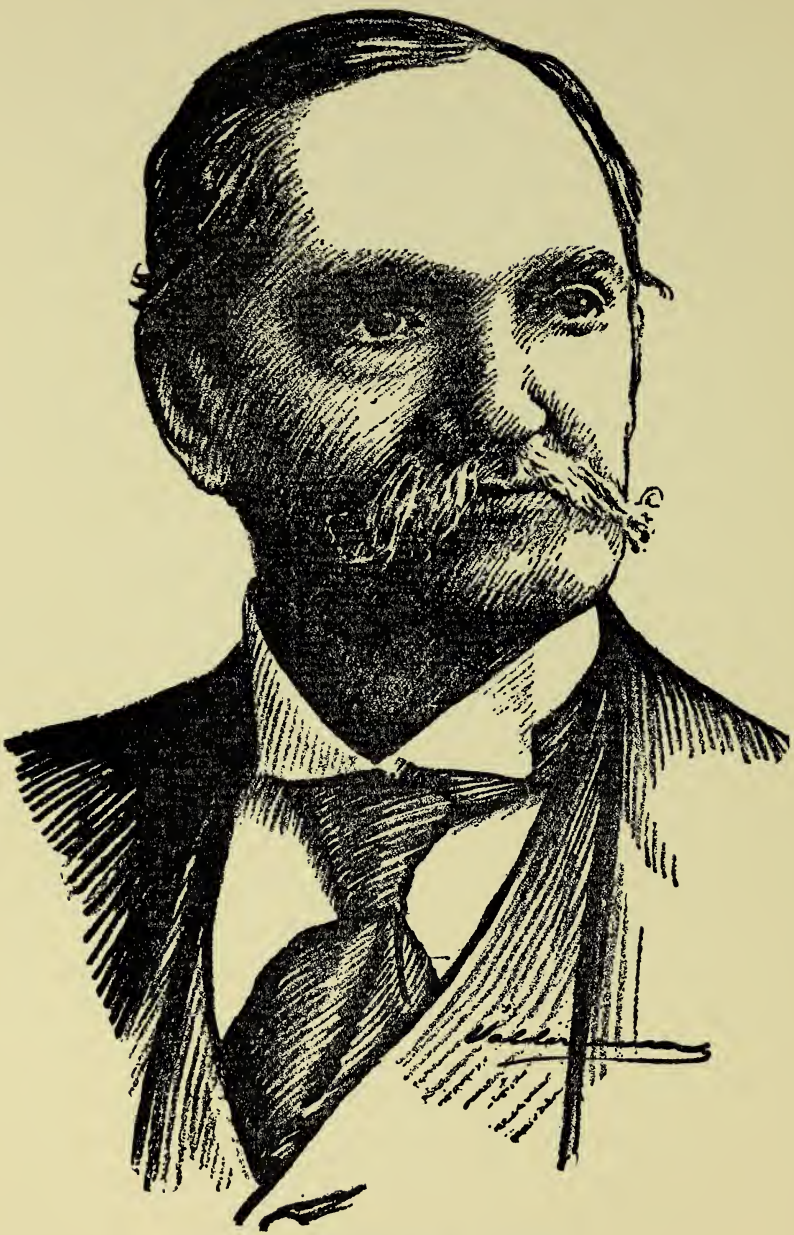
ta representación asiste a numerosos combates, dando siempre en ellos pruebas de valor y serenidad. Después, depuesto Céspedes de Presidente, lo sustituye él. Fueron aquellos días de su mando, días oscuros, días tristes en que en plena revolución, en plena República en armas, se vió, como en la Roma antigua, surgir un patriciado soberbio e insolente y una plebe voluble e indisciplinada—patriciado y plebe, que ora adoraba a César, ora parecía exaltada y aplaudía a los Gracos...

Cuando Spotorno lo sustituyó en la Presidencia de la República, continuó de Representante. Y cuando la Cámara se reunió en sesión extraordinaria, el día ocho de febrero de 1878, para tratar de la paz, de una paz bajo la bandera de España, de una paz que no era paz con libertad, paz con decoro, paz con derechos; de una paz que no era aquella por la cual él se había echado al monte a morir, protestó enérgicamente, con palabras que serán siempre prenda de magnífica grandeza y firme resolución... Vino luego, a pesar de su protesta, el pacto del Zanjón; volvió la patria a vestir su traje de presidiario o de criado, y Cisneros Betancourt se fué a New York, lugar donde continuó laborando, esperanzado todavía en la creencia de poder encontrar de nuevo cubanos con quienes combatir hasta vencer.

Y vino la tregua, la tregua de diez y siete años. Luego supo que Martí, el evangélico Martí, ha-

bía logrado unir a los cubanos dispersos, en un solo ideal, y lleno de fe esperó, arma al hombro, la hora del honor. Y cuando la hora llegó, cuando volvió a repercutir en los campos de la patria libre el grito de Cuba libre, Salvador Cisneros Betancourt volvió a abandonar las comodidades de su casa rica, y al frente de un puñado de jóvenes valerosos se fué a encarar la muerte, con la misma fe que la había encarado antes. Asiste a los primeros encuentros al mando de su hueste bisoña. En todos da pruebas de su valor. Más tarde, fué presidente nuevamente de la República en armas. Deja de serlo, para ser sustituído por Masó, y él siempre lo mismo: inalterable en su patriotismo! Luego fué la paz y la República, y fué en ella, más que un hombre, un símbolo, el símbolo de todos los sueños puros, el símbolo del desinterés y la hidalguía cubanos.

Su vida fué una línea recta, ejemplo que debieran seguir, imitar, cuantos por intereses y odios personales hacen de su vida un zigzag de sangre, un laberinto de intrigas en el cual a veces, la patria parece perderse...



TOMAS ESTRADA PALMA

Nació el 9 de julio de 1835.—Murió el 4 de noviembre de 1908.

TOMAS ESTRADA PALMA

No hay hombres enteramente grandes. Mejor dicho, no hay hombres grandes para éstos y para aquéllos, para los de opuestas simpatías y pasiones rivales. El basamento donde se levanta hasta ahora la figura de Tomás Estrada Palma, está formado de ternuras y de cóleras, de aplausos y de denuestos. La historia, mañana, pesando sus virtudes y sus errores, acaso logre colocarlo sobre justo pedestal. ¿Dónde nació? Donde otros grandes: en la vieja ciudad gloriosa, en la legendaria Bayamo. Siendo muy niño todavía, su padre rindióse a la muerte, por lo que quedó al cuidado único de la buena madre —paloma en el hogar y heroína en la guerra. Con algunos conocimientos ya—conocimientos primarios—, abandona el calor del hogar para venir a la Habana, ansioso de aprender, de nutrirse de enseñanzas. En la Habana, y después de permanecer algún tiempo en colegios elementales, pasa a la Universidad a cursar la carrera

de leyes. Adelantado en los estudios del Derecho, marcha a Sevilla, con el fin de terminar en la universidad española la carrera comenzada. Pero no la terminó. Para graduarse estaba cuando, tal vez por contrariedades de su carácter, tal vez convencido de que no tenía vocación para abogado, abandona la tierra sevillana y va a Francia. Pasa allí una temporada, y vuelve luego a Bayamo, donde, apenas sacudido el polvo de los viajes, se pone al frente de sus cuantiosos intereses.

Dicen los que le conocieron de joven, que a pocos seres en el mundo les ha sido dable saborear, como a él le fué, las dulzuras de la casa. En compañía de la madre, y en una hermosa hacienda de crianza llamada La Punta, situada sobre el Cauto, vivía entonces, sin más ocupación que los libros y el cariño. ¡Ah! y la de comprar—abolicionista como era por principio—todos los esclavos que se le presentaban. ¿Para qué? Para educarlos en la más estricta moral y enseñarles a leer y a escribir. Como es natural, este comportamiento le ganó el respeto y el afecto de aquellos míseros humanos. Como a padre lo veían los pobres negros, que lo llamaban como la madre y cuantos lo querían lo llamaban: *Tomasico.* Pero como para los amos y señores de la colonia, ser bueno era ser malo, Estrada Palma se hizo sospechoso y fué, desde luego, inscripto en la lista de los desafectos al Gobierno. A pesar de eso, solicitó y obtuvo el

nombramiento de Teniente de Partido,—cargo sin retribución—del cuartón El Guano, en que se hallaba enclavada su finca. En el desempeño de tan insignificante puesto, se hizo sentir, ya combatiendo la vagancia, ya amparando de los inicuos planes del Capitán de Partido a numerosos paisanos suyos. Con frecuencia reunía en su casa a los campesinos de la comarca y les hablaba de deberes y derechos. Y cuando estimó que había hecho cuanto le era posible, renunció el referido cargo. Luego fué electo miembro del Municipio de Bayamo, en el cumplimiento de cuyas funciones lo sorprendió el grito lanzado en Yara por Carlos Manuel de Céspedes.

¿No era conspirador Estrada Palma? ¿No estaba en el secreto de lo que se tramaba? Sí. El pertenecía a la logia masónica y al club de los revolucionarios. Pero era opuesto a todo movimiento armado que no contara con la preparación debida. Por eso la resolución de Céspedes lo sorprendió. Estrada Palma, al igual que otros conjurados, la estimó una grandísima imprudencia, y en vez de apoyarla, se prestó, en compañía de otras distinguidas personalidades, a ir a proponerle a Donato Mármol y a Pedro Figueredo y a otros jefes de la revolución—a nombre del Teniente Gobernador, Udaeta,—que depusieran las armas a cambio del indulto. Y tan de buena fe aceptó esta misión, que, al encontrarse con Pedro Figueredo y verlo resuelto, decidido a acompañar a Céspedes "a la victoria o al cadalso", herido en su amor propio,

se dispuso a acompañarlo también. Días después entran en Bayamo, a sangre y fuego, Céspedes y su gente, y Estrada Palma se les suma entusiasta y decidido.

Fué su primer cargo en el Ejército Libertador el de Secretario del General Donato Mármol. Cuando la Convención de Guáimaro, fué enviado a ella con la representación de uno de los distritos orientales. Luego fué electo Representante a la Cámara. En la residencia de la Cámara, en misiones de legislador, se encontraba cuando supo la noticia de que los españoles habían asaltado e incendiado el rancho, refugio de su madre, y se la habían llevado. Lloroso e iracundo corre al lugar, y comprueba la versión. El corazón se le salta del pecho, el sueño huye de sus ojos; la visión de la madre, blanca en canas, errante por los bosques, lo persigue. De pronto, recibe la nueva grata de que su madre vive y está a salvo. Vuela a su lado, ella le tiende al verlo los brazos, pero al querer él desasirla de su cuerpo, comprueba, espantado, que la anciana valerosa, a quien no habían abandonado las fuerzas para retar a sus secuestradores, le habían faltado ante la honda y tierna emoción de volver a ver a su Tomasico amado, y había dejado de existir al recibir el grato choque.

Estrada Palma perteneció a la Cámara hasta que, efectuado el funesto movimiento conocido por de Las Lagunas de Varona, se indignó e hizo dimisión de su cargo. Cuando Spotorno

escaló la Presidencia lo llamó para encargarle la Secretaría de Relaciones Exteriores. En el desempeño de tan elevado puesto, como en todos los que antes sirvió, mostróse entendido, incansable, honrado. En 1876 es electo Presidente por la Cámara, en sustitución de Spotorno, elección que el pueblo cubano todo pareció sancionar. Jurado el cargo, entra de lleno en el ejercicio de sus funciones: organiza su gabinete; y a poco introduce reformas admirables en el sistema de correos; regulariza la comunicación con el exterior; dá vida a los centros secretos de las ciudades y villas y aldeas; investiga y concluye con los cientos de abusos que a la sombra de la bandera de la revolución venían cometiéndose; establece hospitales, crea talleres, labora, en fin, sin descanso por el bien de la República en armas... Vinieron después los días funestos de las discordias, de las rencillas entre los que luchaban por el mismo santo ideal. El localismo mataba la pujanza de la guerra, y con ella la esperanza de redención. La intriga tendía sus redes. Los cubanos, dijérase que no deseaban ser libres.

Estrada Palma, abismado ante el desastre que se veía venir, echa a andar, seguido de su escolta, del territorio camagüeyano para el territorio oriental. El enemigo lo sigue de cerca. Dos columnas lo acechan. Le hacen fuego. El, con los suyos, que son pocos, les hace resistencia. Le dispersan la gente. Al fin, lo dejan solo: solo con su secretario José Nicolás Hernán-

dez, huyendo, perdido por entre maniguales durante varios días, hasta que la traición o la fatalidad lo hace caer prisionero de una guerrilla de desalmados cubanos. Atado como un malhechor es conducido ante el coronel Agustín Mozoviejo, perteneciente al Distrito de Holguín. Interrogado por éste acerca de su nombre y el destino que ejercía dentro de la revolución, contesta:—Tomás Estrada Palma, y ejerzo el destino de Presidente de la República. Al escuchar esta respuesta el coronel español, se desata en insultos. Como éstos, fueron muchos los vejámenes que recibió antes de llegar a Holguín, donde fué tratado decentemente. Conducido más tarde, por orden del general Martínez Campos, a la Habana, fué inmediatamente encerrado en la fortaleza de la Cabaña. Ya aquí, le colmaron de atenciones. Le ofrecieron ropa, cosa que él rehusó aceptar, tal vez esperando, como era natural, que algún cubano fuera a visitarlo y a ofrecerle lo que él no quería recibir de manos del enemigo. Pero fué en vano que esperara: ese cubano piadoso no llegó.

Conducido a España, en calidad de prisionero, allí estuvo hasta que, firmada la paz del Zanjón, recuperó la libertad. De los presidios de España fué a Francia, donde permaneció corto tiempo. De Francia pasó a los Estados Unidos. Vencida la revolución, se dirige, decepcionado y triste, a Centro América. En compañía de otros cubanos, atraviesa las repúblicas de Guatemala, Honduras, El Salvador y Costa

Rica, plantando al fin su tienda de peregrino en Honduras. Relacionado allí con el general Santos Guardiola, en ese tiempo Presidente de Honduras, es designado para ocupar la Dirección de Comunicaciones. Fué allí que contrajo matrimonio con una hija del presidente. Luego vino la muerte violenta de éste, y una gran agitación en el país. Con tal motivo se trasladó de nuevo a los Estados Unidos, fijando su residencia en un pueblo limpio y rodeado de montes del Condado de Orange, en Central Valley, lugar inolvidable para los cubanos.

En Central Valley estableció un notable colegio, donde el hijo de nuestra América podía instruirse en los métodos modernos del poderoso país americano, sin renegar por eso de su tierra de arroyos serpenteantes, ríos caudalosos y cielo azul y alto. Fama bien ganada alcanzó Estrada Palma como educador. Allí, preparando los niños para que fuesen hombres útiles, moldeando almas y mentes, allí fué a sorprenderlo, a sacudirle el corazón la noticia de que José Martí, después de un viaje rápido por las emigraciones de Tampa y Cayo Hueso, había fundado el Partido Revolucionario y comenzaba a organizar la guerra nueva, pujante y definitiva, para conquistar y establecer la República. Tomás Estrada Palma, desde entonces, comenzó a laborar de nuevo por la redención de su país, al lado del genio inmarcesible desplomado en Dos Ríos. Y cuando aquél cae, acribillado por las balas, él lo sustituye como Delegado del

Partido Revolucionario, puesto en que se mantiene hasta la terminación de la contienda.

Firmada la paz, vuelve a su retiro de Central Valley, sitio adonde numerosos elementos políticos le dirigen una carta ofreciéndole la Presidencia de la próxima República. Después de cambiar impresiones, acepta su postulación, y es elegido Presidente. Y el 20 de mayo de 1902, toma posesión del alto cargo. Aunque tropezando aquí y cayendo en errores allá, gobierna tres años sin dejarse llevar de la venenosa influencia de los partidos políticos militantes. Mas luego, arrastrado por segundones aduladores, se afilia al Partido Moderado y acepta ir a la reelección. Entonces, a la sombra de su gobierno, se atropellaron derechos y se hizo befa de la justicia. Las elecciones verificadas en 1905 fueron una burla sangrienta al sufragio, primera conquista de la revolución libertadora. Reelecto en esas elecciones oscuras, poco más de un año le fué dable continuar en el poder. Una revolución poderosa lo amenazaba con derrocarlo violentamente. Frente a la probabilidad de que esto fuera un hecho, prefirió, antes que pactar con los revolucionarios, llamar al extranjero y dejarlo de nuevo dueño de la patria.

Con la cabeza tenazmente en alto, como encarando al mundo, dos años después, murió en la capital de Oriente, reverenciado por sus fieles. Hoy sus restos reposan en el cementerio de Santiago de Cuba, entre silenciosos amigos y enemigos...

PEDRO FIGUEREDO

Nació el 2 de julio de 1819.—Murió el 17 de agosto de 1870.

PEDRO FIGUEREDO

Otros cubanos habrán logrado más renombre, pero ninguno entró, ni vive en el alma de su pueblo, como Pedro Figueredo, el autor del himno nacional, de esa música que solemnizó los primeros días de libertad en Cuba; que acompañó luego a los vencidos proscriptos en su melancólica peregrinación por tierras extrañas y les templó el alma en la espera forzosa del intento nuevo; que volvió a escucharse en el barco expedicionario y en el manigual rebelde durante la última guerra emancipadora, y, al fin, triunfante; que escuchamos ahora a cada momento, despertando en la memoria el recuerdo de aquellos días gloriosos en que los bayameses quemaron sus casas y se marcharon—mujeres, niños y hombres—a vivir al monte, a la montaña, bajo la luz del sol y bajo la clara serenidad de las estrellas... Durante la lucha iniciada en 1868, no hubo arenga comparable a las notas del Himno de Bayamo; durante la propaganda revolu-

cionaria en las emigraciones, no hubo discurso como el Himno de Bayamo; y en los días mismos que vivimos, días brumosos en que suele la República bambolearse sacudida por vientos de tempestad o mordida en sus entrañas por venenosos y hambrientos perros, ¿qué limpia el aire, y aligera las almas, y enciende en la mente luces de ideal, como las notas del Himno de Bayamo? ¡Ah, Pedro Figueredo! La música y la letra que compusiste, para llamar a tus hermanos al honor, a arremeter contra los apoltronados dueños de tu tierra, es lo único que conforta en ocasiones el corazón atribulado, viendo desde oscuridad indecisa a los que, en contradicción con lo que dijiste, viven de la patria, y la ultrajan y la matan! La patria no es lo que creen ahora muchos; la hacienda próspera y la zafra enorme; no; la patria es la patria...

En Bayamo, cuna de tantos grandes, nació Pedro Figueredo. Allí mismo hizo los primeros estudios, pasando luego a la Habana, donde ingresó en el colegio Carraguao. En este importante plantel de educación estuvo hasta recibirse de bachiller, pasando más tarde a la Universidad como alumno de la escuela de Derecho. De abogado se recibió en Barcelona. Ya con su título, viajó por Francia y otros países de Europa, regresando al cabo a su pueblo natal, hogar de sus mayores. En Bayamo contrajo matrimonio, yendo, con su esposa, a residir a una bella finca, situada en las cercanías. No se fué al monte, huyendo del trato social: se fué al mon-

te, dispuesto a no ejercer su profesión, para evitar el contacto con el Gobierno, y el verse envuelto en los revoliscos y cabildeos de los tribunales de justicia, siempre complicados, y en la colonia, verdaderos escenarios de piruetas y comiquerías, en ocasiones trágicas. Su alma era de artista. Amaba la literatura y la música. Era escritor, y hacía versos. Enamorado de la libertad, apasionado por ella, soñaba con alcanzarla para su patria. Al ingenio Mangas, propiedad de su padre, va, y prohibe a los mayorales el uso del fuete contra los pobres negros, consiguiendo para éstos mejores dormitorios, alimentos y trato.

En 1851, el sacrificio de Narciso López y de Joaquín Agüero remacharon en su corazón el sentimiento de la patria y la necesidad de conquistarle asiento digno entre los pueblos libres del mundo. Tres años después de aquellos sucesos de Pinar del Río y Camagüey, tratado como sospechoso, determinó irse a vivir a la Habana, donde fundó un periódico diario—"El Correo de la Tarde"—. A los tres años regresó a Bayamo.

Por esta época, nombrado Alcalde Mayor de Bayamo un hombre sin condiciones, inepto en demasía, Pedro Figueredo lo denunció ante el Gobierno superior. Este acto de civismo le valió el embargo de sus bienes y más de un año de prisión. Los amos no toleran la censura de sus esclavos. El esclavo debe sólo obedecer; servir de encubridor o cómplice de su propia infamia.

De la prisión salió más resuelto para la lucha por la libertad. En 1866 comienza en Oriente la conspiración a tomar cuerpo. El aire se caldeaba, el patriotismo cundía, los pechos eran fortalezas. Su casa se hizo centro de las reuniones preliminares. En ella se tomó el acuerdo de constituir el Comité revolucionario. Constituído este Comité, se acordó extender por toda la isla la idea regeneradora. Con ese objeto se reparten por distintas ciudades varios comisionados. A Figueredo le toca venir a la Habana, de donde sale triste, disgustado, debido a que la Junta revolucionaria de la capital no quiso aceptar el plan de los de Oriente. Ya desde mediados del año 1868, el incendio revolucionario parecía estallar de un momento a otro. El 10 de octubre, avisado Pedro Figueredo del pronunciamiento de Carlos Manuel de Céspedes, reune en su casa a Aguilera y a otros, comunicándose las noticias. Aunque estimando prematuro el movimiento, resuelven todos apoyarlo entusiastas. Hallándose Figueredo en Jiguaní, recibe un parte de Céspedes notificándole que se encontraba en Barranca, lugar en que quería entrevistarlo para convenir la forma en que se llevaría a cabo el ataque a Bayamo. Puestos de acuerdo todos los jefes, el día 17 de octubre, Figueredo llama por la noche a su esposa, y pensando en que pueda en el combate perder la vida, le hace recomendaciones referentes a sus hijos. El 17, rodean los cubanos la ciudad de Bayamo. Los españoles, en número

de seiscientos, atrincherados en el cuartel y la cárcel, esperan ojo avizor y arma al brazo. Ya el sol en alto, se generaliza el combate dentro de la población. Los vivas y los mueras se suceden. Allí estuvo Pedro Figueredo, jinete sobre su caballo *Pajarito,* al frente de su fuerza. Cuerpo a cuerpo se baten cubanos y españoles, hasta que el 20 por la mañana un oficial español, en nombre del Gobernador Udaeta, pide armisticio bajo promesa de formular más tarde las bases de la capitulación. Ante esta demanda cesa el fuego. A la mañana siguiente, día 21 de octubre de 1868, firmóse aquélla. Entre el júbilo creciente, entre vítores y aclamaciones delirantes, fué que apareció Pedro Figueredo, y al escuchar la música de su himno inmortal, compuesto con anterioridad, cruza la pierna sobre la cabeza del caballo, y escribe la letra valiente que dice:

Al combate corred, bayameses,
que la patria os contempla orgullosa;
no temáis una muerte gloriosa,
que morir por la patria es vivir.

En cadenas vivir, es vivir
en oprobio y afrenta sumido;
del clarín escuchad el sonido:
¡a las armas, valientes, corred...!

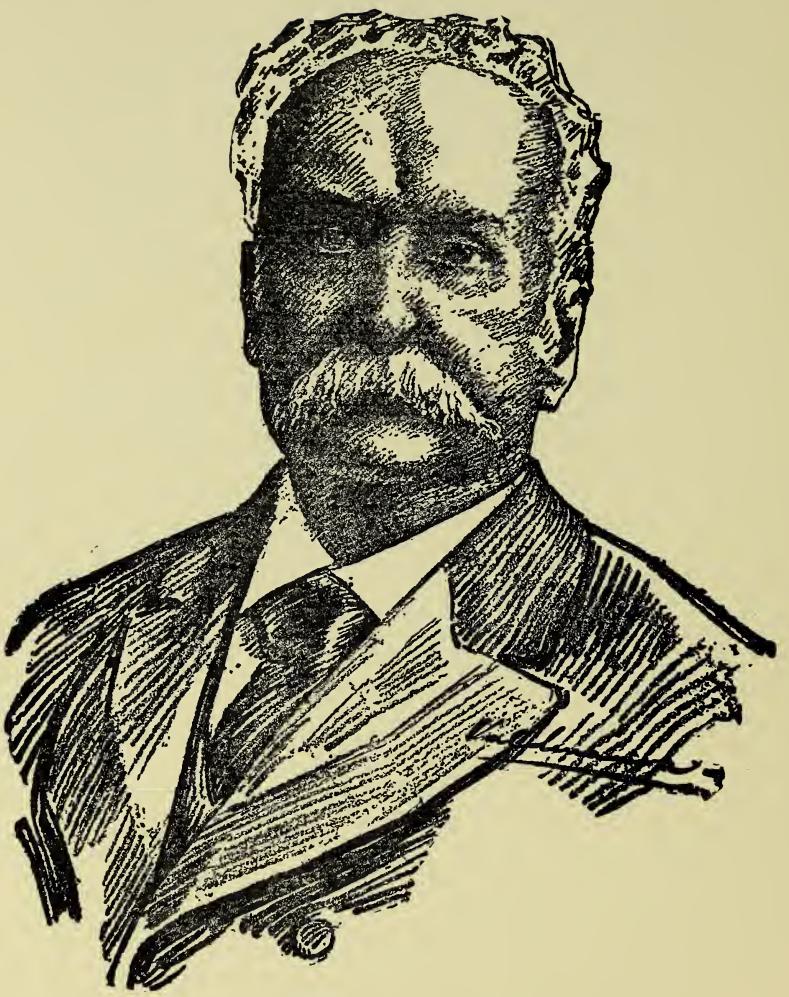
La cuartilla de papel en que escribió estas cuartetas pasó de mano en mano, y a poco, el pueblo todo recorría la ciudad cantando el him-

no nacido al calor del primer triunfo de los libertadores.

En Bayamo libre permanecieron los cubanos, hasta que el 11 de enero de 1869, avisados de que el general español Valmaseda, venía a atacarlos al frente de numeroso contingente, decidieron marcharse, no sin antes prender fuego a las casas. Cuando Valmaseda llegó a Bayamo, era éste una pira. Junto con los libertadores, también lo habían abandonado las familias cubanas.

Cuando el 10 de abril se constituyó la República, Figueredo fué nombrado Subsecretario de la Guerra, cargo que desempeñó hasta el 12 de agosto de 1870 en que cayó prisionero en la finca *Santa Rosa,* de la jurisdicción de las Tunas. Capturado, fué conducido a bordo del cañonero *Alerta* a Manzanillo, y de allí a Santiago de Cuba, en el *Astuto.* Apenas llegó a esta ciudad, fué juzgado y condenado a muerte. El día 16 de agosto, notificado ya de la sentencia, le escribió a su mujer una carta viril y tierna, prueba magnífica de su entereza. El 17, muy de mañana, es conducido sobre un asno hasta el lugar de la ejecución. Allí se arrodilla y espera, de frente y sereno, la inhumana lluvia de plomo.

¿Murió Figueredo allí? No. ¡Que morir por la patria, es vivir!



CALIXTO GARCIA IÑIGUEZ

Nació el 4 de agosto de 1839.—Murió el 11 de diciembre de 1898

CALIXTO GARCIA IÑIGUEZ

Cuba tiene muchos hijos a quienes glorificar, bendecir y pasear constantemente por los valles del recuerdo! Uno de los que más se lo merecen, uno de los que más se puede presentar como ejemplo digno de emulación, es Calixto García Iñiguez, el glorioso y tenaz batallador, el bravo general que echó canas peleando por el honor de su país y murió, al fin, en plena paz, como si de la salud sólo hubiera querido disfrutar mientras durara la vergüenza patria. Y sin embargo, vivo Calixto García, cuántos días tremendos, de cólera y de tristeza, acaso le hubiera evitado a Cuba. Porque, vivo él—muerto Martí—, hubiera sido el primer Presidente de Cuba. Y con él de presidente, de pensar es que ni el sol de la República se hubiera extinguido un momento, ni su bandera se hubiera visto plegada bajo la salpicadura de la propia sangre de sus defensores...

En Holguín vino a la vida, y en Holguín ad-

quirió los primeros conocimientos. Niño aún, fué en Bayamo empleado de una tienda de ropa, y luego en Trinidad. Hombre ya, y con intereses grandes que administrar, lo halló en Jiguaní el terremoto revolucionario iniciado por Carlos Manuel de Céspedes. Unido a Donato Mármol y a otros próceres, se echó al campo a luchar, frenético de patriótico entusiasmo. Nacido para mandar, para encabezar, a poco era general y mandaba fuerzas superiores. Cuando la deposición de Máximo Gómez de Jefe del Departamento Oriental, lo sustituyó él, siendo entonces que realizó sus más notables hechos de armas. Fué entonces que atacó a Manzanillo, Guisa, Holguín, y que libró reñidos combates en Cupeyal, Zarzal y Santa María, y tomó a Auras, gloriosa jornada, una de las más gloriosas de la epopeya.

A los seis años de rudo y constante batallar, el 5 de octubre de 1874, hallándose con sólo veinte hombres en San Antonio del Bagá, fué sorprendido por una columna enemiga. En tales circunstancias, sereno, valiente, se apresta a la defensa, hasta que, ya aniquilada su gente, temeroso de caer prisionero, se dispara un tiro de revólver por debajo de la barba, tiro que por fortuna no logró apagar aquella vida meritísima que tan útil fué más tarde, en las nuevas contiendas por nuestras libertades. Los españoles lo curaron y lo mandaron preso a los castillos de Valencia, en España, donde permaneció

hasta que se firmó en Zanjón el pacto desventurado.

De España, cuando lo dejaron en libertad, sale para New York, donde organiza y se pone al frente de un nuevo movimiento revolucionario, sin detenerse a pensar en las dificultades y peligros del momento. Allí organizó Calixto García, una expedición de amigos y compañeros leales, y con ella se echó al mar, y a poco pisó tierra cubana enarbolando la bandera de la santa rebeldía. Pero el país no respondió: estaba cansado, triste, sin fe. Acongojado, perseguido, ve desaparecer uno a uno sus camaradas, hasta que, solo y sin recursos de guerra, plega su estandarte y vuelve a España, a sufrir prisiones primero, y luego a luchar con la miseria y a sentir la nostalgia infinita de su tierra. Como empleado del Banco de Castilla y profesor de idiomas, sostuvo a su familia, y encontró medios de educar a sus hijos.

La revolución del 95, obra del dulce y bueno de Martí, lo sorprendió recluído en los fríos de Madrid. Apenas supo que de nuevo se peleaba en Cuba por la redención, vuela a París, y de allí a los Estados Unidos, donde se pone a disposición de la Delegación del Partido Revolucionario. Aceptados sus servicios, se embarca al mando de un grupo de abnegados patriotas. Pero, descubierto por las autoridades americanas, es preso y conducido a New York. Puesto a poco en libertad, vuelve a embarcarse, y entonces naufraga, horas después de haber

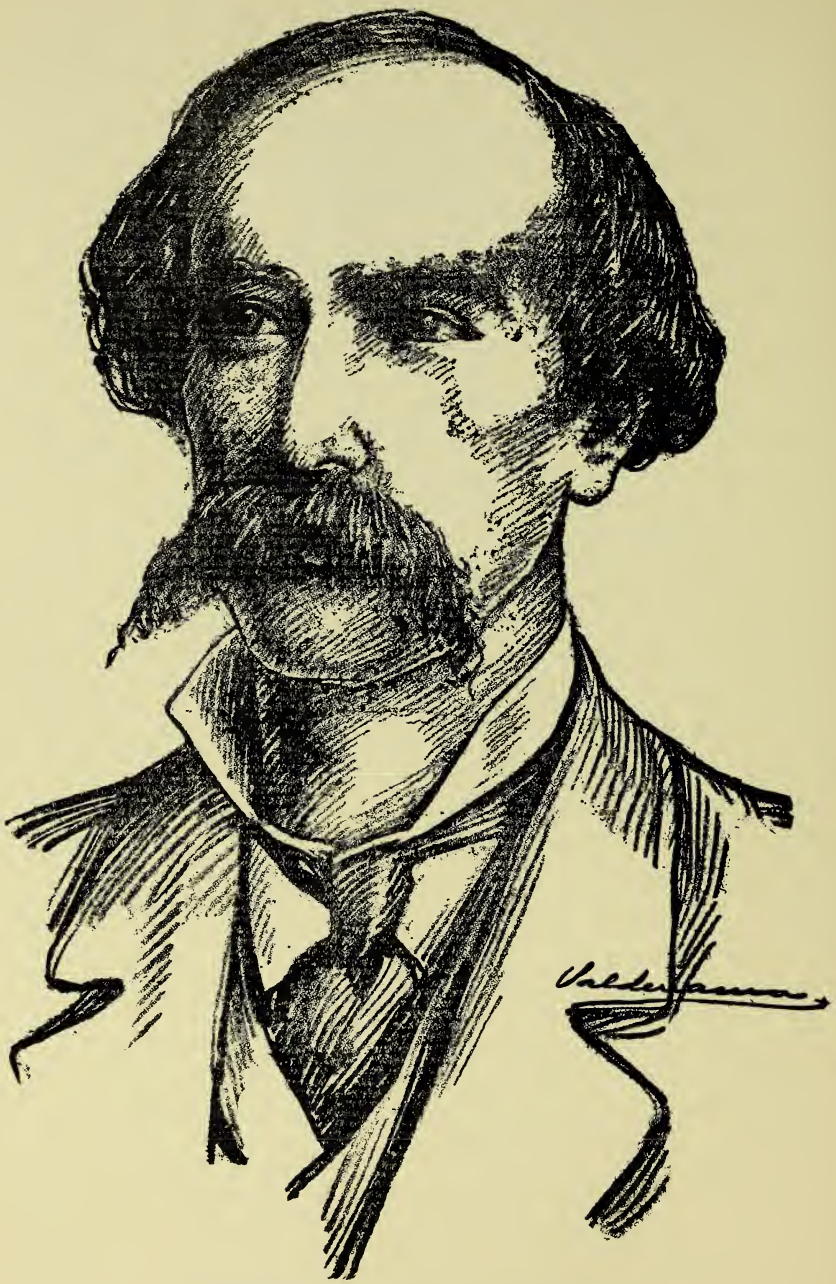
abandonado las playas americanas. Aquel suceso pudiera servir de ejemplo; pudiera, mejor que ningún otro, pregonar el cariño que el general Calixto García supo inspirar a los que le rodeaban, pues no hubo durante el desastre ni cobardías ni atropellos, sino que, imponiéndose él, todo fué orden, abnegación, cortesía. "Por Cuba se muere lo mismo ahogado que de un tiro." Tales fueron sus palabras en el instante de mayor peligro.

Al fin, el 24 de marzo de 1896, pisa, al mando de un buen contingente de hombres, el suelo de la patria. Apenas el general Gómez sabe de su desembarco, le confía la Jefatura del Departamento de Oriente. Investido con tan alto mando, organiza las fuerzas cubanas todas que operan en el territorio de su mando, bate a los españoles sin descanso, hasta no dejarlos abandonar las poblaciones. Toma a Guáimaro, incendia a Jiguaní, destruye Guamo, asalta y rinde a Victoria de las Tunas y luego a Guisa, poniendo de esta manera término brillante a su carrera militar: de militar cubano; de libertador!

Durante la guerra de los Estados Unidos con España, supo también cumplir con su deber. Cuando la toma de Santiago de Cuba, auxilió al Ejército norteamericano tan eficientemente, que mereció de los jefes de aquél los beneplácitos.

Terminada la guerra, el quinto cuerpo del Ejército Libertador lo eligió representante a la

Asamblea de la Revolución cubana; luego fué designado Presidente de la comisión especial que había de ir a Washington a recabar los auxilios indispensables para el licenciamiento de las fuerzas cubanas; y a Washington fué, presintiendo la muerte. Allí recibió la puñalada traidora, la puñalada del frío, que pudo lo que no pudieron las balas españolas; que pudo acabar con aquella existencia, paralizar para siempre aquella mano enérgica y firme que guió tantas veces a sus soldados a la pelea y señaló, severa, a los hijos de su corazón el camino áspero del deber... Murió entonces, y, sin embargo, es ahora cuando más podemos llorar su caída, ahora que han pasado sobre Cuba tantas tempestades de dolor y de miseria, que él, con la autoridad de su grandeza, tal vez hubiera podido evitar...



VICENTE GARCIA Y GONZALEZ

Nació el 23 de enero de 1833.—Murió el 4 de mayo de 1886.

VICENTE GARCIA Y GONZALEZ

Durante la primera guerra, la gran guerra iniciada por Carlos Manuel de Céspedes en la Demajagua, y que duró diez años, fueron muchos los cubanos que se distinguieron por su valor y patriotismo. Entre esos muchos, uno de los que más fama ganó fué Vicente García, caudillo insigne a quien sus paisanos no podrán dejar de consagrarle, en su día, tributo merecido. Erró una vez—¿quién no yerra?—llevado de sus pasiones violentas, y acaso más, si arrastrado por el desmedido amor que supo inspirar a sus secuaces. Pero por encima de todo, resplandeció en él el amor por su tierra y por la libertad—bien sin el cual la vida es un tormento. Pocos jefes pelearon más, y a pocos lo acompañó más sumisa la victoria. Su hoja de servicios como militar es una sucesión de combates. Para él la revolución no fué paseo, sino lucha y sacrificio constante. De ahí que se creyera por encima de los que no encaraban la muerte con re-

solución. Luego, en los diez años que duró la lucha, alcanzó tanto laurel, que bien cabe entre sus hojas la ponzoña de un alacrán. Luego, aunque no debiera ser así, en la vida la maldad es un contrapeso. El lado flaco de los seres superiores suele dar realce a sus virtudes extraordinarias. No se logra definitivamente la inmortalidad si no la corean la murmuración y el insulto. ¡Hay quienes no recuerdan de los grandes hombres sino sus pequeñeces!

Las Tunas, ciudad que recuerda a la antigua Troya, le sirvió de cuna. Era su padre, español, y su madre, cubana. Desde niño se mostró rebelde a toda disciplina. A la escuela apenas asiste, porque no puede soportar la superioridad del maestro. En su juventud se divierte anchamente, gustando mucho del baile y de las lidias de gallos. Rendido de amor por una hermosa, contrae matrimonio, funda un hogar. En la Masonería se hace notable, logrando alcanzar en ella el grado máximo. Desde temprano adquiere buena reputación de hombre honrado y demócrata. En empleos honoríficos que desempeñó en el Consistorio de las Tunas, supo dar muestras de capacidad y de amor a su pueblo y a sus paisanos. Designado por innumerables padres, padrino de sus hijos, era como familiar de *todo el mundo.* En muchas leguas a la redonda no había casa donde su presencia no fuera saludada con marcadas muestras de regocijo...

Con Rubalcaba entró a formar parte en el

grupo de los conspiradores, de acuerdo con Céspedes y con Aguilera. Cuando llegó la hora de elegir sitio para la reunión de orientales y camagüeyanos, él fué quien designó el lugar en que debían celebrarse las reuniones. Concurrió a las efectuadas en el Rompe, Muñoz, San Agustín y Mijial. Así, en octubre de 1868, apenas llega a sus oídos la noticia de que Céspedes se ha echado al monte al grito redentor de Cuba libre, avisa a sus amigos, congrega a sus parciales, y seguido de unos cuatrocientos hombres acampa en la finca Hormiguero, situada en los alrededores de las Tunas. "Cuida bien de nuestros hijos", le dice a su mujer, abrazándola, al abandonar la casa. A los dos días de haberse pronunciado, ataca a su pueblo, aunque sin resultado satisfactorio. En abril de 1869 sostiene en el Guamal y en Becerra fuego con dos columnas españolas haciéndoles prisioneros y numerosas bajas. Estas acciones fueron sus primeros triunfos. En las Estaciones del Naranjo logra sucesivamente otra gran victoria; luego pelea en el paso del río San José, Parada, San Francisco, Becerra, lugar, éste último, donde se apodera de un valiosísimo convoy.

Por estas acciones, de magníficos resultados para la revolución, comienza su nombre a ganar prestigio entre los suyos y a despertar terror entre los contrarios. No descansa: a una emboscada sucede el asalto a un caserío o la captura de un convoy. No pierde oportunidades, vive acechándolas, a caballo y con la mano en el hie-

rro. Cuando al frente de su tropa entablaba combate, no se le veía en la mirada el miedo a la derrota, sino la seguridad del triunfo. A las órdenes de Manuel de Quesada, General en Jefe del Ejército Libertador en los primeros tiempos de la contienda, toma parte en el ataque a las Tunas el 16 de agosto de 1869, ataque que, pudiendo haber sido una victoria para las armas cubanas, fué un verdadero desastre.

En 1871, hallándose acampado en Santa Rita, tiene noticias de que el enemigo viene a sorprenderlo. Fiero a la vez que sereno, arenga a su fuerza, que lo idolatraba, para que se apreste a la defensa. En este encuentro hizo al enemigo ciento doce bajas. Un mes después, tres columnas en combinación, la de Morales de los Ríos, Weyler y Fajardo, deciden hacerlo desalojar su célebre campamento de Santa Rita, lo que no consiguieron. Otra de sus más afortunadas acciones fué la toma del fuerte de la Zanja, del cual se apoderó con astucia y valor, sin perder un solo hombre. Fué entonces que el Gobierno de la República, alentado por el General Máximo Gómez, quiso llevar la guerra al territorio villareño, propósito al cual se opuso, negando el concurso de sus hombres. No creía él prudente invadir las Villas si no se contaba con fuerzas suficientes. Eso, y su marcado regionalismo, y el de sus subalternos, trajo su primer rozamiento con el Gobierno.

Llevada a cabo la invasión de las Villas, las fuerzas españolas se reconcentran en aquella

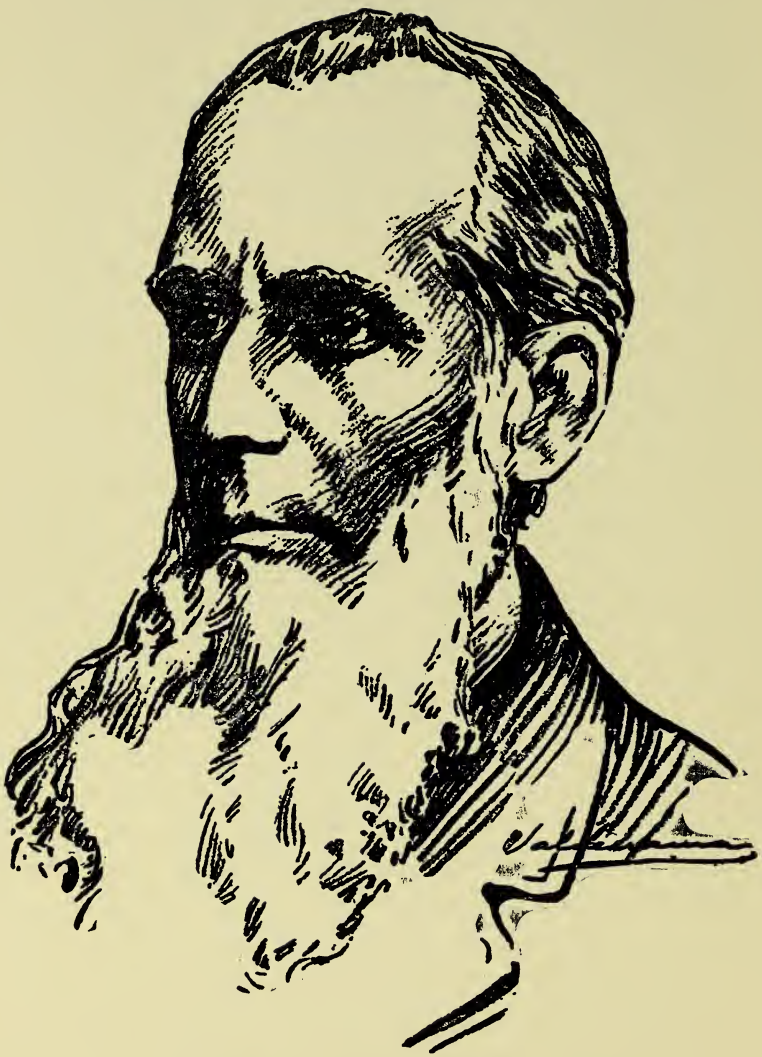
provincia con el fin de que cada paso que diera allí la revolución costara sangre. Y como, a pesar de esto, continuaba avanzando, las fuerzas cubanas se sentían debilitadas por momentos, lo que hizo necesario acudir a Oriente y Camagüey en demanda de refuerzos. Con este motivo se levantaron protestas y comenzaron las presentaciones al enemigo. La situación se hizo crítica para la revolución. El Gobierno quería a toda costa mandar el auxilio que pedían los esforzados invasores. El Presidente en persona, Salvador Cisneros Betancourt, fué a visitar a Vicente García a las Tunas, deseoso de acallar recelos y conseguir su cooperación. Pero Vicente García, después de recibir muy fríamente a Salvador Cisneros, se retira a Las Lagunas de Varona, sitio donde ya se encontraban reunidas las tropas de Holguín, Bayamo y Tunas, todas las cuales se negaban a pasar a las Villas. Este hecho es el que en la historia de la revolución de 1868 es conocido por el motín de Las Lagunas de Varona. Su proceder en tan triste ocasión mereció entonces la desaprobación del Gobierno y de casi todos los jefes.

Hecho de tanta trascendencia trajo como secuela la dimisión de Salvador Cisneros, y otros acontecimientos. Pero no por eso dejó Vicente García descansar al enemigo. El león no sabe de reposo; ora machetea una guerrilla, ora sorprende una columna en la Minas, haciéndole cuarenta muertos y apoderándose del cargamento que viene custodiando, ora destroza otra

a campo descubierto, en el paso del rio Hicotea, ora se cubre de gloria, después de muchas horas sin comer, apoderándose de un gran convoy cerca de Punta Gorda. Asalta y toma a Cauto del Embarcadero, a los poblados de Uñas y Velasco, y por último a Victoria de las Tunas, su ciudad amada, la que, después de ordenar su abandono, redujo a cenizas entre vítores y aclamaciones.

Siendo Presidente de la República Tomás Estrada Palma, toma Vicente García a Puerto Padre. Nombrado luego jefe de las fuerzas de las Villas, las cuales estaban en plena desbandada, duda, receloso, si debe marchar a hacerse cargo del puesto que se le ha señalado, y al fin decide no marchar y volver a su territorio de las Tunas, donde, en protesta de la orden de avance, había varias fuerzas movidas por agitadores revoltosos. Cuando Estrada Palma cae prisionero, es nombrado García Presidente y Jefe del Ejército. Pero la revolución estaba ya vencida, más que por el poder del enemigo, por la desmoralización en sí misma y en sus principales caudillos. Cuando el convenio del Zanjón, Vicente García no se rindió, sumándose a los que en Baraguá, con Maceo, protestaban, valerosos y decididos, de la aceptación del pacto. Acaso los últimos encuentros que por la libertad se libraron entonces, los libró él. Y cuando, alejado Maceo de la isla, se vió solo con un puñado de valientes, acepta salir para el extranjero, mediante una capitulación honrosa. A Caracas, capital de Venezuela, fué a establecerse, a ganar-

se la vida. Allí, oscurecido, pero sereno, con la serenidad de quien ha sabido cumplir con su deber, dejó de existir. Cuentan que a poco de haberle dejado de latir el corazón se le puso el cuerpo negro como el de un moro. Hoy sus restos reposan en el cementerio de la misma ciudad que le vió nacer y que le vió ¡ay! ganar la gloria a fuerza de heroísmos y sacrificios sin cuento...



DOMINGO DE GOICOURIA

Nació el 23 de junio de 1805.—Murió el 7 de mayo de 1870.

DOMINGO DE GOICOURIA

Ningún otro cubano sufrió por la patria lo que él. Morir peleando por ella, por su redención, fué el anhelo de toda su vida. Y por ella murió! Mas no como lo soñara, en el combate y como un héroe; sino en el cadalso... Nació en la Habana, hijo de padres vizcaínos. A los siete años lo mandaron a España. Allí comenzó sus estudios, primero, en el colegio Santiago, de Bilbao, y luego en la Coruña, teniendo como profesor a Antonio Casas. En la Coruña, durante el sitio y bombardeo de aquella ciudad, se metió en una trinchera, de la cual fué sacado por un sargento, y llevado a su casa, donde ya reinaba la inquietud. ¡El valor le acompañó desde la niñez hasta el sepulcro! Mozo, vuelve a su patria, y mozo va a los Estados Unidos, donde estudia y trabaja. Al cabo de algún tiempo de permanencia en la gran República del Norte, regresa a Cuba. Pero el ambiente de su pueblo lo asfixia. No podía, después de haber gozado de la libertad

someterse a la esclavitud. De ahí que, a poco, emprenda de nuevo viaje rumbo a Inglaterra. Más de tres años permanece en el reino unido de la Gran Bretaña, tres años que indudablemente influyeron de manera definitiva en la formación de su carácter y temperamento. De los ingleses adquirió la sana jovialidad casera, su amor a las aventuras peligrosas, el respeto a las leyes, y el ferviente amor a la libertad plena del hombre...

Llamado por su padre, vuelve a la Habana, donde entra como socio de una casa de comercio. Al cabo de unos meses deja a Cuba y sale rumbo a Europa, de donde retorna al cabo de tres años. Entonces fué que contrajo matrimonio. Nombrado secretario de la Junta de Fomento, púsose a trabajar, deseoso de conseguir reformas útiles para el país. Comienza pidiendo rebaja de precio en la harina y demás artículos de primera necesidad, motivo éste por el que se gana la inquina de los comerciantes de Santander, que se creían perjudicados en sus crecientes intereses. Su padre, en ese tiempo, le dijo una vez: "Mira, los españoles te odian, y un día te ahorcarán". ¡Triste profecía! El general O'Donnell, Capitán General, accedió a sus deseos concediendo, previa aprobación del Gobierno, la exención de los derechos para la harina; pero esta propuesta fué rechazada en Madrid. En esa época, Goicouría, encargado del saneamiento de la bahía de la Habana, tuvo ocasión de realizar un acto verdaderamente heroico. Un violento hura-

cán había arrastrado un navío francés contra los escollos de la Punta, despedazándolo. El mar bravío y el viento estaban imponentes, a tal extremo, que los prácticos del puerto no se atrevían a salir a prestarle auxilio a los náufragos. Goicouría, con desprecio de su vida, acompañado de algunos otros bravos, se echó al mar en una lancha, logrando salvarlos de una muerte segura.

Contrario a la esclavitud del hombre negro, trabaja por la abolición de la trata. A ese fin, en 1844 propone al Gobierno abrir los puertos de Cuba a la emigración blanca, pensando juiciosamente que mientras los brazos de los blancos faltaran, no era posible pensar en la emancipación de los negros. De acuerdo con el Capitán General O'Donnell, embarcóse para España, con el encargo de establecer corrientes emigratorias. Pero a su llegada a la Península se encontró una atmósfera contraria a sus proyectos. A pesar de esto, no ceja en su empeño, y a caballo recorre las provincias de Asturias y Galicia y otras ciudades del reino español, logrando mandar unos dos mil labradores y artesanos, muchos de los cuales le debieron su fortuna. Contrariado, decepcionado, se queda por algún tiempo por allá, hasta que, muerto su padre en Cádiz, se vió en la necesidad de regresar a la Habana para hacerse cargo de sus cuantiosos intereses. En la Habana de nuevo, establece una fábrica de clavos, en sociedad con un inglés y con Manuel Parejas, Procurador de la Reina

María Cristina. Más tarde compra dos cafetales, dedicándose a la agricultura y a la crianza de ganado caballar.

De la tranquilidad del retiro en que vivía, olvidado de las iniquidades de los hombres, vino a sacarlo el conocimiento de haberse fundado en New York el periódico *La Verdad,* propagador de los ideales de independencia. Conocedor de que se necesitaba para poder formar y traer la expedición de Narciso López una fuerte suma de dinero, reune inmediatamente, entre él y sus familiares, diez y nueve mil pesos, y se los manda. Con esa cantidad pudo López, meses después, desembarcar en Cárdenas al frente de numeroso contingente. Habiéndosele hecho sospechoso al Gobierno español, apenas desembarca Narciso López, es preso Goicouría, encerrado en el Castillo del Morro, y más tarde enviado en calidad de deportado a Sevilla.

En vano su mujer le suplica que abandone las ideas bélicas y se consagre a su hogar y a sus hijos. En vano, porque resuelto a luchar, se fuga a bordo de un pequeño bote de la ciudad que era su cárcel, y llega a Inglaterra, y de allí pasa a los Estados Unidos, donde fija su residencia. Con su llegada coincide la creación de una Junta Cubana, de la cual entra a formar parte. En Cuba, el Gobierno, apenas se entera de que pertenece a la referida Junta, le confisca sus bienes y lo juzga y condena a muerte. De este modo, el Gobierno de España quiso dejar sin fortuna a un hombre que era rico. Pero la mise-

ria y el trabajo intimidan a otros, no a hombres que, como Goicouría, habían nacido para algo más que para vivir muellemente mirando pasar las horas entre tabacos y copas.

La Junta Cubana lo hizo su tesorero. Gracias a él se reunieron en aquella época unos doscientos mil pesos con el fin de lograr la independencia de la patria. Fué entonces que se establecieron entre él y el general americano Quitman negociaciones para que este militar se hiciera cargo del mando de una expedición revolucionaria y libertara a la patria cubana de las cadenas que la oprimían. Grandes esperanzas se llegaron a acariciar entonces, pero todo se vino al suelo al conocerse que el general norteamericano decía necesitar cinco mil hombres para la expedición, y en tan gran número era imposible conseguirlos. Deseoso Goicouría de saber personalmente lo que del proyecto revolucionario pensaba aquél, salió para el pueblo de su residencia, lo vió y regresó de su viaje desilusionado, pensando que Quitman no iría jamás a Cuba, y que de resolverse a ir, sería un nuevo mal, pues era partidario, según su propia confesión, de perpetuar la esclavitud.

Convencido luego de que el general aquél no era más que un aventurero sin conciencia, expuso a la Junta su parecer de que no se debía esperar más y llevar a Cuba la expedición armada bajo el mando de otro jefe. Contrarios a su criterio fueron Gaspar Betancourt Cisneros y Porfirio Valiente, miembros de la Junta, los

cuales opinaban que debían esperar a poder realizar los planes de Quitman. Echados al fin por tierra, disuelta la Junta, pasa Goicouría a México, ansioso del apoyo necesario para el logro de sus ideales. Al principio creyó lograr sus deseos, pero sacudido México por revueltas intestinas, no podían sus hijos poderosos ocuparse de las cosas ajenas. Enterado Walker, rapaz aventurero, de los propósitos de Goicouría, le propuso un cambio de servicios: es decir, que lo ayudara a sostenerse en el Gobierno de Nicaragua, y él lo ayudaría a lograr la independencia de Cuba. Goicouría acepta contento este pacto, y se pone al frente del Ejército defensor de Walker. Combate valientemente en más de una ocasión. Pero las guerras infames son cosas vedadas para los que no sean malvados. Vencedor Walker, nombra a Goicouría su embajador en Inglaterra y Francia. En viaje para estos países llega a New York, donde se entera de que Walker había decretado la esclavitud en Nicaragua, y le escribe al momento dimitiendo el alto cargo que le habia conferido. Así, de un arranque del corazón, volvía, después de haber pasado miles de peligros, a encontrarse sin tener a quien volver los ojos en su afán de libertar su tierra.

Amargado, desencantado, y teniendo en cuenta el estado de los cubanos en el exterior, se establece en New Orleans, donde logra abrirse campo. Pero al que nace para mártir, una luz fatal lo guía. De regreso a Veracruz, pasa por New Orleans Benito Juárez, y se le ofrece Goi-

couría para ayudarlo en sus aspiraciones. En favor de Juárez, sabe que van a salir de aquel puerto americano dos vapores cargados de armas con destino al general Miramón—su adversario—y se embarca en un buque de su pertenencia, acompañado de unos cuantos marinos americanos, y sale para Veracruz, y en alta mar los ataca fiero, logrando apoderarse de los mismos. En New York se hallaba cuando el comienzo de la guerra de secesión: vuela a New Orleans, con el fin de poner a salvo sus intereses. Allí le ofrecen el grado de general de los ejércitos del Sur, lo que rehusa, de acuerdo con sus ideas abolicionistas y su concepto de la gratitud. Durante esta guerra abandona a los Estados Unidos y se va a Europa, en compañía de los suyos, de donde regresa más tarde. En 1867 hace un viaje al Brasil, a visitar a su hija. En aquel país, tan semejante al suyo por la naturaleza, pasa días verdaderamente encantadores, olvidado de angustias y tormentos. Pero hasta allí va, en noviembre del año 1868, la noticia de que en Cuba había estallado una revolución capitaneada por Carlos Manuel de Céspedes, en pro de la independencia. Conocer esta noticia y sentir la necesidad de correr a luchar él también por el santo ideal, fué todo uno. En vano fueron las súplicas de la familia: resuelto, se embarca para los Estados Unidos, acompañado de su hijo Valentín, quien, exaltado por la fiebre del padre, desea también combatir por Cuba. En New York, apenas desembarcado y pre-

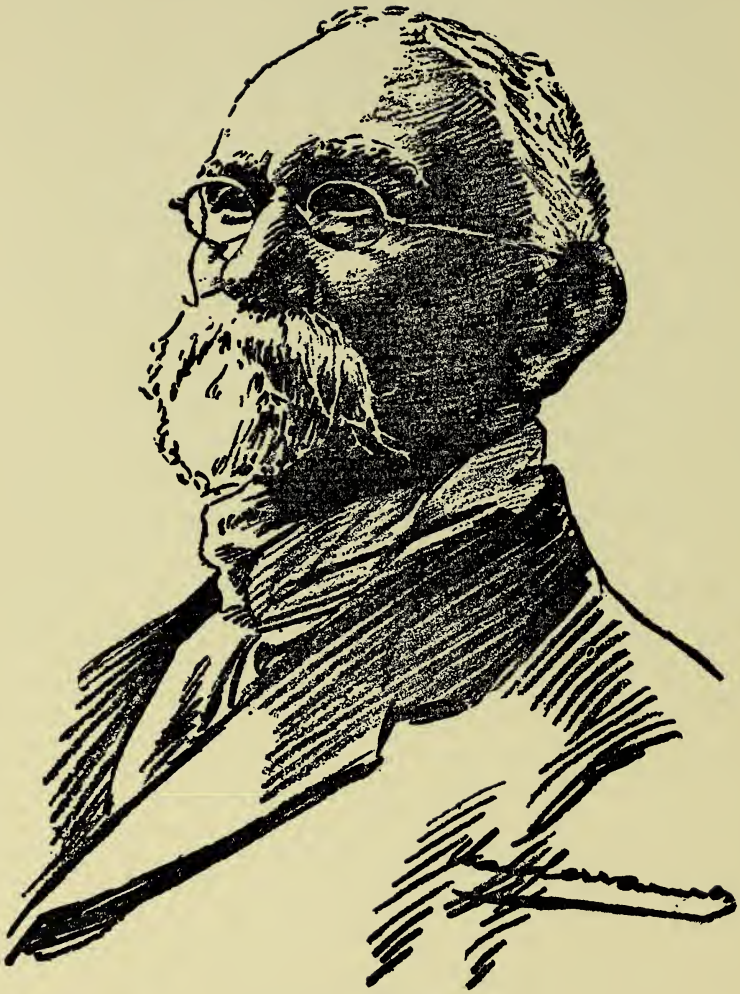
sentado a la Junta Revolucionaria, se le confía una expedición. El hijo quiso acompañar al padre, pero por disposición de él mismo y de alguno de los miembros de la Junta, se le manda a las órdenes del general Jordan. Al lado de este General, servidor de Cuba, peleó hasta caer en una fiera arremetida contra una batería española en Cuevitas. En tanto, el viejo Goicouría, después de vencer infinidad de obstáculos, parte, al frente de un contingente de cuatrocientos hombres, rumbo a las playas amadas. Cerca ya de Cuba, tiene que arribar a un cayo, necesitado de carbón para el buque. En este cayo pasa diez y ocho días, hasta que, denunciado, fué, con los demás, apresado por los ingleses.

Triste, abatido, pero no rendido, vuelve a New York, donde le dan la noticia de la muerte de su hijo en los campos de batalla. Esta noticia, hubiérase dicho que le abrió el apetito de la muerte. En 1870, resuelto a entrar en Cuba de todos modos, a luchar por su tierra, se embarca en una goleta, sin capitán ni práctico, en compañía de unos cuantos subalternos, y consigue—Dios lo guiaba—llegar a presencia de Céspedes, quien le ofrece el mando de las tropas cubanas, lo que no acepta. Entonces Céspedes le pide que logre nuevos armamentos, y él se ofrece para ir a México y pedirle a Juárez, a quien había ayudado en su causa, que lo ayudara a él ahora en la suya. En compañía de los hermanos Agüero, de un inglés y dos más, se echa al mar, pero a poco el océano se encrespa, la embarcación ame-

naza zozobrar, por lo que arriba a cayo Guajaba. Allí, separado de sus demás compañeros, se interna en el bosque, y permanece una semana sólo, alimentándose de cangrejos crudos y pasando una sed espantosa, hasta que, en presencia de una casita, se acerca a ella, y lo hacen prisionero unos oficiales de marina. Conducido a bordo del cañonero *Gacela,* este cañonero lo lleva a Puerto Príncipe, donde esposado, es conducido hasta la presencia del Capitán General Caballero de Rodas. Interrogado, contesta con altivez y valentía admirables. A poco, lo envían a la Habana, donde es juzgado en Consejo de guerra. Preguntado por los jueces del tribunal qué había venido a hacer a Cuba, contesta: "¿Acaso lo ignoráis? A expulsaros de ella." ¡Digna es esta frase de un héroe de la antigüedad!

Condenado, como era de esperarse, a muerte, solicita ser fusilado, cosa que le niegan. Debía ser agarrotado. Al escuchar la negativa, dijo: "¿Y ustedes pretenden que España es una nación civilizada?" Encerrado en la cárcel, espera, sereno como un justo, la hora de la suprema liberación. Nadie, viéndolo y oyéndolo, podía imaginarse que aquel hombre estaba condenado a muerte. Asombro causó, aun a sus propios enemigos, el valor de que dió pruebas evidentes. El día 7 de mayo de 1870, notificado de que había llegado el momento de morir, sale de la cárcel, y monta en un coche en compañía de un sacerdote y dos oficiales. En el camino, al

pasar por la plaza de Carlos III, exclama, dirigiéndose a los oficiales:—"Dentro de poco verán aquí la estatua de Carlos Manuel de Céspedes." Cuando llegaron al lugar de la ejecución y se detuvo el coche, bajó Goicouría y subió rápido los escalones del patíbulo, desde donde se dirigió a la multitud para hablarle. Pero el redoblar fatídico de los tambores ahogó su voz. No obstante, sábese que las últimas palabras que pronunciara fueron éstas: "Muere un hombre, pero nace un pueblo." Después, sentóse en el banquillo, le hizo el verdugo algunas indicaciones, se arregló la barba, y dijo en voz alta: "Ahora ya puedes apretar." Apretó el verdugo, y su alma, su gran alma dulce y brava, voló al cielo...



MAXIMO GOMEZ

Nació el 18 de noviembre de 1836.—Murió el 17 de junio de 1905

MAXIMO GOMEZ

En el olimpo de nuestros dioses, él fué Júpiter. Martí, el Apóstol, el que dictó a los cubanos el evangelio de la libertad. Máximo Gómez, el caudillo, el hombre de acción. ¿Quién sino él, nuevo Aquiles—con su valor y no con sus cóleras—, guió, a sangre y fuego, el ejército desarrapado de los libertadores, al triunfo, a la victoria? Hombre extraordinario, fué, en nuestras horas de lucha, pastor de héroes, y en nuestras horas de calma, cumbre de reflexiones. Sí, aquel fiero paladín de los derechos humanos, que sabía de caer a caballo, acero en alto, sobre el cuadro enemigo, también sabía de echar a volar, sobre el ala de las palabras, el pensamiento viril o la idea generosa. Leyendo lo que él escribió, nadie se lo imagina en el lienzo rojo de los combates, encarnando la guerra redentora, entre odios y sueños, júbilos y sacrificios. Leyéndolo, se le imagina un patriarca bíblico, enseñando a los hijos de su corazón el alfabeto de la existencia, el ca-

mino áspero del deber; camino que se repasa casi siempre con los brazos en cruz.

No nació en Cuba: no era cubano de nacimiento. Pero, ¿quién lo era más de corazón? Nació en Baní, poética población de la República de Santo Domingo, la antilla heroica, grande por su gloria y por su constante martirio. Fueron sus padres, gente laboriosa y honrada. Un cura fué su primer maestro, quien le enseñó el secreto de las letras y de los números. A los diez y seis años, sentó plaza de soldado en el Ejército Nacional, saliendo a combatir a los haitianos que amenazaban invadir su tierra. Terminada esta contienda, volvió a su hogar. Más tarde se vió arrastrado por la vorágine de las guerras civiles. Y cuando llegó la descomposición de su país a tanto, que volvió a ser presa de la monarquía española, sirvió a España, razón ésta por la que, proclamada una vez más la independencia, salió para Santiago de Cuba, a prestar allí sus servicios, como comandante del Ejército español. En Santiago de Cuba residió algún tiempo, hasta que, renunciando grado y empleo, pasó a la jurisdicción de Bayamo, para dedicarse a las faenas agrícolas.

Sembrando con sus propias manos en aquella rica zona, supo que se conspiraba en favor de la independencia de Cuba, y fué conspirador. Así, cuando el 10 de octubre de 1868 tuvo noticias del levantamiento de Céspedes en la Demajagua, gozó intensamente, y el 16 del propio mes, siguiendo al poeta José Joaquín Palma, se al-

zó en armas. La primera acción de guerra en que tuvo participación, bajo la enseña redentora, fué en la que libraron las fuerzas de los Marcano y Donato Mármol contra una columna de setecientos hombres al mando del coronel español Campillo. Venía esta fuerza a atacar a Bayamo, en poder entonces de Céspedes, y era necesario evitar esto. Y se evitó. En esa acción inició Máximo Gómez las cargas al machete. Fué él quien dió a conocer la eficacia del arma blanca entre los cubanos. Al organizarse la revolución en Oriente, fué nombrado segundo Jefe—el primero, Donato Mármol—de la jurisdicción de Jiguaní, Cobre, Santiago de Cuba, Guantánamo y Baracoa. En el desempeño de este cargo sobresalió, organizando, disciplinando, peleando. Nombrado para suplir a Julio Grave de Peralta en la jefatura de Holguín, ataca a Samá, combate en Bijarú. A la muerte de Donato Mármol, es llamado a sustituirlo. Entonces ataca a Ti-Arriba y al cafetal El Cristal, e invade los territorios de Guantánamo y Baracoa, hasta entonces vírgenes de rebeldes. Todo con feliz éxito.

Mandando esas fuerzas es que se mostró, en toda su pujanza, hombre de valor y de inteligencia. A su lado se revelaron, y se graduaron a la vez de grandes, Maceo y Calixto García, y otros jefes. Pero como no hay dicha completa, rosa sin espinas, satisfacción sin pesadumbre, por un motivo baladí, acaso por una intriga echada a volar por la maldad, que tiene anchos carrillos, fué depuesto de ese cargo por el Presidente

Céspedes. Sin rebelarse, acata la orden, entrega el mando al entonces coronel Antonio Maceo, y con un puñado de fieles se interna en la montaña, se aleja del teatro de la guerra, del escenario donde el sol no dejaba de secar sangre y el viento de llevar quejidos, para ir, en comunión con la naturaleza, a decir sus cuitas al pájaro, al árbol y al arroyo. Sin mando permaneció hasta que, muerto Agramonte, se le llamó para reemplazar a aquel inmaculado caballero sin miedo y sin tacha.

Obediente a lo dispuesto, pasa al Camagüey. Revista las tropas, huérfanas de su brillante Mayor. Encuentra en ella jefes tan aguerridos como Julio Sanguily, Henry Reeve *(El Inglesito)*, Baldomero Rodríguez, Benítez González y otros tantos. Se da cuenta de lo que vale aquel cuerpo de ejército, y le habla y le anima. Poco después libra estas dos grandes batallas: La Sacra y Palo Seco. Luego, la de Naranjo y Mojacasabe, y por último, la de las Guásimas de Machado, una de las acciones más gloriosas de la guerra de los diez años. Concibe el plan de invadir las Villas, y las invade. Allí toma el Jíbaro, asalta a Río Grande, a Lázaro López; incendia a Marroquín, destruye la Herradura, Ranchuelo y Potrerillo...

Vino luego el desastre: las flaquezas de la revolución; las divisiones de sus hombres de mando, y por último la caída en el malhadado Zanjón. Vencida la guerra, Máximo Gómez sa-

le de Cuba, pobre, muy pobre, después de rechazar tentadoras ofertas que le hizo España. Vaga por Jamaica, Honduras, hasta que atraído por nuevas esperanzas, se pone al frente de otro movimiento, que fracasó al nacer. No era hora. Cuba estaba cansada, agotada, y los cubanos del extranjero comidos de egoísmo o enfermos de indiferencia. Desencantado entonces, huraño, llegó a Montecristi—lugar ya para siempre histórico,—donde se establece con su familia. Allí, labrando la tierra, arrancándole a la tierra, ingrata a veces, el sustento de los suyos, lo sorprendió la propaganda, la cálida propaganda que para preparar la nueva arremetida inició Martí junto con la fundación del Partido Revolucionario.

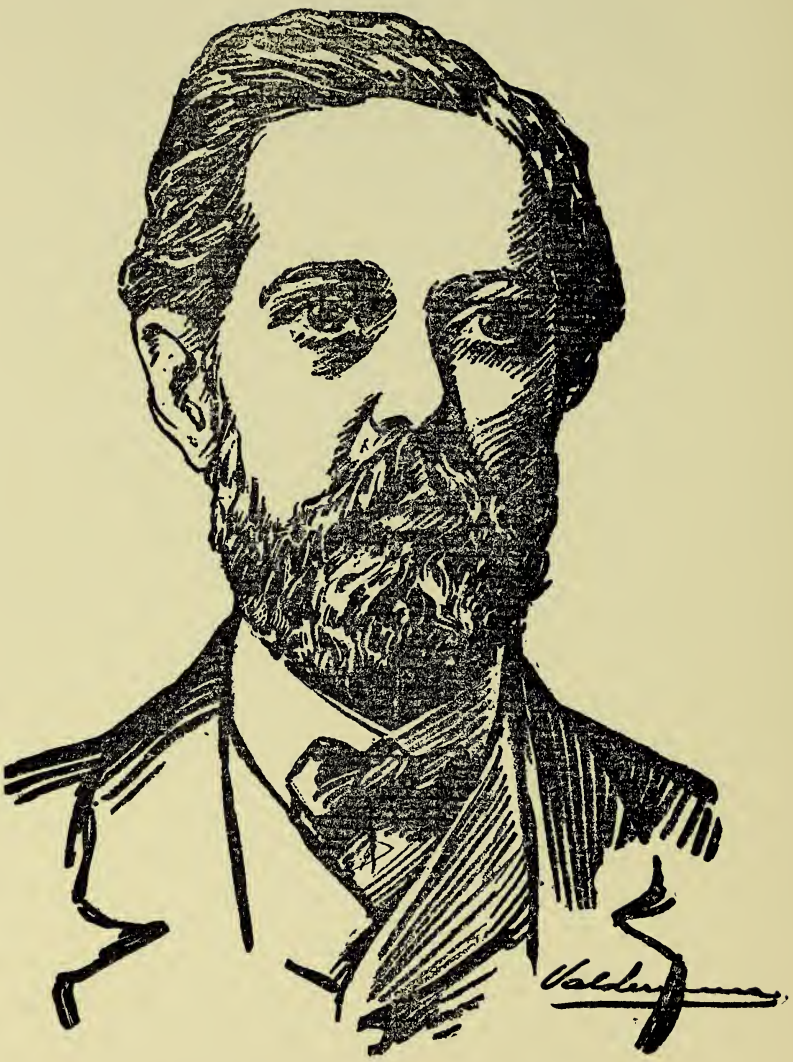
Y cuando, meses después, se le escribe, proponiéndosele, en carta memorable, la jefatura de la revolución, acepta al instante. Su nombre, una bandera, fué sin duda la palabra de paso entre el elemento militar disperso. En los trabajos de organización, ayuda: prepara, escribe, da órdenes, llama a los subalternos, tienta a los descreídos, estudia el campo de la lucha, el escenario donde han de librarse los combates por la libertad. Y llega el 24 de febrero de 1895 y estalla en la isla la revolución. Martí, que después del fracaso de Fernandina estaba como loco, va en su busca, y a poco, en compañía de Paquito Borrero, Angel Guerra, César Salas y Marcos del Rosario, y después de mil peripecias caen

sobre las playas de Baracoa. Ya los Maceo se le habían adelantado, pero con él llegaba la cabeza de la guerra: su director. Días después de desembarcar, decide que se lleve a cabo la invasión.

Asiste a la catástrofe de Dos Ríos, al eclipse de aquel astro inmenso. Pelea, organiza, pasa al Camagüey, ataca a Altagracia, al Mulato, a San Jerónimo. Ve desaparecer de su lado, y a diario, amigos y compañeros. Pero nada lo arredra ni lo detiene en su marcha, ni lo hace cambiar de propósito. Y entra en las Villas, y allí asalta al fuerte Pelayo y al de Río Grande. En San Juan se reune con Maceo y siguen la marcha en combinación. Juntos derrotan al coronel Segura en Iguará y a Arizón en Mal Tiempo. Entran en la provincia de Matanzas y luego en la de la Habana. Se separan, y Maceo penetra en Pinar del Río mientras él se mantiene en la Habana, teniendo en jaque constante a la tropa enemiga. Vuelve, después de dejarlo todo previsto, a Oriente. Conferencia allí con Calixto García, que acaba de llegar al frente de una expedición, y regresa a las Villas, donde establece su campamento en *La Reforma,* sitio donde se mantiene hasta la terminación de la guerra, hasta que los últimos cañonazos disparados en la loma de San Juan proclaman el triunfo de las armas cubanas, y con él la suspirada libertad.

Terminada la lucha, Máximo Gómez fué para los cubanos, como árbol frondoso, como fuen-

te de agua pura: maestro y padre. En el Vedado, rodeado de flores, exhaló el último suspiro. Como un santo murió: le acompañaron las lágrimas de todo un pueblo. ¡De un pueblo que en ocasiones parece haberlo olvidado!



MIGUEL JERONIMO GUTIERREZ

Nació el 15 de junio de 1822.—Murió el 20 de abril de 1871.

MIGUEL JERONIMO GUTIERREZ

En Cuba, como en Grecia, los poetas han sabido también ser caudillos. En la guerra de los diez años fueron muchos los que cambiaron la lira por la espada: la abyecta ciudad por la montaña rebelde! Uno de los que más renombre alcanzó en la cruzada estupenda iniciada por Céspedes, fué Miguel Jerónimo Gutiérrez, trovador de amores en la paz infame de la colonia, y tribuno y legislador y soldado en la guerra sin cuartel por la independencia. El ruido de los hierros al chocar intimida sólo a los poetas femeniles, pero no a los que, siendo poetas, no han dejado de ser hombres. Al trabajo, al estudio, a predicar entre los suyos el bien y la justicia, estaba dedicado Gutiérrez, cuando la patria llamó a sus hijos a pelear. Y entonces, hijo ferviente de la patria, salió a pelear, y a caer sin ventura en un trágico idilio de la traición y la venganza...

Cuba tiene todavía en olvido a muchos de

sus más grandes hijos: en cambio tiene a otros, enanos de cuerpo y alma, elevados a alturas considerables... Verdad que hay quien sube como sube la piedra que tiene encima una montaña: sube con la montaña! Otros son montañas, y no suben porque son lo alto...

Nació en Santa Clara. Fueron sus antecesores gente buena y honrada. En el Colegio de los Padres de San Francisco de Asís, establecido en aquella ciudad, recibe instrucción primaria. De este colegio fué uno de los alumnos predilectos, tanto por su amor al estudio como por sus bellas prendas morales. Apasionado por la literatura, casi niño, comienza a colaborar en el periódico titulado *El Eco de Villaclara;* y a los veintidós años, ensortijado el cabello, soñadores los ojos, el alma como un pájaro, es considerado un poeta. Su casa fué en ese tiempo lugar de reunión de cuantos rendían culto a la divina poesía, ya en prosa, ya en verso. Hay poetas en prosa, y hay quienes escribiendo versos no son poetas. Partidario ferviente de la enseñanza, y conocedor de la necesidad de extenderla entre sus paisanos, vivía predicando las ventajas de la escuela y el deber en que estaba cada uno de cultivar su inteligencia.

En la obligación de ganar el pan, dedicóse al ejercicio de la profesión de procurador público, profesión en la cual, por sus simpatías personales, y por su competencia reconocida, tuvo siempre mucho trabajo. Casado en 1849, supo fundar un verdadero hogar. En 1866, con motivo

de haber llegado a Villaclara Eduardo Asquerino, director de un importante periódico que se publicaba en Madrid, y que abogaba por las reformas ultramarinas, hubo fiestas y banquetes. En uno de los efectuados con ese motivo habló Miguel Jerónimo Gutiérrez. Su discurso fué un himno a la palabra hablada, y un himno también a las reformas y a todas las ideas trascendentales que pregonaran progreso y bienestar.

Gracias a Gutiérrez y a Eduardo Machado, triunfó en 1866 la candidatura de Manuel Fernández Bramosio, como comisionado por Villaclara a la Junta de Información. Esta Junta de Información en nada contribuyó a mejorar la situación política de los cubanos que en ella pusieron grandes esperanzas. Desilusionados él y otros muchos hijos prominentes de Villaclara, fundan un Comité Revolucionario, del cual es nombrado Presidente.

Es un hecho que aquellos hombres, sin noticias de si en Oriente y el Camagüey se conspiraba en favor de la independencia, conspiraban y preparaban la guerra para la conquista de la libertad. Sin conocimiento, Gutiérrez y sus compañeros, del movimiento revolucionario que habrían de capitanear Céspedes y Aguilera, el Comité de Villaclara quedó pendiente de las órdenes de José Morales Lemus, presidente de la Junta de la Habana, quien le ofreció armas y municiones, las que irían en una expedición que desembarcaría en aquella provincia.

Apenas se conoció en Las Villas el levanta-

miento de Céspedes en la Demajagua, el alma del pueblo iba y venía como una marejada. Mucho hubo que contener para que los villareños no se fueran al campo sin esperar la hora propicia que sus jefes venían aguardando. Llega enero del año 1869: la revolución sigue su curso en Oriente y Camagüey. Al principio se pensó en poder sublevar, en favor de la revolución, la guarnición española de Santa Clara. Pero esto fracasa, razón por la cual Gutiérrez sale para la Habana, donde conferencia con los hombres de la Junta Revolucionaria, quienes le aconsejan que espere órdenes. Con ese criterio vuelve a Santa Clara. Pero ya en su pueblo natal, comprueba, por los distintos choques personales que habían tenido lugar entre cubanos y españoles, que era imposible esperar más, y resuelto se echa al campo, seguido de familiares y amigos, proclamando la independencia de Cuba.

El pronunciamiento de las Villas tuvo efecto el día 7 de febrero de 1869, en la finca *Cafetal,* propiedad de José González. En esta finca, enclavada entre Santa Clara y Manicaragua, se congregaron algunos miles de insurgentes. Allí se reunieron las fuerzas de Remedios, mandadas por el polaco Roloff; las de Trinidad, mandadas por los hermanos Cavada; las de Cienfuegos, mandadas por los hermanos Díaz de Villegas; las de Sancti Spíritus, mandadas por Honorato del Castillo, y las de Esperanza, Ranchuelo y otros pueblos de la provincia. La bandera que los villareños enarbolaron fué la misma que Ló-

pez tremoló en Cárdenas y más tarde en Las Pozas, y fué hecha por manos femeninas, las de la señorita Inés Morillo Sánchez, ungidas por el más puro patriotismo.

En el mismo lugar se designó general en jefe de las fuerzas sublevadas en las Villas a Florentino Jiménez Favelo, quien renuncia el cargo, recayendo entonces en Joaquín Morales Enríquez. Miguel Jerónimo Gutiérrez redacta una proclama dando a conocer los móviles de la revolución. Aunque un numeroso contingente siguió a los directores de la guerra en esa provincia, las tropas carecían de disciplina y de armas con que emprender las operaciones. Solamente había armados unos doscientos hombres y para eso con escopetas los más. Esta situación, esta falta de armas y municiones, hizo que las gentes se sintieran desmoralizadas y comenzaran las presentaciones, nuncio de la muerte de la rebelión en aquel pedazo del territorio cubano. Reunidos para tratar de la difícil situación distintos jefes de fuerzas, Miguel Jerónimo Gutiérrez fué partidario de que se pusieran todos en camino de Oriente, no con el fin de quedarse allí, sino con el de pedir recursos a Carlos Manuel de Céspedes. La idea, aunque tuvo de opositores a Roloff y a Eduardo Machado y a otros, se puso en práctica, y marcharon a los pocos días camino del Camagüy, en viaje a Oriente.

En el trayecto tuvieron noticias de la desavenencia existente entre los revolucionarios de Oriente y Camagüey. Unos y otros trataron de

ganarse a los de las Villas. Llegados a Guáimaro los de las Villas, tuvieron una reunión preliminar con los distintos representantes de la Asamblea de Camagüey y de Oriente, entrevistas que dieron por resultado concertar una Constituyente, la cual sería la encargada de redactar la Constitución, base del establecimento del Gobierno. Indudablemente la presencia de los villareños en el territorio camagüeyano, primero, y luego en el oriental, fué sin duda la primera piedra puesta para la unión de todos los cubanos en una sola aspiración y un sólo afán: la independencia y la república. Y todo esto fué obra, más que de otro, de Miguel Jerónimo Gutiérrez, quien con su inteligencia y su gran corazón sabía guiar y enfrenar pasiones.

En la Asamblea de Guáimaro, Gutiérrez tomó parte importante. Nombrado vicepresidente de la misma, por ausencia frecuente de Salvador Cisneros Betancourt, tocóle presidir continuamente. El era quien ocupaba la presidencia de la Cámara cuando, reunida el 17 de diciembre de 1869, acordó deponer a Manuel de Quesada del cargo de general en jefe del Ejército. Partidario de la anexión de Cuba a los Estados Unidos, tomó parte en el acuerdo de la Cámara solicitando del Gobierno de la gran nación la incorporación a ella; y más tarde, con motivo de la conmemoración del 4 de julio, aniversario de la declaración de independencia de los Estados Unidos, pronunció un discurso en el cual augura que Cuba pasaría a ser americana, a ser una es-

trella más en su constelación de estrellas. Indudablemente el alma de Cuba, el pensamiento de sus más grandes hijos, andaba extraviado en aquellos tiempos. Sólo así se explica que habiendo ido al monte a morir por la independencia, solicitaran la anexión!

Durante uno de los recesos de la Cámara, en 1871, Miguel Jerónimo Gutiérrez, ansioso de hallarse cerca de los suyos, en su *patio,* pasa la trocha de Júcaro a Morón y se incorpora a las fuerzas del general Villamil. En la región villareña se encontraba, acompañado de un grupo de hombres, cuando, delatado por un tal Juan Castellón, es sorprendido en el monte nombrado El Purgatorio, por guerrilleros desalmados, los cuales lo encuentran tendido en su hamaca, y le disparan a quemarropa, hiriéndolo gravemente. y luego—¡martirio horrible!—desangrado, lo atraviesan en un caballo, y así lo llevan una larga jornada, mientras el pobre dejaba entre las breñas del sendero, jirones de su propia carne, los últimos alientos de su vida, de aquella vida meritísima y gloriosa.

Su cadáver, espantados los cobardes asesinos, no quisieron llevarlo al cementerio de Sancti Spíritus, y lo enterraron no se sabe dónde. o lo dejaron tal vez insepulto para que de él se hartaran los perros jíbaros y las auras...

JOSE MARIA HEREDIA

Nació el 31 de diciembre de 1803.—Murió el 12 de mayo de 1839.

JOSE MARIA HEREDIA

Ser poeta no es lo que creen muchos: vivir fuera de la realidad; embadurnar con menjurjes y coloretes las cosas naturales; zahumar con raros perfumes de romanticismo los agrios sudores del mundo. Ser poeta es sentir hondo y pensar alto. Es sentir lo que no todos pueden sentir, y ver lo que no todos pueden ver. El poeta es a los pueblos lo que los niños a las casas: su regocijo y consuelo; y como los viejos también, su escudo y su vigía. Sí, audaces maestros en el arte de las acomodaciones, los poetas no son lo que creeis vosotros, hombres nulos, hombres superficiales, hombres sin carácter; los poetas son ruiseñores despiertos cuando todavía las ciudadas duermen; magos anunciadores del porvenir; conductores de almas a través de las sombras, y paladines sin miedo en las cruentas sacudidas de los pueblos. Hombres de acción, ciertamente—y repase quien lo dude nuestra Historia, y verá siempre, en medio a los grandes silencios

que la tiranía impuso, o en medio a las guerras por la libertad y el derecho, levantarse la figura de un poeta, ya atizando la llama del ideal, ya cayendo en la pelea aureolado por la gloria y el martirio...

El más conocido de todos los poetas cubanos es Heredia, y el que acaso ha hecho pesar más la poesía en los destinos de Cuba. Nació en Santiago, la recia. Fué su padre—persona de inteligencia y cultura—su primer maestro. A los tres años, ante el asombro de la casa, leía correctamente, y a los ocho traducía del latín y del francés y hacía versos. A los quince se recibe de bachiller en leyes, y a los veinte, perdonado el tiempo que debía estar de pasante, gana el título de abogado con honrosa calificación. Cuando la conspiración de *Los Soles de Bolívar,* se vió precisado a esconderse primero, y luego a emigrar, para no ser preso. Fue a los Estados Unidos, donde, nostálgico de la patria, se sintió morir. De allí pasó a México, que lo recibió como a hijo. En México ejerció Heredia de abogado, y fué juez, fiscal, diputado, ministro, catedrático y revolucionario. En México intentó de nuevo traer la guerra a Cuba, pero se vió impotente. Enfermo, triste, desencantado, se acoge a la amnistía decretada por la reina gobernadora entonces de España, y volvió a Cuba, al seno de los suyos, al cariño de su madre anciana...

Meses después, abandonó de nuevo su patria, peregrino indignado y rebelde, para dejar oír la clarinada de sus versos, de esos versos suyos

que fueron a través de todos los tiempos, hasta la entrada de Cuba en la familia de las naciones, como el catecismo de nuestros deberes, y como la página inicial de la epopeya redentora, base y raíz de la República. Sus cantos, como vibrantes notas metálicas, repercutieron de cubano en cubano, despertando en todos amor por la libertad y odio por la opresión. Heredia es el primero en la legión de nuestros poetas, y uno de los primeros en la de los precursores de la independencia. Porque no se puede hablar de los que señalaron el camino a los héroes del 10 de octubre y 24 de febrero, sin que venga a los labios el nombre glorioso del cantor del Niágara. ¿No fué él compañero de Lemus, Peoli y Hernández en la intentona primera de nuestro honor? ¿No tronó contra los enemigos de su tierra, en estrofas apocalípticas? ¿No estuvo, en fin, buscando el modo de caer con la espada en la mano, frente a los tiranos de su tierra? Nunca olvidará Cuba, ni los que sepan de amor patrio olvidarán, al que no tuvo en la vida amor más profundo que la patria.

La poesía de Heredia fué, durante medio siglo el alimento único de los cubanos rebeldes. El grupo de sus composiciones patrióticas constituyó por largo tiempo como el devocionario épico de sus compatriotas, dispersos por el mundo unos, acorralados otros por los soldados de la tiranía, prontos a saciar sus iras sobre sus pobres carnes. A Heredia nadie le puede arrebatar la honra de haber sido, en la aurora de la

redención, el clarín sonoro a cuyas notas, si no despertaron los cubanos de su tiempo, despertaron al cabo otros que, más dichosos, lograron el triunfo, y con él la gloria de ver fundada la nacionalidad.

Era Heredia de mediana estatura, delgado y de fisonomía agradable. Era vehemente. Y era buen hijo y buen amigo.

En México, tierra grata donde tantos cubanos encontraron, durante su triste exilio, calor de propio hogar, murió el gran poeta, que no supo—nuevo Horacio—de cantar natalicios y desposorios de señorones encumbrados, sino de predicar la necesidad de luchar y morir por la libertad plena del hombre. Allá, y en días tan inciertos como los actuales, dejó de existir el cantor de la catarata formidable...

¡Sus restos! ¿Dónde están sus restos? Se perdieron entre la tierra húmeda. Muerto en Toluca, lo enterraron, siendo más tarde sus huesos trasladados al cementerio de la capital, donde no hallaron reposo, pues al querer visitar su tumba un amigo, se encontró que ya no existía, que se había vendido el terreno que ocupaba, y que seguramente lo que de él quedó fué arrojado sin piedad al osario de los humildes, de los pobres, de los que no tienen para su última reducción—ni una urna de mármol, ni una caja de madera...!

Tiene la humanidad gentes que rastrean, armadas de hierros, dispuestas a desgarrar y echar abajo cuanto encuentran alto. ¿Osarían contra

el poeta egregio? No: la envidia sabe dónde muerde y puede vencer. Y sabe que no puede con Heredia. Su mordedura sería para él lo que la lengua de la serpiente para el bronce, lo que la ola para el peñasco solitario: una caricia...

NARCISO LOPEZ

Nació el 13 de septiembre de 1798.—Murió el 1º de septiembre de 1851.

NARCISO LOPEZ

Empezó mal la vida de hombre, porque la empezó peleando bajo las banderas de la tiranía, en contra de sus hermanos, que luchaban por conquistar la libertad e independencia. La empezó mal, pero la terminó bien, pues murió en el cadalso, después de intentar, en dos ocasiones, rescatar a Cuba de las manos que la oprimían y vejaban. Malo es pecar, y continuar pecando, aunque se presenten a la vista, abiertos, los caminos de la virtud. Pero una gran acción en pro de una generosa idea hace olvidar que el que la realiza puso un día las manos en el crimen. No así se puede perdonar al que, habiendo sido de los fundadores de un pueblo, se complace luego, por ambición o por odio, en echarlo abajo, sin gloria y sin honor. Erró Narciso López un día esgrimiendo su lanza épica, y saliéndole al encuentro a los soldados de Páez. Pero se lavó de esa culpa—para los cubanos al menos—mu-

riendo estoicamente en defensa de sus derechos de hombres.

En Venezuela, cuna de Bolívar, nació. Cuando contaba apenas catorce años, le mataron los españoles al padre, quedando solo en el mundo. ¡Y triste destino el del pobre huérfano! Un español, uno de los jefes más sanguinarios, de los muchos que combatían a los libertadores—Morales—, lo acoge compasivo, y lo hace contendiente en favor de los que le habían dado muerte a su padre y combatían por mantener su pueblo esclavo. Ahora bien, de él, cuanto la historia cuenta, lo honra como militar y lo honra como hombre. Combatiendo a los más famosos jefes de la redención sudamericana, gana fama de valiente y abnegado. Más de una victoria debe España al caballeroso y romántico venezolano, que había de ser, más tarde, el primero en sangrarla en nombre de Cuba.

Terminada la guerra libertadora en los llanos de Venezuela, Narciso López, junto con mil maracaiberos fieles a la madre patria, vino a la Habana, luciendo sus brillantes charreteras de coronel. En la Habana llamaba la atención cuando, jinete sobre brioso corcel, se paseaba arrogante. Sus habilidades como jinete eran admirables. Parecía haber nacido a caballo. En la Habana contrajo a poco matrimonio con una hermana del Conde de Pozos Dulces, matrimonio cuya felicidad duró lo que un sueño, lo que una nube. Su amor al juego, a la disipación, al

bullicio, lo hacían incapaz de ser un buen marido.

Conocedor de que en España los carlistas habían forjado una revolución, allá fué, arrastrado por su espíritu batallador. Hecho cargo del mando de un regimiento de la guardia real, realiza a su frente notables hechos. En aquella contienda tuvo a sus órdenes, como teniente, a José de la Concha, el mismo que, años después y siendo Capitán General de la isla, había de mandarlo matar. Los servicios que Narciso López prestó entonces al Gobierno de Isabel II fueron recompensados con los entorchados de Mariscal de Campo y algunas cruces de mérito y diversas condecoraciones.

Contrariado, acaso celoso de mando, tal vez herido en su decoro, pide su traslado para Cuba, lo que logra junto con el nombramiento de Gobernador de la villa de Trinidad. Ya en ésta, su carácter franco, abierto, le ganan el afecto y las simpatías de los gobernados, razón por la cual lo relevaron del mando. Este agravio, este desdén, lo encolerizaron. Fué entonces, acaso, que juró arrancar a España su presa codiciada. En sociedad con los cubanos, comprende que era una misma su causa, y la de todos, y comienza a conspirar. Inicia un plan; celebra reuniones; ordena, prepara. El movimiento debía estallar simultáneamente en Trinidad, Cienfuegos, Sancti Spíritus y Villaclara. Descubierto al cabo todo, por la insensatez de un timorato, recibe una carta firmada por el Capitán General Roncaly,

en la cual le decía que, en el dilema de fidelidad al Gobierno o lealtad al amigo, había resuelto su salvación. Que era en sus manos la denuncia de la conspiración, y que creyéndolo capaz—en igual caso—de proceder como él, le avisaba. ¡Noble y generoso comportamiento el del general Roncaly!

López, recibido este aviso, emprende la fuga y va a refugiarse a New York, y más tarde a New Orleans. Y como quiera que en Cuba existía un numeroso grupo de cubanos que ansiaban la libertad y buscaban un hombre, el caudillo que se pusiera al frente del movimiento insurreccional, se pensó en Narciso López, y a él le ofrecieron la jefatura, cosa que aceptó. Varias intentonas hizo para invadir la isla, hasta que al fin, el 15 o el 16 de mayo de 1850, a bordo del *Creole,* emprende, al frente de más de seiscientos hombres, el camino de Cuba, y en la madrugada del 19—fecha dos veces memorable en la historia de Cuba—efectúa el desembarco. En Cárdenas, después de tomarla y combatir en ella, y vencer, permanece cuarenta y ocho horas. Al cabo, decepcionado, pues no se le unieron más que dos hombres, se reembarca con su gente y llega a Cayo Hueso, perseguido muy de cerca por un barco de guerra español.

De Cayo Hueso pasa Narciso López a New Orleans y luego a Pau-Christian, lugar donde se empieza a instruir la causa motivada por las reclamaciones de España, y la que fué sobreseída poco después. Apenas terminado el proceso,

vuelven los cubanos conspiradores a pensar en un nuevo intento. López, decidido, más activo que nunca, logra reclutar cerca de mil hombres para invadir la isla. A la hora de la partida, en New Orleans, sólo seiscientos hombres lo acompañan, y más tarde, debido a que el barco expedicionario necesitaba aligerarse de peso, deja en el puerto de Belice ciento cincuenta más. Así, al frente de cuatrocientos ochenta, que a tal número había quedado reducido su ejército invasor, pone proa a Cuba, y en breves días realiza el alijo en Playitas, lugar perteneciente a la tenencia de Bahía Honda, en Vuelta Abajo.

Era su intento desembarcar en la parte central de Cuba, de donde tenía noticias que se le esperaba. Mas le habían dicho que encontraría a los habitantes del territorio de Pinar del Río sublevados, y por eso se dirigió a él. En tierra ya, sostiene ligeros tiroteos con algunos vecinos del Morrillo. Emprende la marcha hacia las Pozas con trescientos sesenta hombres, y deja el resto de la fuerza custodiando parte del armamento y provisiones de guerra y víveres. Entre tanto, el Gobierno español, con noticias de que por las costas occidentales de la isla se había visto un vapor sospechoso, dispone la salida del *Pizarro,* llevando una fuerte columna de cazadores, al mando del Comandante General del Apostadero de Marina, Manuel de Enna. Desembarca éste en Bahía Honda el mismo día que López en Playitas, y—¡coincidencias del destino! —se pone en camino para las Pozas. Llega a

este pueblo antes que López, y se atrinchera, disponiendo luego que un capitán, con su compañía, salga a efectuar un recorrido. Apenas sale el capitán a cumplir lo ordenado comienza un nutrido fuego entre la gente de López y la del referido capitán. En este primer encuentro las tropas insurrectas fueron las vencedoras.

También los expedicionarios que habían quedado cerca de Playitas tuvieron fuego con el enemigo, y salieron victoriosos. Pero la conducta del coronel Crittenden, segundo de López, siembra el desorden en las filas rebeldes. Durante la noche del día 13, este coronel, temeroso, se reembarca con cincuenta expedicionarios más, los que, capturados por los vapores *Cárdenas* y *Habanero,* fueron conducidos a la capital y fusilados—todos en un solo día—a la falda del Castillo de Atarés.

Después de esto, salen más tropas en persecución de las de López. Son numerosas las columnas que lo persiguen: a seis mil hombres asciende el total de los que España tiene en armas, y en persecución del caudillo sin ventura. Sabedor de toda la tropa que está en su busca, abandona a las Pozas, y se interna en el monte. Allí lo persiguen también. Le cogen cinco de sus soldados prisioneros, y se los fusilan en el acto. Pelea en el asiento del Cuzco. Luego acampa en Peñablanca, y más tarde en el cafetal de Arrastri, situado a tres leguas de Candelaria, donde repele fiero ataque. Del cafetal de Arrastri pasa al cafetal de Frías. Aquí sostiene ru-

do combate con fuerzas del general Enna y el brigadier Rosales. Hostigado por la superioridad de los contrarios, abandona el campo, y con él a sus muertos y heridos. Los españoles, por su parte, tuvieron, entre otras bajas, la del general Enna, quien herido mortalmente en el vientre, murió a los pocos días.

Después de vagar a la ventura, constantemente perseguido, acampa López con la poca gente que le queda en un lugar llamado Martitorena o Candelaria, donde es atacado de improviso y bajo un temporal de agua y viento, por el coronel Angel Elizalde, al frente de nutrida columna compuesta de todas las armas. Abandona sus posiciones después de dar la cara un momento y ver caer uno tras otro a más de treinta de sus compañeros. En Bahía Honda, en San Cristóbal, en mitad del campo, fusilan los españoles a los expedicionarios prisioneros. Vuelve López a ser batido en el demolido ingenio del Aguacate y en la Sierra de Arroyo Grande. Y por último, José Antonio Castañeda, su amigo que había sido, lo captura, traicionándolo, en los Pinos del Rangel, y lo entrega, despiadado, a sus contrarios. Prisionero López, es conducido a la Habana a bordo del *Pizarro*. Llegó a las ocho de la noche. A las once entró en capilla. A las cuatro de la madrugada hacía sus disposiciones testamentarias, y a las siete de la mañana, sin que el sol se negara a dar su luz, subía las gradas del patíbulo y ponía el cuello en el garrote,

la máquina infernal... Era capitán general de Cuba, entonces, José Gutiérrez de la Concha, subalterno que había sido de Narciso López.

"Mi muerte no cambiará los destinos de Cuba"—fueron las últimas palabras pronunciadas por el ilustre mártir de las libertades cubanas. Mártir, sí: el garrote fué su cruz. ¿Su calvario? El abandono en que lo dejaron, en las dos ocasiones en que intentó redimirlos, los cubanos, ciegos o inconscientes...

ANTONIO LORDA

Nació el 11 de febrero de 1845.—Murió el 16 de mayo de 1870.

ANTONIO LORDA

¡Ah, aquellos hombres fueron de veras estupendos! Ser joven, tener una profesión, ser amado y abandonarlo todo por la patria, es sublime. ¡La patria, sí, es lo primero! De ella es mandar: de sus hijos obedecer. Pero ser hombre acostumbrado a la comodidad, y salir a combatir sin armas contra un ejército bien armado; ser médico y conocer de qué está compuesto el cuerpo humano; saber lo frágil que es, y salir a cruzar ríos y pantanos y a dormir a la intemperie, y exponerse a las balas, es heroico en grado sumo. Así Antonio Lorda, constante en la caballerosidad, en la honradez y en la justicia, conociendo la muerte, y conociéndose débil, fué a retarla y cayó vencido. Aunque no: él venció; él ganó un instante de vida en la gloria. Y la gloria es la inmortalidad!

En Santa Clara nació Antonio Lorda. Niño aún, fué enviado a Francia, la patria de su padre. En Burdeos comenzó a estudiar medicina,

carrera por la que sentía vocación. Tanto en Burdeos como en París, donde se graduó de médico antes de haber cumplido veinte años, fué laureado y premiado más de una vez. En Francia ejerció poco tiempo su profesión, pues el amor a su tierra lo llamaba, y a ella volvió, ansioso de vivir bajo su cielo azul, al arrullo de sus palmas, calentado por su sol. ¡No hay tierra como la propia, como la tierra donde se vió la luz primera! Bello es París, inmenso Londres, New York admirable. Pero el pueblo natal es el corazón. Sus calles, sus casas, sus habitantes, ¡qué bien acompañan si estamos tristes! A París, la ciudad luz, dejó Lorda, por Santa Clara, silenciosa cuna de su vida. Allí, apenas instalado, comenzó a ganar fama de médico entendido y hombre excelente. No siempre hacen liga la inteligencia y la bondad; pocas veces hacen alianza la fuerza del brazo y la pujanza del cerebro. En Lorda corrían pareja, sin embargo, las ternuras del corazón y las ideas de la mente.

La campaña iniciada por los reformistas, a cuya cabeza estaban los ilustres cubanos José Morales Lemus y Conde de Pozos Dulces, atrajo su pensamiento, y, aunque muy joven, no dejó de juzgarla, previsoramente, inútil. Sus viajes, sus lecturas, le habían llevado al convencimiento de que las libertades no se piden, se conquistan; no se regalan: se obtienen cuando se ganan. A darle la razón por completo vino a poco el desconcierto de los reformistas, burlados en sus ensueños y esperanzas. Fué entonces, an-

te la derrota de aquellos varones ideólogos, que se trazó en silencio un camino: el del honor. Camino que supo luego seguir con firmeza. Es deber de todo hombre, cuando grandes acontecimientos se aproximan, trazarse un camino, y seguirlo sin miedo.

En octubre de 1868, enterado Antonio Lorda de que ya en Oriente se peleaba por la independencia de Cuba, por el derecho, por la justicia; de que ya se mataba y moría por acabar con los amos y señores; de que ya se luchaba por hacer del cubano paria un ciudadano respetado por su trabajo y por su esfuerzo, sintióse enardecido, sintió que una ráfaga de viento, venido de los maniguales donde ya se había comenzado a vivir la epopeya, le pasaba por sobre la cabeza, y, entusiasta, congregó a un grupo de patriotas con el fin de fomentar en Santa Clara la conspiración. Por su iniciativa se formó en la citada ciudad una Junta Revolucionaria, compuesta por Miguel Jerónimo Gutiérrez, Eduardo Machado, Juan N. Cristo, Tranquilino Valdés, Arcadio S. García, Francisco Casamadrid, Francisco del Cañal y Francisco Navarro, entre otros. Esta Junta, apenas constituída, comenzó a trabajar sin descanso ni temores en pro de la revolución, y proclamó la necesidad de secundarla.

Acompañado de Miguel Jerónimo Gutiérrez, vino Lorda a la Habana, a entrevistarse con José Morales Lemus. Enterado el insigne patricio habanero de los planes revolucionarios de los decididos villareños, les ofreció enviarles armas

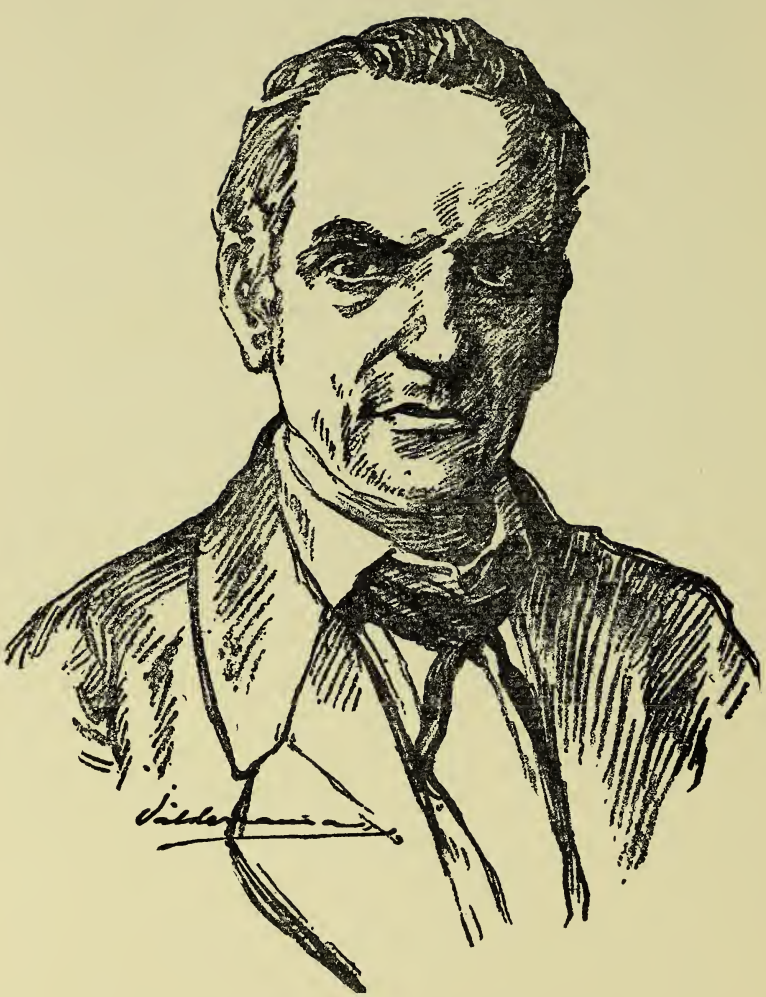
en una goleta, ofrecimiento que nunca fué cumplido. Agitados en demasía los ánimos de los patriotas de Santa Clara, acordaron, ante el peligro inminente de ser descubiertos y aprehendidos, lanzarse al campo, aunque fuera desarmados. Fué el 7 de febrero de 1869 el día glorioso en que los cubanos de la provincia de Santa Clara se echaron al monte, amotinados contra la tiranía secular de España. Miles de hombres acudieron a la cita: miles de hombres respondieron a la clarinada sonora que llamaba al sacrificio por la libertad! Pasados los primeros días y los primeros júbilos y sobresaltos, propuso Lorda que se debía emprender inmediatamente la invasión del territorio de Colón y llevar la guerra a la provincia de Matanzas. Tal proposición fué desechada, tomándose a poco el acuerdo de marchar hacia Oriente, a entrevistarse con el caudillo de Yara, con Carlos Manuel de Céspedes.

Camino de Oriente, llegaron a Guáimaro, lugar donde se habían dado cita camagüeyanos y orientales, para, acabando de una vez con recelos y pequeñeces, dar forma a la revolución, crear un Gobierno que fuera, no el gobierno de una provincia, sino el de toda la isla. Nombrado Lorda representante a la Asamblea constituyente, tuvo la dicha de ser uno de los quince varones que proclamaron el día 10 de abril de 1869, la República de Cuba. Nombrado luego representante a la Cámara, en sus debates tomó participación más de una vez. Lorda, aunque no era orador, sabía exponer sus ideas fácil y con cla-

ridad. Antonio Zambrana, el único superviviente de aquella jornada gloriosa, lo designó el *diputado modelo.*

Meses después de constituída la República, el Presidente Carlos Manuel de Céspedes lo nombró Secretario de la Guerra, cargo que desempeñó a satisfacción de todos. En el cumplimiento de tan altas funciones se hallaba cuando cruel enfermedad lo hizo su presa. Y a los pocos días, rodeado de amigos tristes y hambrientos, después de una jornada terrible bajo una lluvia copiosa, por entre piedras y zarzales; después de una noche de angustia y horror, de tormentos infinitos, exhaló el último aliento de su vida aquel hombre bueno, franco, leal, patriota y valiente; aquel hombre que había trocado, por servir a su tierra, por lograr su libertad e independencia, las delicias de su casa rica, por la muerte en el desamparo y la miseria, en una oscura ceja de monte...

Allá, en terrenos de la finca Babujales, murió: y allí cavaron sus compañeros la sepultura en que había de reposar. Dice uno de los actores de aquel día, que cerca de un árbol llamado jigüe o sabicú lo enterraron. ¡Acaso las raíces de ese árbol abrazaron su cuerpo deshecho, y hoy vive convertido en rama frondosa o en hoja siempre nueva!



JOSE DE LA LUZ Y CABALLERO

Nació el 11 de julio de 1800.—Murió el 22 de junio de 1862.

JOSE DE LA LUZ Y CABALLERO

¡Tiempos ruines aquellos en que le tocó vivir, en que le tocó ser maestro y guía de la juventud cubana a José de la Luz y Caballero! Como quien pinta a brochazos, así el gobierno de la colonia trataba a los cubanos que no se le sometían. Era Cuba entonces un compuesto híbrido de humildades y arrogancias, de señorío y de pobreza. Con abuso de la credulidad y la autoridad, se ponían en práctica todos los absurdos en materia de religión y de política, a fin de ahogar el deseo de justicia. O se vivía sometido, o no se podía vivir. Atraer luz era un atentado; esparcirla, un crimen. Pero como a los que se deciden a servir a su país la maldad no los mella, ni el calabozo los infama, ni el cadalso los intimida, el viejo pensador, puro, sensible, melancólico, el viejo limpio y resplandeciente, supo, sin miedo, marcar rumbos, señalar caminos. La patria tuvo en él un apóstol: sus enseñanzas fueron medicinas; su colegio, vasto campa-

mento donde podían retozar las almas que fuera de él estaban presas como en un bosque de sombras. De los labios secos de aquel hombre, que del mucho saber y del mucho sentir apenas tenía carnes, oyeron los niños y los jóvenes de aquella época como el decálogo de nuestros futuros deberes y como el prólogo del libro en que más tarde habían de suscribir, Céspedes primero y luego Martí, la fórmula definitiva de nuestra independencia.

De la madre más que del padre vino José de la Luz. Nació en la Habana, y cuentan que sus primeros años se deslizaron apaciblemente, sosegadamente. Sus maestros, durante la niñez, fueron eclesiásticos. Por eso acaso acarició hasta su juventud la idea de abrazar la carrera del sacerdocio. Y si no la siguió, fué debido a que, consciente como era, sabía que en su tierra los sacerdotes tenían que estar sometidos a los caprichos de los que gobernaban, ya que el ministerio de la religión, como el de las leyes, en un país sin derecho y sin libertad, no era posible ejercitarlo si no se tenía el alma de rodillas. Cuando salió del seminario se puso a aprender por su cuenta, haciendo profundos estudios científicos y literarios. Nutrido de saber, emprendió viaje por los Estados Unidos, y luego por Inglaterra, Francia, Alemania e Italia. En Europa asistió como oyente a las clases de Cuvier y Michelet. Conocedor ya de los idiomas que en cada uno de esos países se hablaba, supo durante su permanencia en ellos perfeccionarse

en el acento. El latín le era tan familiar como el español; y conocía bastante el griego.

A su regreso de éste, el primer viaje, pensó en llevar a la realidad lo que había de ser en definitiva su santo apostolado: en fundar un colegio. No habían en Cuba entonces otros maestros que los frailes. Aparte alguna que otra escuelita sostenida por la Sociedad Económica, los únicos colegios eran los conventos. Acariciando esta idea publicó un libro para texto de lectura de las clases primarias, y luego redactó un informe sobre la creación de un instituto o escuela práctica de ciencias y lenguas vivas, cosa que no pasó de proyecto. Más tarde se hizo cargo de la dirección del colegio San Cristóbal, ya establecido, al mismo tiempo que daba clases en su domicilio. Cuando tuvo autorización para profesar públicamente filosofía, inauguró un curso libre, lo que le originó algunos disgustos y polémicas. Su sistema nervioso se quebrantó entonces, por lo que en busca de paz y salud se fué de nuevo para la populosa Europa.

En París vivía sosegado, en un reposo absoluto, cuando llegó a sus oídos que con motivo de la supuesta conspiración de los negros, en 1844, un tribunal militar lo reclamaba como reo de atentado contra la seguridad del Estado. Esta noticia lo sacó de su tranquilidad. Sintiéndose inocente, ajeno por completo a aquello, resolvió al momento ponerse en camino para Cuba. Y así lo hizo. A la Habana volvió sereno a responder de los cargos que se le hacían. El general Leo-

poldo O'Donnell, soldado violento y autoritario, para quien la ley era su voluntad, mandaba en Cuba como dueño y señor. Por su orden, Luz y Caballero debía ser reducido a prisión apenas desembarcara. No lo fué, en atención a que estaba enfermo; pero quedó prisionero dentro de su propio domicilio. Al año, cuando lo llamaron ante el consejo de guerra, su defensor, por encargo suyo, se concretó a decir que "Don José de la Luz y Caballero libraba su defensa en el mérito de los autos y la justificación del tribunal". Pocos meses después fué absuelto, junto con los demás que habían sido por la misma causa procesados. Cuando se le puso en libertad, ya había ocurrido el fusilamiento de Plácido y de tantos otros cubanos negros, víctimas de la comedia trágica a que—para regodeo de las autoridades españolas—se había dado vida. Gracias a la entereza de Luz y Caballero se aclararon situaciones y se disiparon un tanto las nubes que se cernían sobre el cielo de la patria.

Pasados tres años de estos tristes sucesos, mejorado un tanto de los males que le aquejaban, puso en práctica la idea tanto tiempo acariciada: fundó un colegio, "escuela de pensamientos y virtudes". Dióle a ese colegio el nombre de *El Salvador*. Lo que fué ese plantel de educación, los cubanos todos lo saben. Allí, aunque sometidos al plan de estudio oficial, se hacían hombres, hombres de sentimientos generosos y sólido saber. Como educador, Don Pepe fué genial. Obra suya fueron los primeros pun-

tales de la libertad y la república. De su lado salieron, como joyas de un troquel, los Sanguily, Piñeyro, Agramonte y tantos y tantos pensadores y héroes que supieron más tarde servir a la patria, sin miedo y con generosa grandeza.

Creyente fervoroso, siempre, al salir el sol, oraba lleno de fe, rodeado de sus alumnos. De memoria recitaba el misal. Don Pepe era religioso, amaba a Dios, creía en él. Los versículos del Evangelio unas veces, y otras las epístolas de San Pablo, le sirvieron en más de una ocasión para disertar, lleno de ternura, acerca de moral. ¡Cuánta fe, cuánto amor, cuánta bondad brotaba de sus labios! Cuando su hija Luisa—pura como una azucena—murió, se le llenó el alma de una muy honda melancolía. Pero a ella supo sobreponerse. Luego, cuando perdió la madre, sí que se le vió morir, que se le veía morir. Y murió al fin. Tranquilo como un niño que se queda dormido, así dejó de existir aquel que, como si traspusiera el porvenir, pedía a sus cubanos, asociados y no amontonados; hermanos y no ciudadanos; aquel que deseaba, primero que ver caer del pecho humano el sentimiento de la justicia, no ya que se desplomaran las instituciones de los hombres, hasta las estrellas todas del firmamento...

ANTONIO MACEO

Nació el 14 de julio de 1845.—Murió el 7 de diciembre de 1896

ANTONIO MACEO

De otros cubanos fué la tarea escribir; de Antonio Maceo pelear, luchar sin tregua, sin descanso. De otros, dar alas al pensamiento y luz a la idea: de él, subir lomas, vadear ríos, recorrer largas jornadas. De otros, vivir de casquete de seda y lentes de oro, inclinados sobre los libros: de él, vivir a caballo, vivir guerreando y sin ultrajar la dignidad humana ni cargar botín de aventurero; vivir peleando por la redención de su país y el decoro de sus paisanos. El tiempo le faltó para hacerse bachiller y aprender gramática y aritmética, mas no para hacerse profesional del heroísmo y maestro de austeridad. En la batalla tuvo su escuela, en las armas, sus libros; de guía, el corazón. No fué, pues, un pensador, sino un guerrero genial; el Héroe por antonomasia, a quien se verá siempre, en la inmutable serenidad de la Historia, explorando la sabana primero, y cayendo luego, con arrogante gesto y seguido de sus soldados, alto el

machete y desplegada la bandera, sobre el cuadro enemigo..

En Santiago de Cuba nació, y no en palacio regio, sino en una humilde casa. Fué su padre un mestizo oriundo de Venezuela, la patria del libertador Bolívar, y su madre, una pobre y sencilla mujer del pueblo, de quien pudiera decirse que tenía el corazón de una leona. A leer y a escribir aprendió de mozo, pero no a distinguir los verbos regulares de los irregulares, ni a conocer la familia de los tropos. De estrategia no tomó lecciones jamás, ni de táctica militar, ni de geometría. Buen jinete lo fué desde su juventud y diestro manejador del machete. La revolución iniciada en Yara lo encontró recién casado, en pleno vigor y con el alma ya templada para el sacrificio. Al abogado Asensio, su padrino que lo había hecho afiliar en la francmasonería, centro entonces de conspiración, debió sus primeros entusiasmos por la patria y por la libertad.

Cuando su padre—padre de una tribu de bravos—supo el día fijado para el levantamiento, llamó, de acuerdo con su esposa, a los hijos todos, y cuando éstos estaban a su alrededor, les tomó juramento de fidelidad a la causa redentora, y los arengó para que la secundaran. Y así lo hicieron todos. Juntos el padre, la madre, la compañera de Antonio y los siete hermanos, marcharon resueltos al campo de la revolución. En los primeros combates cayó el viejo, luego cayeron otros, todos de cara al ene-

migo. Maceo, Antonio, no: la muerte lo respetó mucho tiempo. ¡Acaso si fué su amiga; tal vez si fué su aliada!

A las órdenes de Máximo Gómez y de Calixto García, comenzó su carrera militar. Fué sirviendo en las fuerzas de estos jefes que comenzó a distinguirse por su valor disciplinado y por su inteligencia acometedora. De una en otra acción, de una en otra hazaña, llegó de simple soldado a general, de arriero a plenipotenciario de la gloria; de hombre incapaz de entender las epopeyas, a hombre capaz de vivirlas y dar tema para muchas. Durante los diez años aquellos de la guerra grande, recorrió Maceo todo el territorio de Oriente y parte del de Camagüey. Y lo recorrió incendiando, matando, dejando en los caminos jirones de su propia carne y sangre de su propia sangre. La Indiana, la Galleta, Chaparra, Zarzal, Báguano, Manzanillo, Yabazón, las Guásimas, Naranjo, Mojacasabe, los Mangos de Megía—acción ésta en la que recibió nueve balazos—, San Ulpiano, Floridablanca, Los Llanados de Juan Criollo, y ciento de lugares más, fueron teatro constante de sus proezas: de sus improvisadas arremetidas, cargas fantásticas y asaltos imprevistos.

¿Lo de Baraguá? Allí, bajo los mangos aquéllos, se mostró un gigante. Allí, protestando contra el pacto del Zanjón, escribió una de las páginas más gallardas de la Historia de Cuba, y una de las más conmovedoras y magníficas de la propia suya. A él siempre lo verán los

cubanos, después de diez años de rudo y perenne batallar, y cuando los más de sus compañeros se descalzaban las botas de montar a caballo y dejaban caer la espada, airado y fiero, dispuesto a no quitarse aquéllas ni a rendir ésta, sino en el ara de la patria libre.

Y vino la tregua, la guerra chiquita—así se llama la intentona que siguió a la paz del Zanjón—; su odisea por Haití, donde quisieron asesinarlo; sus nuevos intentos de rebelión; su estancia en Costa Rica; su vida de trabajos y virtud callada; los días de propaganda, los días de esperanza y de zozobra en que Martí, de pueblo en pueblo, iba pregonando la necesidad del sacrificio. Y vino el 24 de febrero de 1895, en que Cuba se alzó de nuevo, armada de hierro y venganza; y vino el primero de abril en que después de varios días de navegar sin rumbo en la goleta *Honor,* desembarcó en las playas ásperas y melancólicas de Duaba. A las pocas horas de desembarcar tuvo que entablar combate. Los españoles lo persiguieron incesantemente. Dispersa su gente, se ve precisado a andar cerca de un mes entre breñas y a alimentarse con naranjas agrias. Así, hasta que logró caer en un grupo de los suyos, de sus camaradas de la guerra grande.

Cuando pudo darse a conocer, hacer acto de presencia, los pueblos enteros se le unían. ¡Hasta los muertos dijérase que despertaban ansio-

sos de acompañar al gran capitán en sus nuevas correrías! ¡La invasión! Ella es el poema estupendo de la guerra de independencia. ¡Y con qué lujo de estrofas! Con menos de dos mil hombres de infantería y caballería la emprende. Antes, se deja sentir en todo Oriente. En cuatro meses atacó el poblado del Cristo, recorrió el distrito de Holguín y Tunas triunfalmente; derrotó en Paralejo a Martínez Campos, y acuchilló en Sao del Indio a las fuerzas del coronel Canella. Luego, el 22 de octubre, se pone en marcha, camino de Occidente. Lo que fué la invasión no se puede decir en unas páginas: se necesitarían libros. Basta decir que desde Oriente llegó, después de librar más de cien combates, hasta Guane, uno de los últimos pueblos de la región vueltabajera...

Era Maceo caballeroso, franco, leal, sencillo, casi ingenuo. No era cruel: era magnánimo. No era grosero ni duro: era cortés, afable, bondadoso. No gustaba de fumar ni de las bebidas alcohólicas. Aquel hombre león se sentía mareado cuando le fumaban al lado o aspiraba el vaho del alcohol. Los bebedores la pasaron mal a su lado. Limpio era como una dama. En literatura gustaba del estilo empenachado y conmovido, y que revelara sinceridad. ¿Racista? El significado de esa palabra no lo conocía. Para él no hubo en Cuba más que cubanos. De negros y blancos, hablarían otros, no Maceo. ¡Era de

bronce macizo aquel hombre, sin cuevas para víboras y gusanos!

Cuando el siete de diciembre de 1896 cayó en Punta Brava, herido por dos balas, tenía ya veinticuatro cicatrices. Las dos últimas hicieron veintiséis. ¡Veintiséis condecoraciones de gloria!

JOSE MACEO

Nació el año de 1846.—Murió el 5 de julio de 1896

JOSE MACEO

Hay vidas que parecen cuento: la del general José Maceo es una de ésas. Sus proezas; sus asaltos, merodeos, combates, fugas milagrosas, dijéranse invención de la fantasía mas que realidad. El dios de la guerra forjó su espíritu, indócil y arrebatado, a la vez que noble y compasivo. Muchos hijos valientes ha tenido Cuba en sus luchas por la independencia: algunos acaso tan valientes como él; ¡pero ninguno más que él! Como Aquiles, como Héctor, los héroes de la homérica leyenda, José Maceo fué largo tiempo protegido por las divinidades. De ahí que la muerte lo respetara durante aquellos diez años de continuo bregar, de diario combatir, de constante coqueteo con el peligro. El fué el primogénito de los Maceo,—legión de bravos! El fué el Páez cubano: el huracán hecho hombre!

En un oscuro rincón de la provincia oriental, nació y pasó los primeros años de su vida. Adolescente, no fué al colegio a aprender lo que eran

las montañas y los bosques y los ríos: subiendo las primeras, atravesando los segundos, vadeando los terceros se los aprendió de memoria ¿La libertad? La libertad aprendió a amarla a la sombra de la esclavitud. No hay maestro que mejor enseñe a amar la justicia, que la injusticia. ¡A amarla y a defenderla! El grito de rebeldía lanzado en Yara por Carlos Manuel de Céspedes lo halla en pie. A él y a los suyos. Siete eran y el padre, y juntos todos sentaron plaza de soldado bajo la bandera roja, blanca y azul; bajo la bandera de la patria, dispuestos a conquistar sus derechos.

Muerto el padre, al lado de su hermano Antonio, jefe antes que él, combate, ganándose los ascensos a tiros y machetazos. Durante la década sangrienta y gloriosa, asiste a cientos de hechos de armas. Una ocasión, Policarpo Pineda, llamado familiarmente *Rustán,* famoso entre las huestes libertadoras por su temerario valor, retó a tres de los Maceo, entre éstos a José, a ver cuál se portaba mejor en el encuentro próximo. Aceptado el reto, asaltan un convoy, destrozando completamente al enemigo. En el lance salieron heridos los cuatro justadores, a la vez que convencidos cada uno de ellos del valor de los restantes. En el ataque el cafetal *Indiana,* ya capitán, a las órdenes del general Máximo Gómez, fué herido de gravedad. Otra ocasión, enterado de que su hermano Antonio, acribillado a balazos en la acción de *Barajagua,* era transportado en una camilla, casi moribundo bajo la

persecución de los españoles, constitúyese en su defensor constante. Diez días consecutivos duró la peregrinación aquella. El caudillo glorioso, en andas y seguido de su séquito hambriento, huía del enemigo, ansioso de apoderarse de la codiciada presa. Pero entre el enemigo y Antonio, iba José, defendiendo como un león cada palmo de tierra.

Herido en el encuentro de la loma de *Báguano,* herido de tal modo que se le paralizaron las válvulas del corazón, cuando su gente afligida se disponía a cargar su cuerpo inerte, se irguió resuelto, montó a caballo, y marchó sobre los contrarios, arrebatándoles la bandera y haciéndolos huir a la desbandada. Poco antes de firmarse el pacto del Zanjón, con sólo quince hombres, ataca en *Pinar Redondo* al batallón de Reus, matando a su jefe, el coronel Gonzalo. Días antes de firmarse la paz, poco faltó para que el general Martínez Campos cayera en su poder prisionero. Andaba José Maceo, seguido de sus fieles, acechando el momento propicio para dar un golpe de efecto que echara a rodar por el suelo el altar de las intrigas y componendas. En busca de esta oportunidad se encamina al Songo, donde se entera de que el general Martínez Campos se encuentra en el poblado del Cristo, y hacia allí se dirige. Pero no atacó al Capitán General español, porque supo que con él se encontraba un cubano prominente tratando precisamente de la paz.

Terminada al fin la guerra de los diez años,

se va a vivir a la ciudad de Santiago, lugar donde un año después dió de nuevo el grito de libertad, en combinación con *Guillermón* Moncada, Flor Crombet, Quintín Bandera y otros jefes. En marzo de 1880, hace prisionero al capitán del Ejército español, Enrique Ubieta, hermano de Emilio Ubieta, muerto gloriosamente en la batalla de las *Guásimas,* defendiendo los ideales de la revolución. A Ubieta, Maceo lo puso en libertad. Mas tarde, en *Arroyo de Agua,* emboscado, espera la columna del teniente coronel Pujón y la destroza, haciéndole diecisiete muertos, y cerca de cincuenta heridos, entre éstos, el jefe.

Hecha la paz nuevamente, es enviado junto con otros compañeros, a los presidios de Africa. Confinado a las Chafarinas, allí estaba, cuando con el fin de ponerlo en lugar más seguro, concibieron el plan de trasladarlo a Ceuta. El vapor que había de conducirlo a su nueva cárcel hizo escala en Cádiz, lugar donde, de acuerdo con algunos deportados cubanos, entre los que se hallaba Calixto García, logra fugarse en compañía de su mujer y de su hijo. Llega a Tánger, pero de este lugar tiene que salir precipitadamente, yendo entonces a refugiarse en Gibraltar, posesión inglesa. Con conocimiento España del arribo de los prófugos a Gibraltar, solicita su extradición, a lo que el Gobernador de aquel peñón accede sin consultar a su Gobierno. Entregado de nuevo a las autoridades españolas, es encerrado en el castillo de Pamplona. Al

cabo de algunos meses, por gestiones de Inglaterra, fué trasladado a la plaza de Mahón, de donde pudo evadirse pasando primero a Argelia, luego a Francia, y por último a Panamá. Mas tarde se trasladó a Costa Rica, tierra donde a puro esfuerzo, en lucha abierta con la naturaleza, levantó su hogar, alzó su tienda de peregrino de la libertad.

De su vida plácida de campesino fué a sacarle la propaganda del Partido Revolucionario Cubano,—la estupenda obra de Martí. En Costa Rica, junto con su hermano y Flor Crombet, esperó la hora, siempre alerta. En compañía de éstos y de otros jefes, embarcóse en una pequeña embarcación nombrada *Honor,* con rumbo a Cuba. A las playas de Duaba, Baracoa, fueron a dar. En ella desembarcan en pleno día, armados y resueltos. A la vista de la ciudad sorprendida ocupan una casa situada sobre un cerro. Allí comienza a unírseles la gente. Informados de que viene a atacarlos una columna española, la esperan y la hostilizan y la rechazan. Celebrada la primera función de guerra, se internan en el monte.

Después de varios días de marchar sin tregua, perseguidos de cerca por el enemigo, se detienen a descansar en una casa situada en un lugar llamado *Palmarito,* donde son sorprendidos. Pelean allí cuerpo a cuerpo y como fieras. Allí murió Crombet, caballeroso y bravo, y otros cayeron prisioneros. José Maceo quedó solo, descalzo, perdido en las sierras de Baracoa. Trece

días anduvo así, hambriento y sediento, sin encontrar dónde apagar la sed ni matar el hambre. En el desamparo, no tiene más compañero que su rifle y cien cápsulas. ¿Alimento? Alguna que otra ave que caza y come cruda, y alguna que otra fruta silvestre. Una vez, ya en el colmo de la desesperación, después de haber andado cuarenta leguas, halla un camino ancho, por el cual se echa a andar rifle en mano y el dedo en el gatillo. Apenas había caminado una legua, llega a una estancia, a un pequeño bohío. El dueño del sitio le dice que la revolución está fracasada, lo que lo hace sufrir enormemente, pero no cejar. En marcha de nuevo, oye gente que se acerca y se dispone a morir.—¡Alto! ¿Quién vá? —dijo. Y le contestaron:—Cuba.—¿Qué gente? —repuso. Y le respondieron:—De *Periquito* Pérez! Se había salvado, estaba entre hermanos.

Tan pronto como se vió al frente de alguna tropa, se reanima, es otro hombre, es decir, vuelve a ser quien era. Cuando el general Gómez y Martí lo encontraron, ya al frente de unos quinientos soldados, combatía a diario. ¡Acabado de batirse y triunfar en *Arroyo Hondo,* abrazó a Martí y a Gómez! Después... después combate—y siempre vencedor—en *Jobito, Ramón de las Yaguas, Sao del Indio, Sagua de Tánamo* y otros lugares, hasta que al fin, sucumbe en la loma del *Gato,* peleando heroicamente, denodadamente contra los amos de su tierra, mientras las palmas todas se inclinaban pesarosas y los ríos murmuraban una plegaria...

JOSE MARTI

Nació el 28 de enero de 1853.—Murió el 19 de mayo de 1895

JOSE MARTI

De Martí en Cuba, como de Washington en los Estados Unidos, como de San Martín en la Argentina, como de Hidalgo en México, como de Artigas en el Uruguay, como de Bolívar en nuestra América toda, cuanto se diga en elogio es justo. A los padres generosos, a los padres abnegados, heroicos, valiosísimos, nunca los hijos honrarán bastante. Y como a padre debemos todos los cubanos venerar a Martí, ya que él desde el amanecer de la existencia vió a cada uno de sus paisanos como a hijo. Fuera de la patria también puede y debe pregonársele, porque, aunque cubano de nacimiento, fué un hombre universal, un hombre de esos que señalan, al través de los tiempos, una hora en la vida de la Humanidad. ¿Qué acontecimiento hubo a fines del pasado siglo comparable a la entrada de un pueblo en la vida de la libertad y el derecho? ¿Y no fué Cuba ese pueblo, gracias a su fe, a su tesón, a su genio, a su amor inagotable y a

sus ansias de sacrificio? Sí, por él somos libres o podemos llamarnos así, aunque a veces—como lo previó él— muestre la República la mano cubierta con el guante de la colonia, o hechos dolorosos nos hagan pensar con tristeza que somos como una gota de agua en el océano: que somos una barca a merced de todos los vendavales...

En la humildad de una casa de la calle de Paula, en la Habana, nació Martí. Fueron sus padres, españoles, personas de poca cultura y sentimientos vulgares. El laurel no brota solamente en los arriates artísticos: el laurel, en la tierra, nace donde quiera. Así el genio—salto maravilloso de la Naturaleza—encarna lo mismo en el hijo de un general y se llama Víctor Hugo, que en el hijo de un soldado y se llama José Martí. El genio nace lo mismo en la Francia republicana de principios del siglo XIX, que en la Cuba colonial de mediados de ese mismo siglo. En una escuela de barrio aprendió las primeras letras. En el colegio *San Anacleto,* de Rafael Sixto Casado, enseñanza elemental, y en el *San Pablo,* de Rafael María Mendive—educador y poeta—comenzó los estudios superiores. Desde niño empezó Martí a sobresalir: en uno y otro colegio hizo gala, ante maestros y condiscípulos, de asombrosos rasgos de inteligencia y de carácter. Había nacido grande, y grande fué desde la niñez. En Grecia hubiera sido Platón o Leónidas; en Inglaterra, Cronwell o Byron; en la Argentina, San Martín o Sar-

miento: sí, dondequiera que le hubiese tocado en suerte nacer, hubiera sido grande.

Cuando el toque de clarín en Yara llegó a sus oídos, sintió latir el corazón de patriótico entusiasmo, entusiasmo que echó fuera en un soneto vibrante. Preso su amigo y maestro Mendive, al Castillo del Príncipe subía a verlo todos los días, a llevarle el consuelo de su ternura y su cariño. Cuando en 1869 el Capitán General de la isla, Domingo Dulce, decretó la libertad de imprenta, Martí, en compañía de Valdés Domínguez, comenzó a publicar un periódico titulado *El Diablo Cojuelo,* al mismo tiempo que dirigía *La Patria Libre,* periódico, este último, donde dió a la publicidad su poema *Abdala,* canto en que rebosa su entrañable pasión por la libertad. Al año justo de haber estallado la revolución de Céspedes, unos voluntarios lo acusaron del delito de haberse burlado de ellos al pasar por su lado, de regreso de una *gran parada.* Y por habérsele encontrado una carta dirigida a un compañero de aula, que servía, siendo cubano, al Gobierno de España como oficial de un regimiento, fué juzgado en consejo de guerra y condenado a seis años de presidio. Y a presidio fué llevado Martí—con diez y seis primaveras apenas—, y allí sometido a horribles torturas y sufrimientos. Lo que entonces sufrió le hizo exclamar: "Dante no estuvo en presidio. Si hubiera sentido desplomarse sobre su cerebro las bóvedas oscuras de aquel tormento de la vida, hubiera desistido de pintar su Infierno. Lo hu-

biera copiado y lo hubiera pintado mejor". Conmutada la pena, fué deportado a Isla de Pinos, y más tarde enviado a España en calidad de deportado.

A España llegó apesadumbrado, enfermo, pobre. A poco, dando clases, ganaba para vivir; es decir, para ir muriendo disimuladamente. A sacarlo de esas angustias llegó a su lado, deportado también aunque con la bolsa llena de oro, su amigo, o más bien, su hermano Fermín Valdés Domínguez. Martí comenzó entonces una nueva existencia. Emprendió de nuevo sus estudios, y pronunciaba discursos en la logia a que pertencía, y escribía versos, y era la encarnación de su tierra, rebelde a la cadena. Luego, por haberse enfermado en Madrid Valdés Domínguez, pasaron a Zaragoza, donde uno y otro se ganaron afecto y estimación. En Zaragoza obtuvo Martí el grado de Doctor en Derecho y el de Doctor en Filosofía y Letras. Allí escribió en los periódicos, fué poeta, fué orador... En 1873, ya abogado y Doctor en Filosofía y Letras, visitó a París, Londres y otras ciudades europeas, siguiendo luego a México, donde le esperaban sus padres y hermanos. En la patria de Juárez fué colmado de honores: la popularidad le prodigó caricias; el amor le besó la frente!

De México fué a Guatemala, donde obtuvo también gloria y bienestar. De allí—firmada ya la paz del Zanjón—pasó a la Habana, la que, apenas transcurrido un año y después de haber

mostrado en Guanabacoa las galas de su oratoria, se vió precisado a abandonar, deportado de nuevo a España, por conspirador, por estar complicado en la revolución del 79, llamada *guerra chiquita.* De la *madre patria* se fugó, pasando por París, hasta detenerse en New York, y luego en Venezuela. En Caracas, como en México antes y en Guatemala, supo abrirse paso. Pero como a las repúblicas suelen también salirles sus déspotas, abandonó a Venezuela, y, como un náufrago, arribó a New York, donde lo esperaban su esposa y su hijo. En aquel medio hostil de la Babel moderna, y en el transcurso de dos lustros, fué dependiente de una casa de comercio, redactor de *The Sun,* corresponsal de varios periódicos de la América latina, traductor de la casa de Appleton, redactor de *América, El Economista Americano* y *La Edad de Oro,* revista esta última dedicada a los niños exclusivamente, y maestro y diplomático. Pero aunque atareado, sólo pensaba en Cuba y en la necesidad de redimirla. De ahí que, cuando desde Tampa un grupo de cubanos lo invita para tomar participación en una velada, acepta la invitación. Y luego de tentar el alma de las emigraciones, funda el Partido Revolucionario, y jura ante su propia conciencia libertar a su país o perecer en la demanda.

Lo que fué Martí durante aquellos cuatro años de entusiasmos y flaquezas, de agonías y luchas, no se puede contar. Un pájaro no tenía su movilidad, un caballo su resistencia, un Cris-

to su bondad, su dulzura, su amor. Darse era su mayor placer; servir a sus paisanos, a su tierra...

La guerra del 95, la que acabó con el gobierno de España en Cuba, la que sacó a pelear por la libertad a treinta mil hombres contra doscientos mil, obra suya fué, y sellada con su sangre quedó para siempre en Dos Ríos, en aquellos campos orientales, donde, jinete en su corcel blanco, se abalanzó sobre la tropa enemiga, y cayó para siempre, tal como un Dios, coronada la frente por los resplandores de la gloria, rebosantes los ojos de la divina luz de la inmortalidad...

BARTOLOME MASO MARQUEZ

Nació el 21 de diciembre de 1830.—Murió el 14 de junio de 1907

BARTOLOME MASO MARQUEZ

De Bartolomé Masó, de aquel varón puro y sencillo, ferviente y abnegado, compañero en 1868 de Céspedes, en la madrugada sublime de la Demajagua, y entero y magnánimo iniciador en Bayate de la revolución del 95; de aquel cubano augusto y sacerdotal que jamás desoyó la voz de la patria y que jamás estimó la justicia como el acomodo del mundo a sus deseos; de Bartolomé Masó, de aquella alma fuerte y sana, hecha como de agua de manantial y luz de cielo; de aquella vida, oreada y límpida, lujo y orgullo de nuestra historia; del gran desaparecido, en fin, vigía hoy y consuelo de las casas en que, aun escaseando el pan el honor es abundante, y espectro acusador de los palacios en que, sobrantes los manjares y licores, en virtud y decoro se esté a dieta, cuanto se diga en alabanza, es justo, porque por él, por su tesón y por su fe, por su voluntad inquebrantable, es que la libertad de Cuba no cayó, en plena aurora, en la sima

de un nuevo Zanjón, y volvimos a ser podre y gusanos, y un montón de cenizas resplandecientes!...

En Manzanillo, la vieja ciudad que mira al mar, nació de un padre catalán y de una madre bayamesa. Recibió educación en el Convento de Santo Domingo. De joven puso sus actividades al servicio del comercio, y en sus ratos de ocio cultivaba la literatura: componía versos. En revistas y periódicos de Santiago de Cuba, Manzanillo y Bayamo aparecieron algunas de sus composiciones. En 1851, protestó valientemente, en un discurso, de la ejecución en garrote vil de Narciso López. Por este discurso, y otros actos de liberalismo, lo tuvo siempre España en observación. Cuando en 1867 comenzaron Céspedes, Aguilera y otros a conspirar, ansiosos de buscarle caminos al Derecho, Masó fué de los primeros en abrazar la causa y jurar a ella fidelidad constante. Así, cuando el 10 de octubre creyó llegado el momento, en unión de sus dos hermanos se fué al monte, desplegada la bandera de la rebeldía. Se unió a Céspedes en la Demajagua y asistió al infortunado asalto de Yara. Proclamado aquél General en Jefe del movimiento, Masó fué designado segundo jefe, cargo que se apresuró a renunciar en favor de Luis Marcano, el bravo dominicano de gloriosa recordación.

Estuvo en el ataque y toma de Bayamo y en los combates librados en Jiguaní, Báguano, Rejondón, Bermeja y otros. En todas estas accio-

nes dió pruebas inequívocas de valor. Poco después de la muerte de Céspedes, fué electo representante a la Cámara por el Departamento oriental; y cuando la exaltación a la presidencia de Tomás Estrada Palma, éste lo nombró Secretario de la Guerra. Luego, prisionero Estrada Palma, volvió a la milicia, a ocupar un puesto en el ejército. Mandando las fuerzas de Manzanillo, como general de brigada, lo sorprenden los acontecimientos del Zanjón. El no aceptó el pacto. Al lado de Maceo, el león invencible, se mantuvo hasta que éste se ausentó de la isla y vinieron al suelo todas las esperanzas.

Depuestas las armas al cabo, al extranjero fuese a llorar sus tristezas de vencido. Pero a poco regresó a la patria, al cariño de los suyos, de su familia. En la tarea de reconstruir la hacienda y la casa estaba cuando el movimiento de 1879. Complicado en el nuevo intento, fué reducido a prisión junto con los coroneles Ricardo e Ismael Céspedes. En el Morro de Santiago de Cuba guardó prisión primeramente y luego en el Castillo de Santa Catalina de Puerto Rico, y más tarde en la cárcel de Cádiz, adonde por último lo deportaron. Puesto en libertad, visita Barcelona, viaja por Francia, Inglaterra, Suiza e Italia, regresando a Cuba, a su pueblo natal, donde se dedica a trabajar, y a soñar, y a esperar la hora del honor—que a pesar de tantos infortunios, no por eso estaba cansado de servir a la patria!

Diez y siete años—la tregua fué larga—, diez y siete años después de haberse Masó desceñido las armas, vuelve, en cumplimiento de las órdenes recibidas, a echarse a la manigua enarbolando la bandera de la libertad. El 21 de febrero de 1895 otorgó testamento, y el 24, valeroso, entusiasta, abandona el hogar, y proclama en Bayate la independencia de Cuba: la independencia o la muerte! Fué él quien inició la contienda que preparó Martí; el que sacó a pelear a Amador Guerra, fiero paladín derribado en pleno espigar de gloria; el que en pugna con gran parte del país y enfrente de toda España, se mantuvo irreducible. En vano pretendieron amedrentarle, en vano trataron de intimidarle, que él había jurado por última vez ya la independencia de su patria. Asume en los primeros momentos el mando de las fuerzas revolucionarias de Oriente, y días después es proclamado General en Jefe del Ejército Libertador, mando que rescinde a la llegada del General Gómez. Acompaña al divino Apóstol en su Calvario de Dos Ríos, y ve cuando los cubanos, cual nuevos griegos de una nueva Ilíada, se disputan el cadáver de aquel Patroclo estupendo, más sin ventura que el amado de Aquiles...

Nombrado Jefe del segundo Cuerpo de Ejército de Oriente, realiza algunas operaciones, hasta que en septiembre de 1895, la Asamblea de Jimaguayú lo elige Vicepresidente de la República en armas. Dos años más tarde fué electo Presidente en la Asamblea de la Yaya. Ter-

minada la guerra, resigna ante la Asamblea de Santa Cruz el cargo, y se va, nuevo Cincinato, tranquila la conciencia, aunque intranquila el alma, a vivir como el más modesto ciudadano, en un rincón de su ciudad profundamente amada. Recluído en el silencio y la pobreza, en su humilde vivienda de la Jagüita, fué a sorprenderle el clamor de su pueblo ya libre: el grito de su pueblo aclamándolo presidente. Pero ironías del destino no quisieron que así fuera; no quisieron que fuera él el primer Presidente de la República cubana.

Y lo fué Estrada Palma; y Masó continuó viviendo, triste y pobre, en la Jagüita. Muchos cubanos quisieron vengar la ofensa que estimaban se le había hecho: pero él, por la patria, supo acallar insurgentes melancolías, descabezar cóleras; supo sufrir desdenes e injusticias antes que llevar a la república naciente a la guerra fratricida. ¡Pobre gran vencido! Para tí la patria no tuvo premio. Es decir, sí ha tenido: la de estar ahora, que tantos valores han venido abajo, que tantos dioses se han quedado sin Olimpo, puro y limpio, al lado de Martí, el más puro, el más bueno, el más grande...

En plena revolución, en 1896, compuso Masó la letra de un himno viril y hermoso, himno que debiera repetirse constantemente, que debería estar en todos los labios cubanos, a todas horas. De ese himno es la estrofa aquella que

ahora retoza en nuestra mente pugnando por salir:

Cuba libre es la frase sonora
que resuena en los campos doquier,
Cuba libre será desde ahora,
Cuba libre por fin ha de ser...

En pleno junio, y mirando a su patria en poder de los extraños, regida por unos hombres que no eran sus hermanos, exhaló el último suspiro, dejó de latirle el corazón: su gran corazón de patriota pulcro y austero...

GUILLERMO MONCADA

Nació en 1838.—Murió el 5 de abril de 1895

GUILLERMO MONCADA

Por el color no son grandes los hombres, sino por sus virtudes. Blancos hay que viven como entre tinieblas, y negros para quienes la vida es un rayo de sol, o un copo de nieve. Negro era Guillermo Moncada—el bravo y recio *Guillermón*—, y nadie que no sea un pedante barbilindo o un Narciso danzarín, si piensa en él, le ve la piel oscura y el pelo rizoso y áspero, y los labios gruesos y abultados, y no el alma heroica, impetuosa y soberbia, de quien sólo quería la existencia por el placer de honrarla y engrandecerla... Muchos defensores puros, abnegados, valientes, tuvo Cuba en sus guerras por la libertad e independencia. Entre los más puros y más abnegados y más valientes, está el que, de humilde cuna, de lo más feo del universo—de la esclavitud—supo alzarse hasta donde ya no lo hubiera sido posible—ni aun queriendo—sacudirse la luz y volver a ser pequeño...

En Oriente, en Santiago de Cuba, nació. ¿Sus

padres? Del montón anónimo. De niño aprendió a leer y a escribir. De mozo, se hizo carpintero, oficio con el que supo ganarse el pan que comía. Por su estatura, casi gigantesca, sus amigos le llamaron *Guillermón,* sobrenombre que fué luego—como afirma Regino Boti—"nuncio de terror y augurio de pánico entre las fuerzas integristas que representaron en Cuba la colonia y la tiranía". Conocedor de la conspiración de Céspedes y Aguilera, estuvo, arma al brazo, esperando la hora. Así, cuando el 10 de octubre de 1868 estalló al fin la cólera de los cubanos, él, seguido de unos cuantos, se echó al monte, resuelto e intrépido. A las órdenes del comandante Antonio Velázquez entra en fuego por vez primera, mereciendo por su valor el primer grado en la milicia rebelde.

A poco, y después de otros combates, logra su ascenso a capitán. Y es entonces que comienza su figura a tomar relieve, su personalidad a destacarse entre la pléyade de los libertadores. Cuando, en sustitución de Donato Mármol, fué nombrado Máximo Gómez Jefe del Departamento oriental, y quiso conocer personalmente a todos los jefes de fuerzas que habían de operar a sus órdenes, cuentan que el coronel Policarpo Pineda, al llevarse a cabo la revista de las suyas, se adelantó, y señalando a *Guillermón,* dijo:—General Gómez, le presento a mi primer capitán, porque es bueno y se puede tener confianza en él.

Cuando el General Gómez, efectuada esta

revista, concibe el propósito de atacar el poblado de Ti-Arriba, le confía la vanguardia de la columna en marcha. Apenas habían adelantado algunos tramos, se divisa al enemigo. El general Gómez le ordena que rompa el fuego y avance. Como si llevara dos espuelas clavadas al espíritu, arremete Moncada a la tropa española, la cual, sorprendida, se desmoraliza y huye precipitadamente. En este encuentro fué herido en el pecho, por lo que se vió en la necesidad de aceptar su baja y atender a su curación. Largos días se vió lejos del somatén de los combates, al cabo de los cuales volvió a unirse al general Gómez, dispuesto a conquistar nuevos lauros. Herido grave el coronel Pineda, es nombrado *Guillermón* comandante y jefe de la tropa que aquél mandaba. Como al hacerse cargo de las fuerzas de Pineda se le ordenó tratara de evitar los abusos que venía cometiendo en la jurisdicción de Guntánamo el desdichado cubano Miguel Pérez y Céspedes, que al frente de su guerrilla asolaba los cafetales cuyos dueños eran adictos a la causa de la libertad, y los custodiaba y defendía cuando eran sus dueños amantes de la colonia, *Guillermón*—como un héroe de novela—sintió que el corazón le latía con más rapidez tan pronto supo la designación que de él se había hecho, pues tenía ansias de entablar combate: de vencer al famoso guerrillero!

Fué su primer encuentro con éste, después de cruzarse carteles de desafío. Sí, *Guillermón,*

en marcha por un camino, encontró un papel en el que se leía: "A Guillermo Moncada, en donde se encuentre.—Mambí: No está lejos el día en que pueda, sobre el campo de la lucha, bañado por tu sangre, izar la bandera española sobre las trizas de la bandera cubana.—*Miguel Pérez y Céspedes.*" Al dorso del mismo papel, dicen que *Guillermón* escribió y dejó caer luego en el mismo sitio: "A Miguel Pérez y Céspedes, en donde se hallare.—Enemigo: Por dicha mía se aproxima la hora en que mediremos nuestras armas. No me jacto de nada; pero te prometo que mi brazo de negro y mi corazón de cubano tienen fe en la victoria. Y siento que un hermano extraviado me brinde la oportunidad de quitar el filo a mi machete. Mas, porque Cuba sea libre, hasta el mismo mal es bien.—*Guillermón.*"

En la zona ocupada por los cafetales de Guantánamo se encontraron, al fin, Moncada y Pérez. El jefe español atacó al cubano. En los primeros momentos, la victoria hibiérase creído de parte de aquél. Pero el cubano, después de cinco horas de rudo batallar, ordena una carga al machete, entrando él el primero, dando voces de aliento, por entre las huestes contrarias, despedazándolas. En la lucha, cuerpo a cuerpo, cayó Miguel Pérez y Céspedes. Con el parte del combate, rendido al general Gómez, le envió *Guillermón* las insignias militares del terrible jefe de las escuadras de Guantánamo. Por su

comportamiento en esta acción fué ascendido a Teniente Coronel.

Después de alcanzada esta victoria, continuó peleando con más ardor si cabe. En la Indiana toma participación, y más tarde en el encuentro que contra una columna al mando del general español Palanca tuvieron los cubanos, acaudillados por Gómez. En esta función de guerra, Moncada cargó nuevamente al machete, haciendo una carnicería. Pero al terminar la faena, sus compañeros tuvieron que levantar en brazos el cuerpo robusto de su amado Ayax, herido en un muslo por el plomo del adversario... Antes de los dos meses ya se encontraba de nuevo en disposición de arremeter, al frente de los suyos. Moncada, después de esa su segunda herida, tomó parte en las acciones de Báguano, Samá, Los Palos, El Capeyal, Holguín, Las Cabezadas de Báguano y El Zarzal, combate éste donde el propio *Guillermón,* en lance personal, le arrancó la vida al Teniente Coronel español Sostrada. Hecho tan singular le valió las estrellas de coronel.

Luego, y después de combatir en Santa María de Holguín, pasa al Camagüey, donde toma parte en la acción de El Naranjo, una de las más gloriosas de nuestras guerras de independencia. En El Naranjo es nuevamente herido, lo que le priva de hallarse más tarde en la batalla de Las Guásimas, estupenda victoria lograda por las huestes del ejército libertador: ¡inmarcesible laurel sobre la espada del cien ve-

ces glorioso caudillo Máximo Gómez...! A curarse pasó *Guillermón* a la jurisdicción oriental. Apenas se siente bueno, incorpórase a las fuerzas de Antonio Maceo, entonces Jefe de aquella División. Al lado del Capitán sin émulo, estuvo hasta que, después de la protesta de Baraguá, aquél marchó al extranjero. Y cuando, disuelto el Gobierno de la República, y sin fe los militares, llegó la hora de la disolución, Moncada, como quien ha cumplido todo su deber, firma la adhesión al Convenio, y se retira, triste, pero acaso rumiando esperanzas, a su hogar abandonado...

Vino después la *guerra chiquita,* la revolución del 79, y Moncada, fiel a su juramento, volvió a la lucha. En unión de José Maceo y Quintín Banderas abandona la ciudad de Santiago de Cuba. A los pocos días sostiene un encuentro con las tropas españolas en Mayarí y el Macío... Pero reducidos a poco los cubanos, tuvieron nuevamente que entablar negociaciones con los españoles. Pero las negociaciones entabladas entonces fueron más dolorosas y más inícuas que las anteriores. Los bravos jefes de esa nueva intentona fueron, unos muertos calladamente y otros enviados a los presidios de Africa. A España fué trasladado *Guillermón* junto con el general Calixto García, el de la frente gloriosa...

Al abandonar el presidio volvió a Cuba, a su Oriente. Allí supo de la creación del Partido Revolucionario Cubano, la obra de Martí, y se puso a conspirar en espera de la hora en que ha-

bía nuevamente de tomar el camino de la manigua. Dos días antes del 24 de febrero de 1895, *Guillermón,* con conocimiento de la orden de levantamiento, se echó al monte en compañía del pulero Rafael Portuondo Tamayo, joven de lo más distinguido de Santiago de Cuba, después general de la revolución. Al monte se fué *Guillermón,* pero no era ya el Hércules invencible de la guerra grande. Comido por la tisis, había salido poco menos que moribundo, porque no concebía que los cubanos estuvieran peleando por su libertad y él no fuera de ellos. Un mes y medio escaso duró aquella existencia preciosa bajo la enseña de la rebeldía. No pudo el pobre ni siquiera saber que no dejaba la revolución en mal estado. ¡Acaso si la visión última que tuvo fué la de la patria, sujeta por nuevas y más recias cadenas...

JOSE MORALES LEMUS

Nació el 10 de mayo de 1808.—Murió el 28 de junio de 1870.

JOSE MORALES LEMUS

En una aldehuela de la provincia oriental, en el embarcadero de Gibara, nació José Morales Lemus, uno de los más conspícuos cubanos de la pasada centuria. La casualidad lo hizo nacer allí, la casualidad, para quien no hay regla, ni lógica, ni razones, ni leyes. Era su padre, natural de Canarias, capitán de barco, y viajaba en compañía de su esposa. De pronto, cerca de las costas cubanas, ella se sintió presa de los dolores del parto, lo que determinó que desembarcara. A los pocos meses de nacido, quedó huérfano de madre; y del autor de sus días, es cierto que no supo nunca más... Pero la vida está llena de sorpresas. Y así lo vemos, de niño desvalido, pasar a ser, bajo la protección de dos paisanos del padre, estudiante, y recibir buena educación y graduarse en la Habana, primero de bachiller y luego de abogado. Más tarde lo vemos convertido, por la generosidad de otro canario, cuyos intereses administraba desde muy

joven, en hombre rico, en dueño de una cuantiosa fortuna.

La abogacía, el derecho—¡bella carrera para quienes puedan ejercerla en un país donde la justicia no sea una farsa!—no le sedujo ni le llevó a la conquista de resonantes triunfos. Modesto, reposado, sin el don de una palabra brillante, fué, más que un abogado capaz de conmover a un jurado y confundirlo, un abogado de consulta. Para ser un buen consejero tenía estas cualidades: era estudioso, paciente, conciliador, afable. Cuando los desaciertos y los abusos cometidos por los gobernantes españoles Tacón y O'Donell, hicieron germinar en el corazón de algunos cubanos la idea de la anexión a los Estados Unidos, se fundó un partido anexionista, al cual perteneció Morales Lemus apenas quedó constituído. Este partido cubano fracasó años después, debido a la oposición vigorosa y razonada que en el orden de las ideas le hizo José Antonio Saco y a que, en el orden de los hechos, las expediciones de Narciso López no fueron lo que se esperaba. Más tarde, seca ya la sangre de López y de los suyos, formóse otra agrupación, bajo la jefatura del talentoso y valiente catalán Ramón Pintó, con los mismos fines anexionistas, agrupación de la que Morales Lemus fué una de las principales cabezas.

Denunciada, no se sabe por quién, la conspiración al general Concha, gobernador entonces de la Isla, abrió un proceso, y por último, hizo

subir al patíbulo a Pintó. A pesar de esto, la conspiración continuaba. Morales Lemus hizo un viaje a New York, donde celebró conferencias con los que habían de ser jefes del movimiento armado. España, conocedora de lo que se tramaba, apeló a Inglaterra y a Francia para que en su favor alegaran ante el Gobierno de Washington. Así lo hicieron estas naciones, dando con ello lugar a que, en evitación de un serio conflicto con las más poderosas naciones europeas, el general americano Quitman, el hombre de la palabra comprometida, deshiciera los planes y abandonara todo espíritu aventurero. Después de este fracaso, Cuba quedó sumida en una paz todavía más despótica.

Gracias a que no representaba papel en esta conspiración, se salvó Morales Lemus de la cárcel, cuando no de la muerte. Años después, siendo gobernador de Cuba el general Dulce, reunió en su casa un grupo de amigos, a los cuales invitó a contribuir con dinero para la fundación de un periódico. El contribuyó con una fuerte suma, y a principios de mayo de 1863, *El Siglo,* periódico que hizo famoso el Conde de Pozos Dulce, gran cubano de ardiente y sano patriotismo, comenzó a ver la luz pública. Junto con *El Siglo* nació también un partido compuesto por elementos liberales, hijos del país. De este partido vióse exaltado al primer puesto. En vano el llamado partido reformista pidió, clamó: España estaba sorda a toda reforma que implicara un bien para los cubanos. Hubo reformas,

sí, pero no las solicitadas, sino algo que constituyó un tremendo sarcasmo y que despertó profunda indignación. No obstante, continuaron luchando. Y cuando las elecciones para elegir los diez y seis comisionados cubanos que debían asistir a una junta convocada por el Gobierno de España, Morales Lemus fué elegido uno de ellos por el distrito de Remedios. A España fueron los delegados cubanos. Las sesiones tuvieron efecto en un salón del ministerio del Ultramar. En ellas nada consiguieron los cubanos, a no ser nuevos vejámenes...

Entonces fué que presentó Morales Lemus un proyecto completo de autonomía política para la isla, inspirado en la mayor suma de libertades posibles. De haber aceptado España dicho plan—dice Piñeyro—, "la hora de la inevitable separación hubiera llegado algo más tarde". Pero España no lo tomó en consideración. Aparentemente tranquilo, aunque rebosante de amargura, vuelve a Cuba, donde comienza de nuevo a ocuparse de su bufete. Pero el país, oprimido acaso más que nunca bajo la espada del general Lersundi, se revolvía inquieto. Se conspiraba: las almas estaban palpitantes de esperanza. Así, estalla la guerra en Yara, el 10 de octubre de 1868. España, queriendo *endulzar* a los cubanos, manda de Gobernador al general Dulce. Fué bajo el mando de éste que ocurrieron los sucesos llamados del teatro Villanueva y el palacio de Aldama. Morales Lemus, desde los primeros días de la llegada del gobernante español,

se embarcó para New York. Allí, desde su arribo, se puso a explorar el sentir del gobierno americano, esperanzado de que pudiera favorecer a los cubanos en su lucha por la independencia. Viejo, achacoso, aceptó sin embargo el cargo de representante de la revolución en los Estados Unidos. A poco de tomar posesión de la presidencia de los Estados Unidos el general Grant, Morales Lemus obtiene de él una audiencia en la cual le expone la situación de Cuba y las aspiraciones de los cubanos en armas. Grant lo oyó con interés, y al despedirse le dijo: "Sosteneos por un poco de tiempo más y obtendréis aún más de lo que esperáis". Más tarde visitó al Secretario de Estado, a Hamilton Fish. Todo perecía marchar bien: parecía un hecho el reconocimiento de la beligerancia de los cubanos. Pero fué entonces que Fish, aduciendo razones de peso, lo mismo que el senador Charles Summer, se opusieron a ese reconocimiento, en tanto que el Secretario de la Guerra, Rawlins, con hondas simpatías por los cubanos, trataba en vano de ganar el ánimo de Grant.

Después de esta visita a Washington, vuelve a New York Morales Lemus, donde lo esperaban halagadoras nuevas de la patria: la noticia de que en Guáimaro se había constituído el primer Gobierno cubano y se había proclamado Presidente a Carlos Manuel de Céspedes. También recibió las credenciales de Enviado extraordinario y Ministro en los Estados Unidos, con poderes para gestionar el reconocimiento de la

independencia. Morales Lemus nombró Secretario de la Legación a Enrique Piñeyro. Días después de recibir estos papeles, la Cámara de Representantes de los Estados Unidos aprueba una moción ofreciendo al poder ejecutivo su apoyo, por si juzgaba prudente el reconocimiento de la independencia y soberanía de Cuba. Apenas supo esto, volvió a Washington, donde hizo, por escrito, una exposición al Presidente.

Incansable Morales Lemus en la tarea de recabar del Gobierno americano el reconocimiento de Cuba, vivía de entrevista en entrevista, y de Washington a New York. ¡Pero todo en vano! Como siempre, el egoísmo interesado mató en flor admirables intentos, ventajosos para los cubanos. En vano fueron las simpatías del propio presidente Grant y las de su secretario de la Guerra, el general Rawlins, el noble americano que antes de morir dijo a un colega suyo en el gabinete: "Os recomiendo a la pobre y martirizada Cuba." ¡Bendito sea tu recuerdo, americano generoso!

La muerte del buen amigo de Cuba contrarió mucho a Morales Lemus. Ya no le era dable saber lo que pasaba en el Consejo de Secretarios. Al cabo, fracasado en sus gestiones cerca del Ejecutivo, concentró todos sus esfuerzos a fin de lograr del Congreso lo que de aquél no lograra. Inútil fué todo. España había hechizado al ministro americano en Madrid. Lo hechizaron a cortesías y a agasajos y a vanas pala-

bras. Humo fueron al cabo las conversaciones entre Madrid y Wáshington acerca de la libertad de Cuba. ¿Qué importa a los que gozan de libertad, los que no gozan de ninguna? Lo que sufrió con todo esto Morales Lemus es indecible. Un puñal parecía habérsele clavado en el corazón. De imaginarse es lo que padecería un hombre que llegó a concebir la esperanza de ver a un gran pueblo extender el brazo fuerte en favor del suyo, y al cabo vió a aquel incapaz, por su bien, de poner en peligro su tranquilidad y sosiego.

En pleno verano, en ese verano pesado de los Estados Unidos, cayó al fin, vencido, más que por los años y por la enfermedad, por la tristeza de ver a su tierra abandonada a su propia desventura, el hombre a quien, por otra parte, no abandonó jamás la fe en la pujanza y brío de sus paisanos.

RAFAEL MORALES Y GONZALEZ

Nació el 28 de octubre de 1845.—Murió el 15 de septiembre de 1872.

RAFAEL MORALES Y GONZALEZ

Desde muy temprano comenzó a ser hombre Rafael Morales. Desde muy temprano se sintió paladín de la justicia y de la libertad, del saber y del bien; y por lo mismo, desde muy temprano apuró el cáliz amargo de la tristeza y el desencanto. Pequeño de cuerpo, tenía el corazón de un gigante. Joven, muy joven, era poseedor de la madurez de juicio de un viejo. No fué un militar, no fué, mejor dicho, un hombre de acción durante los años de sangrienta lucha en que le tocó vivir la vida del cubano rebelde; pero por su honradez de principios, por la rectitud de su carácter y por la grandeza de su inteligencia, supo conquistarse el respeto y la admiración de los revolucionarios que le rodeaban. De la pureza de sus principios dice bien que prefiriera la inquina de los más grandes a su afecto, si esto era en pago de la dejación de sus derechos. De su carácter, el que no pudieran intimidarle ni aun amenazándole. De su inteligen-

cia poderosa, los innumerables discursos y escritos en que echaba a volar sus pensamientos. *Moralitos*—así se le llamaba—fué un grande de veras: sabía cautivar y repeler: sabía vencerse y sabía vencer!

San Juan y Martínez, bello y rico florón de la provincia de Pinar del Río, fué su cuna. A los dos años escasos de nacido, murió su padre, por lo que, en compañía de otros hermanos, quedó al abrigo de la madre. Vió a los suyos despojados, por medio de malas artes, de los bienes heredados. Luego, vió cómo amenazaba la casa la miseria, y se encaró resuelto con la vida. Dando clases—niño aún,—enseñando lo que sabía, ayudaba a cubrir los gastos. Más tarde vino a la Habana, donde se puso a recibir educación gratuitamente, primero en el colegio de José Fors, después en el de Ramón Ituarte, nombrado *Santo Tomás*. En éste último cursó las asignaturas superiores, y fué a la vez, profesor de los párvulos. Por su simpático aspecto, vivo talento y fina bondad, supo en poco tiempo ganarse el afecto de todos: de superiores, condiscípulos y discípulos. *Moralitos,* como maestro, fué, indudablemente, de los precursores. Sabía enseñar—enseñando lo fácil preparaba al educando para aprender lo difícil. Más de una ocasión recibió en público loas y felicitaciones entusiastas por la competencia con que desempeñaba el noble y generoso apostolado.

En las aulas universitarias—desde su ingreso—sobresalió. La luz se hace notar porque ilu-

mina y quema. Fué entonces que se abrieron para él puertas y almas en el hogar de José Victoriano Betancourt, patricio ilustre a quien la patria, o mejor dicho, sus paisanos, tienen relegado a injusto olvido. Allí, al lado del viejo forjador de ideales, y de sus hijos, Luis Victoriano y Federico, pudo *Moralitos* dar rienda suelta a sus cóleras de cubano, a su amor por la libertad y a su aversión por la tiranía. Allí se pensaba en la manera de librar a la patria de los grilletes y cadenas; allí se respiraba aire de redención... Estudiando él en la Universidad, tenía, hostigado por las necesidades pecuniarias, que dar algunas clases. *Moralitos*, en la Universidad, era como el abanderado y la bandera de toda idea liberal y digna. En las sesiones que, dos veces por semana, celebraban los estudiantes en el Aula Magna, dejaba oir siempre su palabra armoniosa y torrencial, juiciosa y razonada. Increíble parece que en el medio ambiente pobre de aquellos tiempos, surgieran hombres como él! Aunque esto no debe extrañar—ya que la flor de más puro aroma suele crecer mejor donde es mayor la podredumbre.

En las propias barbas de los esclavistas y del Gobierno esclavizador, inició en secreto una propaganda abolicionista. Su objeto era reunir fondos que poner en manos de las madres esclavas que llevaban en el seno un nuevo ser, a fin de que pudiesen libertar su vientre. Incansable en su afán de hacer hombres, educaba gra-

tuitamente a algunos obreros. En Santiago de las Vegas, aprovechando la festividad de un día tradicional, leyó un discurso que alarmó al Gobierno. Este discurso le valió que se le prohibiese volver a Santiago de las Vegas. Paria en su propia tierra, no tuvo más remedio que soportar el vejamen. Pero en el alma vigorizaba más y más el ansia de ser libre. Sumido en profundas meditaciones lo sorprende el grito de Yara, el levantamiento de Céspedes en la Demajagua. Al saber que ya se estaba peleando por el derecho, siente que el corazón le late apresuradamente. Y a las pocas semanas sale para Nassau, junto con otros jóvenes de la Habana, y en breves días, soldado a las órdenes del general Manuel de Quesada, desembarca en el estero del Piloto, cerca de la Guanaja.

Desde su ingreso en la revolución comenzó a brillar, a sobresalir. Así lo vemos, primero, Secretario de la Corte Marcial que juzgara a Napoleón Arango; luego, miembro de la Asamblea de Guáimaro y Secretario de la misma; diputado a la Cámara, y por último Secretario del Interior del Gobierno en armas. No obstante desempeñar cargos de orden civil, nunca rehusó el puesto de soldado. Cuando las diferencias surgidas entre los poderes Legislativo y Ejecutivo, *Moralitos* fué uno de los más vigorosos y tenaces inculpadores de Céspedes. Su oposición al gran caudillo, y a Quesada, llegó a tomar proporciones de lucha personal. Tanto en la Cámara como en el periódico, fué inexora-

ble; espíritu demócrata, forjado en la escuela de aquellos de la Revolución francesa—revolución matriz de todas las revoluciones—, quería el respeto debido para los derechos, para la República, madre a quien sólo el criminal puede ver con desdén, o posponer a personales ambiciones.

En la guerra, como en la paz, demostró ser un fervoroso enamorado de la instrucción. Suyo fué el proyecto de ley sobre enseñanza primaria. Y de Agramonte y de él, vigilar para que en los asaltos a los pueblos no se entronizara el saqueo y el abuso,—que mal puede avenirse a ser ciudadano respetuoso quien en la fundación republicana no procede con limpieza y majestad. Con el título de *La Estrella Solitaria* fundó un periódico, en el cual derramaba a raudales la luz de su cerebro. En el periódico, como en la tribuna, era atrevido, valiente, fiero. Una vez, creyendo que el Ejecutivo había dispuesto que se prohibiese la censura de sus actos, dijo:—"¡Sólo el despotismo español llegó a tal extremo!... La palabra es enteramente libre en todos los países constitucionales..." Por su actitud resuelta salvó en una ocasión la causa de la libertad, de la cobarde alevosía de un hombre que salió a servirla sin estar preparado para ello: José Caridad Vargas, esclavo conforme con su suerte, que creyó poder defender la libertad con alma de esclavo.

En una reunión celebrada en el Horcón de Najasa, a la cual había convocado el general Ma-

nuel de Quesada, pidió éste más independencia para el poder militar, con lo que Agramonte, allí presente, estuvo de acuerdo. Pero como Quesada pretendiese en otra reunión, celebrada al siguiente día, obtener las facultades de una dictadura, *Moralitos* lo combatió, echando a rodar por el suelo los planes del general, como triturados por las manos de un Dios. Gigante era aquel hombrecito cuando se escudaba en la razón. Era él de los que creían que "los pueblos no deben tener más que un código, el de la razón; ni más que un trono, el de la justicia". Cuando en receso la Cámara, su amigo Aguilera abandonó los campos de Cuba para ir al desempeño de una comisión a los Estados Unidos, *Moralitos* incorporóse a las fuerzas de Luis Magín Díaz, uno de los más bravos jefes de la revolución del 68. Combatiendo como simple soldado, en el potrero de Sebastopol de Najasa, una bala le penetró por el lado izquierdo de la cara, saliéndole por el derecho, después de haberle destrozado todas las piezas de la boca y la lengua. ¡Ah, qué martirio el de aquel hombre que tanto y tan bien sabía hablar, tener que permanecer, como permaneció mucho tiempo, sin poder articular una palabra! Al principio se creyó que curaría, pero las hemorragias se hicieron continuas, y como no podía alimentarse, comenzó a morir. Sin dientes, flaco, esquelético, era como la caricatura del dolor y del espanto.

Se pensó en que saliera de Cuba. Y tuvieron que vencerlo, vencer sus mil escrúpulos, para

que aceptara el salir al extranjero a curarse. Mas cuando ya estaba decidido a marchar, una fiebre pertinaz se apoderó de él. Rodeado de sus compañeros y amigos, Julio y Manuel Sanguily, de una negra esclava que le siguió a la tumba, y de otros, expiró una noche, entre ronquidos y estremecimientos pavorosos. Allá, cerca de la Sierra Maestra, vasto cementerio de tantos mártires, en una huesa humilde, lo enterraron manos piadosas. ¿Dónde están ahora sus restos? No los busquéis bajo una losa de mármol: están ocultos por la tierra, o hechos polvo, esparcidos por el espacio!

RAMON PINTO

Nació el 20 de junio de 1803.—Murió el 22 de marzo de 1855.

RAMON PINTO

No es el único español que amó la libertad de Cuba, ni el único que por ella sacrificó la vida. Otros también la amaron, y por conquistarla se sacrificaron. Pero ninguno tiene ganado puesto más prominente en nuestra historia que el catalán franco y generoso, precursor de Céspedes y de Martí en el alto empeño de crear una nación libre sobre las ruinas de la colonia esclava. El cadalso donde murió agarrotado fué antecesor del Calvario de San Lorenzo y del Calvario de Dos Ríos! Ramón Pintó, como López, como Agüero, dejó caer en el surco abonado con su sangre la simiente de la patria, que otros, más afortunados, habrían de construir, y otros ¡ay!, más tarde, logreros o patriotas, habrían de creer finca de su propiedad o templo bendito de sus más caros amores.

En Barcelona, la ciudad más progresista de España, nació. De niño fué al colegio, y en su

juventud, estudió para fraile. Para graduarse estaba,—o graduado ya,—cuando la perturbación en Madrid de 1820 a 1823, que lo hace cambiar la celda sombría del convento y el sayón del cura, por el traje del soldado y el bullicio del cuartel de la milicia liberal. Cuando, auxiliado por Francia, el monarca Fernando VII vuelve a reinar, suprimiendo la Constitución, vino a Cuba, temeroso de la venganza de los reaccionarios, como apoderado del barón de Kessel y maestro de sus hijos. A poco de estar en Cuba es nombrado Contador del Crédito Público, cargo del que no llegó a tomar posesión, debido a que el Jefe de Hacienda—que había de ser su superior jerárquico—no quiso aceptarlo como subordinado, dado, según él, su genio levantisco.

Pensar libremente, no tolerar vejámenes, es para algunos signo de rebeldía. Ser un enamorado de la justicia, es para muchos ser un presunto delincuente. Y Pintó era todo eso, porque era un hombre. Y así, no cabía dentro de la Administración del Gobierno español en Cuba: su alma, como su pensamiento, no soportaban amarras. Obligado, para poder vivir, a agenciar distintos negocios, se abre camino, y es al cabo de poco tiempo Director del Liceo de la Habana, y redactor del *Diario de la Marina,* entonces periódico de la oposición. Sus simpatías crecen y su influencia también. Durante el primer período del mando del general Concha, supo ganarse la amistad de éste. Durante el segundo período, siguieron siendo amigos. No obstante,

cuando le denuncian que Pintó conspiraba, Concha, sin pruebas mayores, lo manda matar. Concha, a Pintó, a su amigo probado en la adversidad, lo hizo morir en el garrote. ¿Será cierto que el poder ciega a los hombres y los hace capaces de los mayores crímenes?

Hombre de talento y de ancho y generoso corazón, palpa la injusticia de España en Cuba, sometida a la más inicua esclavitud, y palpa la justicia de la aspiración de los cubanos a la plena libertad. Puesto en el dilema, prefiere estar con los oprimidos. Luego, siéntese capaz, como quien viene de la tempestad, de desatarla. Siéntese apóstol, y comienza, magnífico de sencillez, su apostolado. Su plan era, conquistar, atraer, por medio de la persuasión, y unir en la grandeza de la causa a blancos y negros, a ricos y pobres, a siervos y amos, y juntos todos, lograr, sin derramar sangre, o derramándola, la independencia de Cuba.

Enamorado de su idea, no pierde oportunidad para buscarle adeptos, para ir formando el ejército con que ha de hacerla triunfar. Así, cuando por haberse declarado contrario a la trata de negros el general Pezuela, Capitán General de la isla, los españoles intransigentes, que con la infame trata se habían enriquecido y continuaban enriqueciéndose, pedían su relevo, Pintó creyó—¡pobre soñador!—llegado el momento de hacer saber a esos españoles que la mejor solución que había, la más conveniente a ellos y a todos, era hacer de Cuba una Repú-

blica. Esto hacía con sus paisanos, en tanto que se comunicaba con los cubanos desterrados, con hombres de tanto valer como Gaspar Betancourt *(El Lugareño),* Pozos Dulces, Valiente, Goicouría y otros, y les enviaba recursos monetarios para preparar la expedición del general norteamericano Quitman.

Consiguen, por fin, los españoles intransigentes, el relevo de Pezuela, y llega de nuevo Concha a gobernar a Cuba. Y Pintó continúa conspirando. Ya tiene a su lado, como Director de la Caja de Ahorros de la Junta Revolucionaria, a Carlos del Castillo; a Cecilio Arredondo como encargado de comprar las armas necesarias; a Juan Cadalso, como propagandista en la provincia de Santa Clara. La organización tomaba forma: los hombres que habían de dirigir el movimiento en sus distintas ramificaciones estaban señalados para actuar en el lugar donde gozaban de más prestigio y eran más conocedores del terreno. Pero un criterio distinto era el de los conjurados. A este respecto, alguien que se le acercó a preguntarle si no sería eso un obstáculo para el triunfo, recibió de él esta respuesta: "El interés único y esencial es expulsar al gobierno español: esto se sobrepone a todos los demás intereses."

No, no fué el despecho, ni la ambición, lo que arrastró a Pintó a la muerte, ni el arrebato de un atacado de fiebre heroica. Fué su fe profunda en el derecho humano, su fervoroso amor por los parias. De haberse podido poner en prácti-

ca, de haberse hecho realidad el plan de Pintó, ¿hubiera éste triunfado? ¡Quién sabe! Lo que es de pensar es que, si triunfa, entre los vencedores, la obra se ahoga en una orgía de sangre y de horrores.

Tres son las versiones que corren escritas acerca de quién lo denunció. Unos dicen que fué un presidiario nombrado Claudio González, escapado de Ceuta, donde había estado con algunos cubanos deportados; otros, que un norteamericano al servicio del Gobierno de Washington, conocedor de los planes revolucionarios por otros norteamericanos complicados en la empresa; otros, que uno de los españoles ricos a quienes le había hablado de su empeño. Quién fué el delator, no se sabe ciertamente. Pero el 6 de febrero de 1855, el coronel Hipólito Llorente comenzó a instruir causa por *conspiración para hacer la independencia de la isla de Cuba,* ordenando el mismo día numerosas prisiones tanto en la Habana como en el interior.

Los primeros en ser detenidos fueron Pintó, Juan Cadalso y el doctor Nicolás Pinelo. Constituído el Consejo de Guerra, después de deliberar, pide pena de muerte para los tres. El Auditor, Miguel G. Gamba, estimando injusta la sentencia, pide que se suspenda su aprobación y que de nuevo se vea la causa por un consejo de revisión. Pasa entonces la causa a manos de los magistrados de la Audiencia Preto-

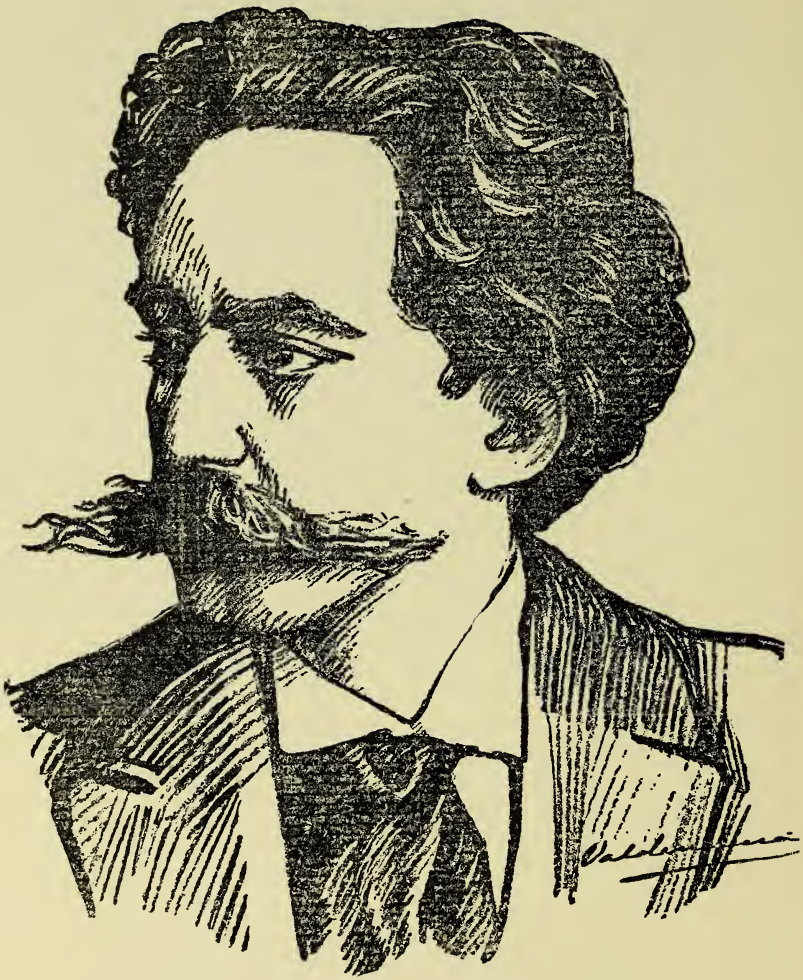
rial, y éstos, "a pesar de no ser tantos ni tan convincentes los datos que contra los tres procesados arroja el sumario", solicitan pena de muerte para Pintó y cadena perpetua para Cadalso y Pinelo. Contra este nuevo fallo, el Auditor García Gamba insiste en su dictamen anterior. De lo expuesto por el Auditor no hizo caso el general Concha, quien aprueba la condena a muerte, en garrote vil, de su amigo Pintó, y la de diez años de prisión, en Ceuta, de Cadalso y Pinelo.

Vanos fueron los esfuerzos hechos para lograr que Pintó revelara el nombre de sus demás compañeros de ideales. Más de una vez entró en su calabozo el jefe de Policía, para ofrecerle la vida a cambio de revelaciones. "Dejadme morir tan honradamente como he vivido", respondía a la preguntas que se le hacían. El 21 de marzo fué puesto en capilla, y al siguiente día, a las siete de la mañana, tranquilo, sereno, fué ejecutado. Al subir al caldalso, el sacerdote que lo acompañaba volvió a instarle para que hiciera algunas revelaciones, a lo que respondió, alzando las manos atadas: "¡No, padre, no!"

Dicen que en sus últimos momentos dijo a alguno, para que las hiciera llegar a sus hijos, estas palabras: "que no se avergüencen del nombre de su padre".

A la muerte de Pintó, los revolucionarios cubanos todos, tanto los de adentro como los de afuera de la isla, se quedaron anonadados, con-

tritos. Las Juntas se disolvieron. Hubiérase dicho que sobre las conciencias había descendido la noche... Con la muerte de Pintó, Cuba perdió un servidor leal y abnegado. Cuba le debe a Pintó la ofrenda de un recuerdo. ¡Que su recuerdo sea luz inextinguible!



GONZALO DE QUESADA

Nació el 15 de diciembre de 1868.—Murió el 9 de enero de 1915

GONZALO DE QUESADA

Su muerte fué como la caída de un árbol en plena floración, como el eclipse de un sol en pleno mediodía. Limpia la frente ancha, negros todavía los cabellos largos, la Intrusa lo arrebató a la vida... La patria, con él perdió un gran hijo, un ejemplar servidor, un hombre de esos que cuando en su seno el valor moral se ponía en fuga, atraía las miradas florecidas de esperanzas. De Martí fué amigo, hermano, hijo. A su lado, al lado de aquel gran corazón y gran cerebro, se abrieron las rosas de su alma y de su inteligencia. De ahí, acaso, la dulzura de su trato, y aquella piedad por los humildes, y aquel constante pensar en su tierra, y en el libertador sublime, sin odio y sin ambiciones. Sin haber llevado machete al cinto, ni montado a caballo, sirvió a la patria de manera que, si se aquilatasen los servicios, los suyos rebasarían a los de muchos que por haberse hallado una vez en el combate, ya se creen ungidos por la gloria eter-

na y capacitados para ponerse de pie sobre los demás. Gonzalo de Quesada tuvo ternuras de poeta y firmezas de estadista. Para parecerse más a su Maestro, la maledicencia le hizo blanco, en ocasiones, de sus pellizcos infames. Hoy, pocos lo recuerdan. Pero mañana la gratitud nacional lo glorificará, y su nombre será como faro señalador y guía en los caminos de la Historia...

En el año primero de nuestra lucha por la libertad, en aquel en que Céspedes, iluminado por la gloria, hizo tremolar en Yara la bandera de la redención, nació en la ciudad de la Habana. Un lustro tenía apenas cuando su familia—y él con ella—pasó a residir en New York, refugio entonces de innumerables cubanos, y asiento de la Junta revolucionaria. En New York cursó enseñanza elemental, graduándose a los veinte años de bachiller en ciencias, y a los veintidós, de abogado en la Universidad de Columbia. Doctor en leyes de los Estados Unidos, el porvenir le sonreía, abriendo ante sus ojos mirajes seductores. Pero como él no había dejado de ser cubano ni quería dejar de serlo, no alentaba más sueño que el de la patria libre. Y a pensar en Cuba se consagró, y a loar sus héroes, y a rememorar sus páginas brillantes. Fué entonces que conoció al que había de ser como su padre espiritual, al dulce y evangélico Martí. Invitado por éste, toma parte en la velada que en conmemoración del 10 de octubre de 1868 tuvo efecto en 1889. Esa noche pronunció Gonzalo su pri-

mer discurso, lleno de vehemente entusiasmo y honda ternura por aquellos hombres, los padres de la iniciativa estupenda.

A los veintiún años fué nombrado Secretario de la Delegación Argentina en el Congreso Panamericano celebrado en Washington. A la terminación de este Congreso, fuése a la tierra del Libertador San Martín, acompañando, en calidad de secretario particular, al distinguido hombre público de aquella república señor Roque Sáenz Peña. Al lado de tan notable personalidad diplomática y política, aquilata sus conocimientos y ensancha sus relaciones sociales. A su regreso de la Argentina, meses después, vino investido con el nombramiento de Cónsul de la flamante República del Sur en Filadelfia, cargo éste que renunció a poco, de acuerdo con Martí, para poder libremente dedicarse a la propaganda revolucionaria, a avivar en los cubanos emigrados la llama del ideal de independencia.

Constituído por Martí, después de su viaje por Tampa y Cayo Hueso, el Partido Revolucionario Cubano, Gonzalo de Quesada es nombrado Secretario del mismo. En este puesto dió pruebas inequívocas de inteligencia y actividad, y lealtad grande al que llamó Maestro, y los cubanos todos ven hoy transfigurado en Cristo, en un Cristo predicador de la guerra, que es la muerte, para sanear la vida, que es la paz. Gonzalo de Quesada, durante el desempeño de la Secretaría del Partido Revolucionario Cubano, prestó servicios eficacísimos a la causa por la

que perennemente soñaba en dar la vida. Sí, porque el buen Gonzalo, como Martí, anhelaba la hora de pelear, y morir, si era necesario, por el bien de todos. No pudo el joven batallador cumplir, como lo cumplió el Maestro, sus generosos deseos. Otras tareas más difíciles se le encomendaron, y en su cumplimiento abandonó el propósito de ser de los combatientes de fila, de ser un soldado más en la legión gloriosa de bravos.

Cuando más se creció su personalidad fué en 1894. Detenidos, apresados en Fernandina los barcos que habían de llevar a Cuba varias expediciones, Martí, enloquecido, sintiendo como que el pecho se le rompe, cargando la cruz de la impotencia, lo manda a que recorra las poblaciones de la Florida, nidales de patriotas, y a que reanime la fe de los caídos, y pida que redoblen el esfuerzo, y que al trastorno y horror del fracaso, surgiera más potente otra combinación. Quesada, después de cambiar impresiones con Martí, se pone en camino, y llega primero a Tampa, donde visita todos los talleres, y pide en nombre del Apóstol la "limosna del buen día de trabajo". Su viaje por Tampa, como por Cayo Hueso, fué fructífero, fué un triunfo. Parecía iluminado por los resplandores del cielo, en aquellas batallas del pensamiento y del corazón!

A su regreso a New York, ya no encontró al Maestro. No tuvo, pues, a quién contar sus miedos y sus arrebatos durante la excursión. Martí había salido, después de dar la orden de

levantamiento, para Santo Domingo, a fin de, uniéndose al general Máximo Gómez, caer, no importaba cómo, sobre la patria, ya en pie y ceñido el gorro frigio de la libertad. Alejado Martí de la Delegación, quedó de hecho en funciones de Delegado, Gonzalo de Quesada. Después de la tragedia de Dos Ríos, y de haberse celebrado elecciones, fué nombrado sustituto de Martí Tomás Estrada Palma, quien lo confirmó en el puesto de Secretario del Partido. En Washington fué él, durante la guerra de independencia, el cubano que más hizo en favor de los suyos. Numerosos senadores y representantes americanos lo distinguían con su amistad y afecto personal. Y todo eso lo supo aprovechar en favor y bien de su pobre tierra, heroica y desdichada. En la *Joint Resolution* del 19 de abril de 1898, la que trajo la ayuda de los americanos, él puso las manos.

Vencida España por la superioridad de los Estados Unidos, terminada la contienda, firmada la paz, fué elegido Delegado a la Asamblea de Santa Cruz del Sur, primero, y más tarde a la Convención Constituyente. Fué entonces que supo lo que era ser de los redentores. Fué entonces que se vió acusado por compatriotas suyos de no amar su tierra como se debía; de que andaba escarbando en los cimientos todavía bamboleantes de la patria.

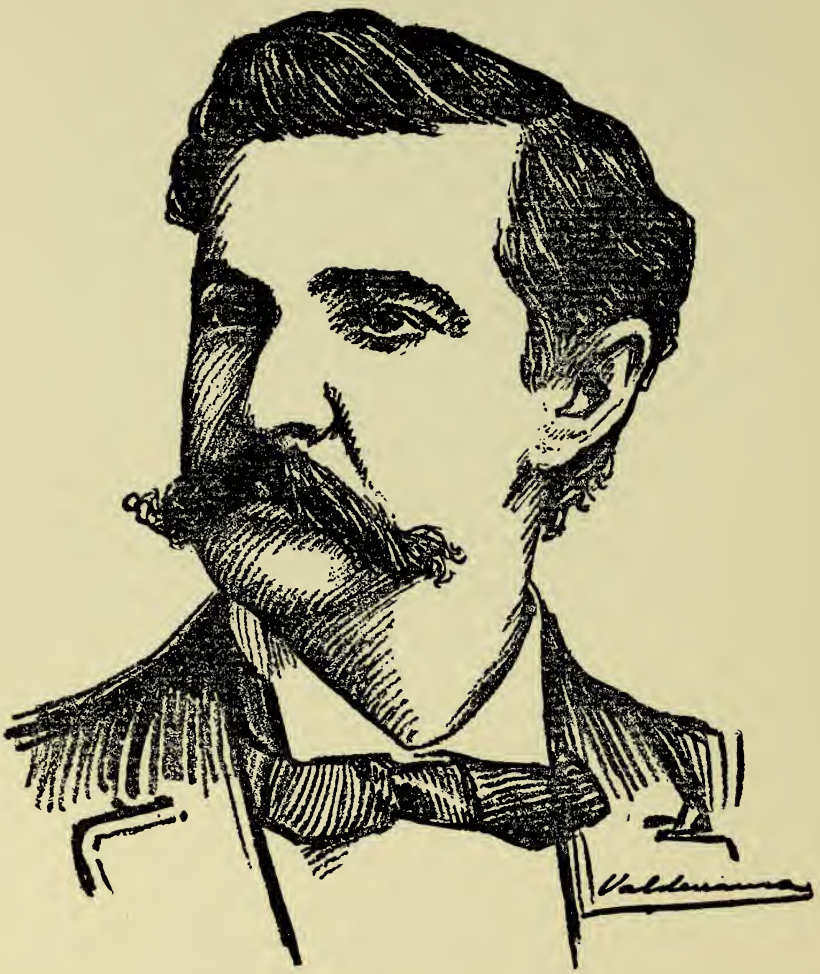
Inaugurada la República, fué proclamado representante por la provincia de Pinar del

Río, honor a que renunció por haber sido nombrado Ministro Plenipotenciario en Washington, sitio en que se juzgaron más necesarios sus servicios. Porque lo creyó así el entonces Presidente Tomás Estrada Palma, y porque así lo estimara él también, salió sin casi haber tenido tiempo para calentarse el corazón bajo el sol radiante de su Cuba. En Washington prestó muy significados servicios. A él se debe el tradado de Reciprocidad. Y es notable de veras su alegato defendiendo ante la Corte Suprema americana la posesión de la Isla de Pinos para Cuba. Al tomar las riendas del Poder el general José Miguel Gómez, Gonzalo de Quesada dejó de representar a Cuba en los Estados Unidos, pasando, meses después, con la misma categoría que había sustentado en la nación vecina, a representarla en Alemania.

En 1904 asistió como Representante de Cuba a la Exposición de San Luis, y en 1906, en calidad de Delegado, al Congreso Panamericano de Río Janeiro. En 1907 llevó, junto con otras ilustres personalidades, la representación de Cuba en la segunda Conferencia Internacional de la paz, celebrada en La Haya. Luego, en 1910, asistió al Congreso Panamericano de Buenos Aires. En Alemania, como ministro, estuvo desde 1910 hasta la hora de su muerte. Allí conquistó honores para Cuba. Su libro titulado *La Patria Alemana* le valió la estimación de Guillermo II, expresada en carta autógrafa que de seguro conservará su viuda.

No fué *La Patria Alemana* el único libro que publicó Quesada. Anteriormente, en sus mocedades, había recopilado, bajo el título de *Mi Primera Ofrenda,* discursos, artículos y cuentos de sabor patriótico casi todos. Luego, con el título de *Patriotismo,* dió a la luz un libro de cuentos traducidos del francés, y más tarde, *Ignacio Mora,* relato histórico de los martirios que sufriera la familia camagüeyana de este insigne patricio. Después, acaso no publicó otros de su cosecha por atender a las obras de Martí, las que, con esfuerzo merecedor de eterna gratitud, venía publicando.

Lejos de su tierra y de sus paisanos, pero pensando siempre en ella y en ellos, rindió la última jornada. Hoy descansa en su suelo, y su alma, si es verdad que existe el alma, debe estar en esta hora al lado de la de aquel que, de haber vivido, se hubiera tenido que preguntar a ratos, recordando a Bolívar: "He arado en el mar?



MANUEL DE QUESADA

Nació el 14 de abril de 1830.—Murió en septiembre de 1886.

MANUEL DE QUESADA

Por sus errores únicamente no deben ser juzgados los hombres; ni por sus actos de grandeza. ¿Es el hombre mezcla de lobo y paloma? ¿Tiene el hombre horas en que parece hecho de luz, y horas en que es todo sombra? Pues no juzguemos de él, de su vida toda, porque lo vimos cuando mordía ni porque lo vimos cuando acariciaba. Pongamos a un lado sus pecados y a otro lado sus virtudes. Y si son más aquéllos—más en gran proporción—dejémosle en silencio perpetuo, en olvido perenne, que no hay castigo mayor. Pero si son más sus virtudes, o están en igualdad con sus pecados, recordémosle y perpetuemos su memoria. A Manuel de Quesada es injusto verlo siempre loco de mando, o engordando vicios, y no frente al enemigo, retando la muerte. Fué general en jefe del Ejército Libertador, el primer general en jefe del Ejército Libertador en la guerra de los diez años, y muy pocos de sus compatriotas saben

de él, y si saben, es sólo de cuanto lo empequeñece, no de lo que lo levanta y hace merecedor a un sitio en el panteón de nuestros héroes y de nuestros mártires...

En la ciudad de Puerto Príncipe, Camagüey, nació, y en la misma ciudad se deslizaron, tranquilamente, los primeros años de su vida. Estudios no hizo muchos. Cuando el pronunciamiento de Joaquín de Agüero en 1851, aunque muy joven, se vió comprometido, viéndose, para escapar de la cárcel, o quizás de la muerte, en la necesidad de huir, y permanecer oculto algún tiempo. Tan pronto le fué dable se dirigió a los Estados Unidos, y de allí a México, adonde llegó en momentos en que, divididos en dos bandos los nativos—liberales y clericales—, se hacían la guerra. Al poco tiempo de estar allí se pone al servicio de los primeros, y en breve, en gracia de su valor y su fortuna, logra el grado de general. Con este mismo grado peleó más tarde en contra de las fuerzas del Emperador Maximiliano. A Quesada cúpole, en México, el honor de dirigir la primer batalla frente a los invasores franceses en la Rinconada, cerca de Veracruz. En la patria de Hidalgo desempeñó también el cargo de Gobernador militar de distintos estados. Cansado de tanta lucha, abandona a México en 1867, para ir a New York, donde, al enterarse de que en Cuba se conspira en favor de la independencia, comienza a laborar enamorado de esa idea. Con los escasos recursos que tenía envía de emisario a Cuba al joven

Bernabé de Varona, luego general gloriosísimo de la revolución iniciada en Yara, para que preparase los ánimos. Quesada era tanto, arriba a Nuevitas a bordo de una goleta, con el propósito de desembarcar, si era que había llegado el momento de combatir. Pero después de entrevistarse con el comisionado que le envió Napoleón Arango, jefe de la conspiración en el Camagüey, se vuelve rumbo a New York.

En New York lo sorprende, en octubre del 68, la noticia de haber estallado en Cuba la revolución, y sin pérdida de tiempo se dirige a Nassau, donde, gracias al patriotismo ejemplar del rico camagüeyano Martín Castillo, que dió toda su fortuna para comprar los armamentos necesarios, pudo organizar una valiosa expedición, y desembarcar al frente de ella, en Guanaja, territorio del Camagüey. Entre los expedicionarios de Quesada se encontraba una legión de jóvenes habaneros, exdiscípulos casi todos del ilustre Don José de la Luz y Caballero: entre otros, Antonio Zambrana, Manuel Sanguily, Julio Sanguily, Luis Victoriano Betancourt, Rafael Morales, Pérez Trujillo, José Payán y tantos y tantos que luego fueron grandes figuras de la revolución. La presencia de Quesada en los campos de la incipiente lucha fué saludada como aurora de triunfo, como signo de victoria. Sus campañas de México, su figura atrayente, simpática en alto grado, hacían de él la encarnación de un caudillo.

Al desembarcar el general Quesada, se vió

en la necesidad de sostener combate, al mando de su hueste bisoña, con los españoles, dando en ese encuentro muestras de valor y de habilidad militar, lo que le reafirmó el prestigio de que venía aureolado. Fué allí donde, envuelto en el humo de los primeros disparos, aspiró el infame perfume de las adulaciones. Los viles, que en ninguna parte faltan, y menos alrededor de los que triunfan y mandan, lo quisieron endiosar, y le recomendaron—ya que era insustituíble—que no volviera a exponer su vida, que se cuidara más del peligro. Quesada, desde entonces se cuidó, y eso hizo que sus soldados no pelearan luego con el brío y entusiasmo con que pelean cuando ven el jefe a la cabeza, enseñando el primero cómo se mata y cómo se muere. ¡Ah, la adulación hace de hombres capaces unos ineptos, y de hombres sin coraje unos tiranos! ¡Ah, la adulación, como embriagante licor, desvanece las cabezas fuertes, y a las débiles, las vuelve locas!

Constituída la República el 10 de abril de 1869, fué electo Presidente Carlos Manuel de Céspedes y general en jefe del Ejército, Manuel de Quesada, ambos por aclamación unánime de la Cámara de representantes. Tanto Céspedes como Quesada pronunciaron elocuentes palabras de agradecimiento. Dice un testigo presencial de aquella escena, que el general Quesada, puesto de pie y con la manos apoyadas sobre la empuñadura del sable, con voz muy reposada balbuceó, más que dijo: "Coinciudada-

nos: Con orgullo recibo de vuestras manos esta espada, no como distintivo del puesto distinguido a que me eleváis, sino como un emblema del deber que me habéis impuesto. De hoy más, compañera inseparable de mis esfuerzos, será un símbolo que me recuerde, si olvidarlo pudiere, la sagrada misión que la patria, por vuestra mediación, me ha encomendado. Juro, sobre su empuñadura, que esta espada entrará con vosotros triunfante al Capitolio de los libres, o la encontraréis en el campo de batalla al lado de mi cadáver". Tal fué el discurso de Quesada.

Desgraciadamente, meses después comenzó a forjar planes para erigirse en dictador. Cuando el ataque a las Tunas, ataque sin provecho, que costó mucha preciosa sangre cubana, algunos diputados lo llamaron a la Cámara con objeto de deponerlo; pero ese día pudo justificarse de los cargos que se le hicieron. Pudo, después de dar explicaciones, continuar mereciendo la confianza de la Cámara. Pero ya estaba en la pendiente. A poco redacta un escrito, dirigido a la Cámara, solicitando mayores facultades. El Representante que se le había ofrecido para presentarlo a la consideración de sus compañeros se lo devolvió diciéndole que en su escrito veía el espíritu de Napoleón el pequeño, antes del golpe de estado.

Vinieron luego las quejas producidas por militares y simples ciudadanos, poniendo de manifiesto sus extralimitaciones e injusticias. Sabedor de esto Quesada, convoca a los jefes y ofi-

ciales de más prestigio en el Camagüey para una reunión que había de celebrarse en la finca nombrada el Horcón de Najasa. A esta junta asistieron no solamente los jefes y oficiales invitados, sino también otros que no lo habían sido, entre ellos, algunos Representantes. Quesada expuso la necesidad, para que la revolución marchara triunfante, de que se echaran a un lado las leyes y lo dejaran obrar conforme a su criterio. Y agregó que, de no aceptarse su modo de pensar, presentaría la dimisión del cargo que venía desempeñando. Dos días se estuvo discutiendo su demanda, dando por resultado definitivo que al siguiente de terminada la referida junta, la Cámara se reuniera y acordara por unanimidad deponer a Manuel de Quesada del cargo de general en jefe del Ejército de la República de Cuba.

Terminada la sesión en que la Cámara tomó acuerdo tan trascendental, recibió ésta la renuncia de Quesada, escrita en términos elevados. La Cámara no quiso aceptársela, sino comunicarle, como así lo hizo, su destitución. Fué entonces que Quesada dió pruebas de noble patriotismo, pues, aunque lo rodearon partidarios decididos, excitándolo a que *colgara a los chiquillos representantes* que lo habían depuesto, acató sereno, resignado, el correctivo, declarando a los que a hacer tal cosa le invitaban que había que guardar ese coraje y fuerza para pelear en contra del enemigo común.

El Presidente Carlos Manuel de Céspedes,

que sintió de veras el rigor empleado por la Cámara con Quesada, lo llevó a su lado, nombrándolo, semanas después, enviado especial en el extranjero. El 28 de enero de 1870 abandona Quesada las playas cubanas, acompañado de su ayudante el coronel Adolfo Varona, y a los pocos días llega a Nassau, y más tarde a New York, en donde se le hizo un entusiasta recibimiento. En New York existía una Junta Revolucionaria de la cual era Presidente Miguel de Aldama, y residía además Morales Lemus, Ministro de Cuba en Washington. Esto, y el hallarse aquella emigración desorganizada, dió por resultado que la más honda división reinase a poco entre los valiosos elementos que debían cooperar juntos al triunfo de la causa de todos. Poco feliz estuvo Quesada al publicar en New York un informe en inglés, en el que contaba—lo que no era cierto—que en una ocasión se había visto obligado a pasar por las armas a quinientos soldados españoles. Haciéndose la guerra unos a otros se mantenían los cubanos en New York, peleando con rabia sorda por más o menos atribuciones, en tanto que en la tierra madre morían a diario, sin medios de defensa, hermanos heroicos. Al fin el general Quesada pudo organizar y despachar, a las órdenes de su hermano Rafael, una expedición, la cual desembarcó felizmente en Cuba.

Después de esto llega Aguilera a New York con el propósito de poner paz entre los cubanos emigrados, de acallar las discordias, y Quesada,

el primero, resigna ante el nuevo Enviado todos sus poderes y facultades, entregándole las propiedades de la República que se hallaban en su poder. Tres años pasa en New York, prestando los servicios que podía, hasta que en 1874, en compañía de Antonio Zambrana, sale en peregrinación por algunas Repúblicas de la América, en solicitud de apoyo para su pueblo en guerra por la libertad e independencia.

No le fué dable volver a Cuba, a combatir a los amos de su patria y matadores sin conciencia de su hijo, expedicionario del *Virginius*. Firmada la paz, se fué a Costa Rica, donde exhaló, ocho años después, el último suspiro. Sus restos mortales están allá, en la tierra que amparó como a hijos a muchos cubanos, tierra tal vez más piadosa para él que su propia tierra. Allá, en Costa Rica, florón de libertades, se libertó él también. La muerte es una emancipadora: ella libra en ocasiones a los hombres de caer entre las insidias ajenas o las propias debilidades...

JESUS RABI

Nació el 24 de junio de 1845.—Murió el 6 de diciembre de 1915.

JESUS RABI

Parecía un indio: los ojos vivaces, el cabello rebelde, la piel tersa, el corazón, ora con serenidades de montaña, ora con sacudimientos de torrente. En la pelea era un león por el empuje, y también por la nobleza. Nadie lo recuerda, ni en la guerra ni en la paz, buscando asiento mejor a su persona, ambicionando ésta o aquella anchura o prominencia. El no supo de intrigas ni de empellones por el plato de la fama ni por interés mezquino. Sencillo y bueno, veía la misma gloria como fruto natural, que se da al que la cuida y no al que quiere venir con ella desde las raíces. Su vida, como la de Maceo, es un hermoso ejemplo de lo que pueden el valor y la inteligencia, aunque no se hayan nutrido con los poemas épicos en que los héroes parecen dioses. Cuba puede sentirse orgullosa de haber dado hijos como Rabí, todo amor y patriotismo y también hijos malvados, hombres que son todo una moneda falsa, o una

llaga, porque estos hacen resaltar más el mérito y las virtudes de los buenos...

Jesús Sabon se llamaba su padre, dominicano que cuando Santo Domingo dejó de pertenecer a España, vino a Cuba. Establecido en Jiguaní, floreciente pueblo oriental, cuentan que —sin que sepamos la causa—comenzaron a llamarlo Rabí, y por Rabí lo conocía todo el mundo, y hasta él mismo se dió en firmar en vez de Jesús Sabon Jesús Rabí. Con este nombre contrajo matrimonio con una joven bayamesa. De ese matrimonio nació en Jiguaní el que había de ser luego una de las más gloriosas figuras representativas de la patria cubana. De niño no supo de letras. De joven supo de pocas: su escuela era el trabajo; sus libros, el arado y el machete; sus condiscípulos, las bestias: el toro y el caballo. Pero la falta de cultura no le ahogó en el corazón el amor santo a la libertad. De ahí que, cuando el 20 de octubre de 1868, diez días después del grito de Céspedes en Yara, pasó por su casa llamando al honor Calixto García, al frente de un grupo de bravos, Rabí se le incorporó, radiante de júbilo, resuelto y sencillo. Sargento lo hizo Calixto García a los pocos días. Y cuando terminó aquella década sangrienta y gloriosa, al rendir, al cabo de diez larguísimos años, las armas, lucía, junto con dos cicatrices, las estrellas de teniente coronel del Ejército Libertador.

Muchas fueron sus proezas en la guerra grande: peleó a las órdenes de Luis Figueredo,

Donato Mármol, Calixto García, Antonio Maceo y Vicente García. Al lado de éste último combatió en el asalto a las Tunas. Fué ésa una de las más importantes jornadas de la revolución iniciada en Yara. Y en ella Rabí fué uno de los que más combatieron y que mejores servicios prestaron. Luego, cuando la *guerra chiquita,* se alzó de nuevo empuñando las armas contra el Gobierno español, hasta que, solas y sin armas, capitularon las pocas fuerzas de Oriente. Triste, volvió a Baire, donde dedicóse a labrar el campo, a roturar la tierra y a echar en ella las simientes generosas. Trabajando sin descanso, pero con la tranquilidad del hombre honrado, se mantuvo, esperando la hora de renovar el juramento de ser libre, de firmar con sangre la necesidad de no continuar siendo esclavo.

En compañía de un hermano y de varios camaradas, se subleva el 25 de febrero de 1895, en Las Yeguas, entrada de Los Negros, luego finca Los Laureles, de su propiedad. Su primera operación de guerra fué atacar a Jiguaní, su pueblo. Entabla combate en La Gloria, Chapala, Cruz Alta, Calabazar y Cacao, combates que culminaron en victorias para él y los suyos. Más tarde se reune con Martí y Gómez y Maceo en Majaguabo, término municipal de San Luis. Atendiendo a su valor y pericia se le confiere el grado de brigadier. Toma, con sus fuerzas, parte activísima en las brillantes acciones del Jobito, Guantánamo, Cotorrico y Ba-

rriadera. Se bate con fiereza en Peralejo, gloriosa batalla en la que el gran Capitán mambí, en contra del general en Jefe español, Martínez de Campos, se ciñó los laureles de colosal victoria.

Se separa de Maceo para poner sitio y tomar a Baire. Por este tiempo es ascendido a general de división. Vuelve a reunirse con Maceo y lo ayuda a formar el ejército invasor. Cuatrocientos hombres, armados todos de Rémington—armamentos quitados al enemigo—, le entrega en el campamento de Corral Nuevo. De ahí vuelve a la jurisdicción de Bayamo y Manzanillo, donde, en compañía de Masó, organiza numeroso contingente, que pone también a las órdenes de Maceo en el Lavado, campamento donde se abrazan por última vez el caudillo sin par derribado en Punta Brava y el noble y bravo soldado, caído en plena paz, acariciado por las auras de la popularidad y del amor. Fueron en vano sus deseos, sus ansias por formar parte de la columna invasora. Pero a sus súplicas contestaba Maceo:—General Rabí, el nombre de usted hace falta en Oriente.

Con el calor del abrazo último del Jefe invasor, regresa a Jiguaní al frente de una reducida fuerza, un centenar apenas de hombres mal armados. Pero su presencia en esa zona se hizo al momento sentir, logrando el copo total de la guerrilla de San Luis, en Palo Picado. Con esta victoria ruidosa se hizo de armas y municiones, con las que imprimió a las opera-

ciones gran actividad en los términos de Jiguaní, Bayamo y Manzanillo. En abril de 1896, y en la acción librada, por segunda vez, en el Cacao, es herido de bala sobre el omóplato izquierdo. Por esta acción fué ascendido a mayor general y designado para el mando del Segundo Cuerpo de Ejército. En el desempeño de este alto cargo se mantuvo hasta la terminación de la guerra; hasta que en las lomas de San Juan se dispararon los cañonazos que pregonaban la terminación de la soberanía de España en América.

Firmada la paz, aunque acaso no como él la había soñado, fijó su hogar en Baire donde, al amparo de sus hijos, vivió tranquilo. Un año después de terminada la lucha, el general Leonardo Woord, Gobernador militar de Cuba durante la primera intervención, lo llama a la Habana y le ofrece algo que hubiera dado fin a su penuria. Pero Rabí rechaza la oferta. ¿No había él expuesto su vida una y mil veces por la libertad de Cuba frente a las balas y había salido vivo? Pues la miseria no mata—dijo—y se quedó con los suyos en pobreza constante.

Constituída la República, fué partidario de Tomás Estrada Palma, y meses después de haber tomado éste posesión de la primera magistratura del país, vino a verlo. El pueblo de la Habana lo recibió cariñosamente. Después, cuando la revolución de agosto, salió a combatir en defensa del Gobierno de Don Tomás. ¡El corazón lo arrastraba! También lo arrastró más

tarde a defender al Gobierno del general José Miguel Gómez contra los insensatos que levantaron en Oriente la bandera racista. Rabí perteneció al Partido Conservador y fué decidido partidario de la candidatura del general Menocal para la Presidencia de la República.

JOSE ANTONIO SACO

Nació el 7 de mayo de 1797.—Murió el 26 de septiembre de 1879.

JOSE ANTONIO SACO

No son los servidores de la patria en el combate cruento los únicos que merecen respeto y consideración. La gloria del soldado es hermosa, pero no es toda la gloria. El heroísmo es admirable: también lo es el talento y lo es el saber. La palabra gana batallas lo mismo que la espada. Matando y muriendo es como se conquistan casi siempre los derechos; mas sin la previa preparación de los sentimientos, no se hacen los hombres capaces de conquistar aquéllos, y mucho menos de merecerlos. Pelear es imprescindible a veces, pero se ha de saber por lo que se pelea. Porque ir a la guerra, ir a arrebatar vidas y a exponer la propia sin saber el fin que se persigue, es labor de aventureros desalmados, de hombres sin conciencia. Porque la bandera de la libertad no debe ser lo mismo que la de la tiranía; porque combatir por la justicia no debe ser lo mismo que combatir en contra de la justicia... Maceo es grande, y es merecedor de

la gratitud y admiración de todos los cubanos; pero también es grande José Antonio Saco, y también merecedor del recuerdo de los cubanos todos. El representó, durante un largo período de nuestra vida colonial, anhelos elevados y puros, aspiraciones nobles y generosas, deseos de mejoramiento, es decir, de libertad y de progreso...

En Bayamo—Bayamo es tierra de grandes—y en casa rica vino a la vida Saco. Allí bebe las primeras aguas de la instrucción. Y cuando mueren sus padres, dueño de una pequeña fortuna, viene a la Habana, donde estudia enseñanza superior. Tras lucidos exámenes, recibe de sus profesores los grados de bachiller en filosofía y derecho. Del recinto de las aulas pasa, sin otra ayuda que su talento y su saber, a más amplios círculos. Adulto apenas, a los veintiún años, es nombrado catedrático de filosofía del Colegio Seminario de San Carlos y San Ambrosio, en sustitución de su maestro Don Félix Varela. Más de dos lustros ocupó Saco esa cátedra, de la que hizo tribuna, y desde la cual irradió claridades y disolvió sombras. A los veintiún años también, publica sus primeros trabajos de carácter político y una pequeña obra sobre física y química que le conquistan aplausos. Alentado por esos triunfos, y deseoso de más vasto campo, marcha a los Estados Unidos, donde nutre su clara mente con los conocimientos de sus leyes y de sus instituciones. *El Mensajero Semanal,* periódico que fundó en esa época en New

York, fué portavoz elocuente de sus ideas y sentimientos. En Cuba logró muy favorable acogida este periódico, el cual fué más tarde, a los dos años, denunciado como sospechoso, cosa que dió lugar a que se le cerrasen las puertas de la isla infeliz.

En New York, Saco tradujo del latín al castellano obras de derecho romano, y escribió una *Memoria sobre caminos de hierro en la isla de Cuba,* que fué premiada en el concurso literario industrial celebrado por la Sociedad Patriótica de la Habana, y otra *sobre la vagancia en la isla de Cuba, y los medios de remediarla.* Regresó luego a la Habana, y se hizo eje del movimiento intelectual y como el foco de donde partía la luz. Hecho cargo de la dirección de la *Revista Bimestre Cubana,* órgano de la Socie- Económica, publicó en ella artículos sensacionales. Trató en unos de la necesidad imperiosa de acabar con el tráfico clandestino de esclavos africanos y la conveniencia de traer a Cuba colonos europeos, lo que le valió el ser tildado de desafecto a España, de amigo de los negros y de propagador de la independencia. En otros, recomendó con calor de padre la difusión de la enseñanza como base de la verdadera libertad. Esto, y el haber impreso y hecho circular profusamente en Cuba un folleto en defensa de la Academia Cubana de literatura, determinaron su extrañamiento. José Antonio Saco se hallaba en examen público de la clase de física, en el colegio San Carlos, cuando le trajeron el pliego

con su pasaporte y la orden de prepararse para abandonar el país en el espacio improrrogable de quince días. Cuentan que nadie más que él se enteró del contenido del pliego durante el examen. Primero era su deber; luego habría tiempo para sufrir.

En vano, y a ruego de sus amigos, pidió que se le formase causa y se le juzgara conforme a las leyes. Entonces no había más ley que las pasiones de un hombre: el capitán general Miguel Tacón, y ésas fallaron. Al destierro le siguieron las simpatías de todos los cubanos. En el destierro, allá en Madrid, escribió Saco numerosos trabajos de protesta y reclamaciones en favor de Cuba. Y cuando comprendió que la razón—si era cubana—no tenía oficio en España, se alejó de ella y recorrió media Europa. Por fin, se establece en París, donde vuelve a esgrimir la pluma, para pintar, con palabras lujosas, el cuadro de Cuba, y pedir la cesación absoluta del infame comercio del hombre negro. Fué en aquel período que concibió su monumental obra, *Historia de la esclavitud.* Hallándose por allá, lo calumniaron e injuriaron: contrabandistas y hacendados, todos en defensa de sus infames intereses, lo hicieron blanco de sus fieras injurias y calumnias. Pero el águila no se intimida porque desde el espacio en que vuela divise abajo lobos y gusanos.

Y cuando, definitivamente en París, se entera de que muchos cubanos solicitan la anexión

de Cuba a los Estados Unidos, escribe a un amigo anexionista: "De rodillas te pido que te apartes de la idea de anexión, porque ella sólo puede producir males a la patria y a sus hijos." Públicamente combatió también esa idea, en escritos llenos de convicción y de lógica, de sentimiento y de verdad. Saco fué, por todo esto, un insigne patriota y un insigne pensador. Como cubano fué un sembrador de ideales, y un forjador de hombres capaces de amar esos ideales. Como patriota fué un gran patriota. Su vida entera fué modelo de virtudes públicas y privadas. Vivió en la estrechez pudiendo haber vivido en la abundancia y el boato con sólo haber cedido a las seducciones que le tentaron. Murió pobre, lejos de su tierra, cuando pudo morir en ella rodeado de comodidades y honores. ¡Pero no los honores que él hubiera querido!...

SERAFIN SANCHEZ

Nació el 2 de julio de 1846.—Murió el 18 de noviembre de 1896.

SERAFIN SANCHEZ

La muerte orea la vida. El recuerdo de aquellos hombres sublimes que en 1868, primero, y luego en 1895, saltaron—como dijo Martí—*del altar de sus bodas o del festín de la fortuna al caballo de pelear,* y cayeron de cara al enemigo, sin más ambición que la santa ambición de la libertad, es luz que no se apaga y hospedaje gratísimo para el alma de cuantos no se han cansado todavía de ser los aristócratas del patriotismo, los cuelliparados del puro ideal de la revolución, los imperialistas de la verdadera democracia y los demócratas y los republicanos verdaderos, sin costra ñañiguil ni cascabeles demagógicos... La muerte orea la vida. El recuerdo de un hombre como Serafín Sánchez, caballero sin tacha y sin reproche, militar y escritor, valiente y juicioso, conforta y recompensa, en estos tiempos de hombres superficiales, soberbios y hambrones, de muchedumbres de alquiler, que van por la vida como con permiso,

pensando únicamente en la manera de enriquecerse, aunque sea a costa del honor. La muerte orea la vida. Recordando al bravo subalterno de Ignacio Agramonte en la tragedia de *Jimaguayú,* al heroico paladín de cien combates durante la década sangrienta, al iniciador en las Villas de la *guerra chiquita,* al colaborador incansable y tenaz de Martí en la organización y desarrollo del Partido Revolucionario Cubano, al Mayor General caído en 1896 en el *Paso de las Damas,* el corazón siente que por sus valles y sus montes corre el arroyo manso de la esperanza... Porque hay vidas tenebrosas, a las cuales asomarse es sentirse con náuseas. Pero hay otras que son como un pedazo de cielo azul, como una ventana que da al campo verde, como una gota de rocío al través de la cual se vieran evolucionar las estrellas e incendiarse las melenas del Sol...

En la ciudad de Sancti Spíritus, hijo de una madre virtuosa y de un padre honrado, nació Serafín Sánchez. Aprendió las primeras letras en una escuela de barrio, pasando luego a un colegio de jesuítas, donde recibió más amplia educación. Joven, con veinte años apenas, comienza a trabajar de agrimensor, ocupación que le seduce, enamorado de la vida al aire libre. Aunque mozo fuerte y rico, fué su juventud serena, reposada. Conocedor de la injusticia de que era presa su patria, el corazón le latía, alucinado por radiantes quimeras de redención. La guerra iniciada en Oriente por Céspedes, y

secundada en noviembre por el Camagüey, prendió en las Villas más tarde. De los primeros en salir al monte en este territorio fué Serafín Sánchez, quien, acompañado de algunos amigos y camaradas, se incorporó a Honorato del Castillo, pulcro y valiente jefe. Luego se une al coronel Leonte Guerra, bravo entre los bravos, asistiendo a la toma de Mayajigua y al ataque de Chambas. Después de estas andanzas volvió de nuevo al lado de Honorato del Castillo, con quien estuvo hasta el día fatal, hasta la hora aciaga en que tan valioso General fué muerto en mitad de un camino, cuando iba tal vez a llevar una flor a una hermosura.

Muerto Honorato del Castillo, tomó el mando de las fuerzas espirituanas Angel del Castillo, primo hermano de aquél, uno de los más valientes campeones de la revolución cubana. A sus órdenes se bate Serafín Sánchez en las cercanías de Ciego de Avila, contra la columna del teniente coronel español Ramón Portal, inductor de la muerte de Honorato del Castillo. Fué en este encuentro donde el temerario paladín, colérico, machete en mano, se echó sobre los artilleros enemigos, y después de matarlos o herirlos, se montó a horcajadas sobre la pieza de artillería, dando gritos de victoria, mientras los contrarios se rendían a discreción o huían despavoridos como si hubieran visto combatiéndolos al mismísimo Satanás. A partir de esa memorable acción viéronse diezmadas las fuerzas cubanas por el cólera terrible. Uno tras otro vió

Serafín Sánchez caer rendidos, con un ¡ay! estrangulado en la garganta, a más de cien de sus compañeros. Ante el temor de desaparecer todos heridos por la cruel epidemia, dispuso Angel del Castillo que los enfermos se quedaran en la finca *Guajales,* en tanto que los demás componentes de la fuerza se diseminaban. La disposición era, por un lado, humana; por otro, cruel. ¿Cómo dejar solos, en el desamparo más absoluto, a aquellos moribundos? Por otro lado, ¿quién de los no atacados aceptaría quedarse con ellos? El General no se atrevió a mandar. En tono de súplica preguntó si alguno se atrevía a quedarse haciendo compañía a los desdichados enfermos. A la pregunta, conmovedora, respondieron unos cuantos, quince soldados y dos oficiales. Uno de los últimos era Serafín Sánchez. Dos días permanecieron allí los abnegados acompañantes de aquella legión horrible! Dos días en que no hacían más que enterrar muertos! ¡Lo único que había que hacer, pues no había con qué curar. De cuantos se quedaron allí, en la finca *Guajales,* enfermos y no enfermos salieron con vida siete. Entre ellos, Serafín Sánchez...

Días después de estos sucesos, se incorporó de nuevo a Angel del Castillo, asistiendo al derrumbe en la hondonada de Lázaro López, de aquel fiero campeón de la libertad. Y por salvar de la furia enemiga el cuerpo inerte del héroe legendario, expuso valientemente la vida. Sin jefe otra vez, sirvió temporalmente a las ór-

denes de Cristóbal Acosta, Marcos García, José Payán y Diego Dorado, el valiente andaluz, de quien fué ayudante algún tiempo. Sofocada la revolución en las Villas, marchó al Camagüey, donde se incorporó al mayor general Ignacio Agramonte. Al frente de ochenta hombres, chinos en su mayoría, asiste a la acción de Jimaguayú, donde se eclipsó para siempre la vida de aquel hombre estupendo, legislador y soldado. Cuando, en sustitución de Agramonte, pasó al Camagüey Máximo Gómez, a las órdenes del insigne caudillo asistió a numerosos combates, entre otros a los de Palo Seco, La Sacra y Naranjo, timbres de gloria del ejército cubano. Más tarde asaltó Serafín Sánchez el fuerte San Antonio del Jíbaro, al frente de escaso número de hombres, logrando un verdadero triunfo gracias a la oportuna llegada del general Julio Sanguily. Nombrado jefe de la brigada de Sancti Spíritus, libró encuentros en las Nuevas del Jobosí, Guayo y la Campaña, lugar éste último donde se apoderó de un gran convoy.

Firmada la paz del Zanjón, depuso las armas y se fué para su pueblo natal, donde contrajo a poco matrimonio con *Pepa* Pina, digna compañera de su ejemplar vida. De su plácida tranquilidad lo hizo saltar, a fines del año 1879, la noticia de que de nuevo se estaba combatiendo en Oriente por la independencia. Con Roloff, Cecilio González y Emilio Núñez, echóse al monte resueltamente. Meses nada más duró aquella guerra. Vencida, salió Serafín Sánchez para los

Estados Unidos, y de allí para Santo Domingo, refugio cariñoso de los cubanos proscriptos en aquellos tiempos grandes. En Santo Domingo consagróse a trabajos agrícolas. Once años permaneció en la tierra hermana de la de Cuba, al cabo de los cuales volvió a New York y de allí a Cayo Hueso. En el peñón glorioso aprendió a escoger tabaco, y así vivió, sin medrar ni ponerse a vivir de la fama y renombre que conquistara en las luchas contra la tiranía. De otros es poner de mercadería la conquistada en la lucha hermosa; de Serafín Sánchez, continuar con la austeridad de la existencia sirviendo a la patria.

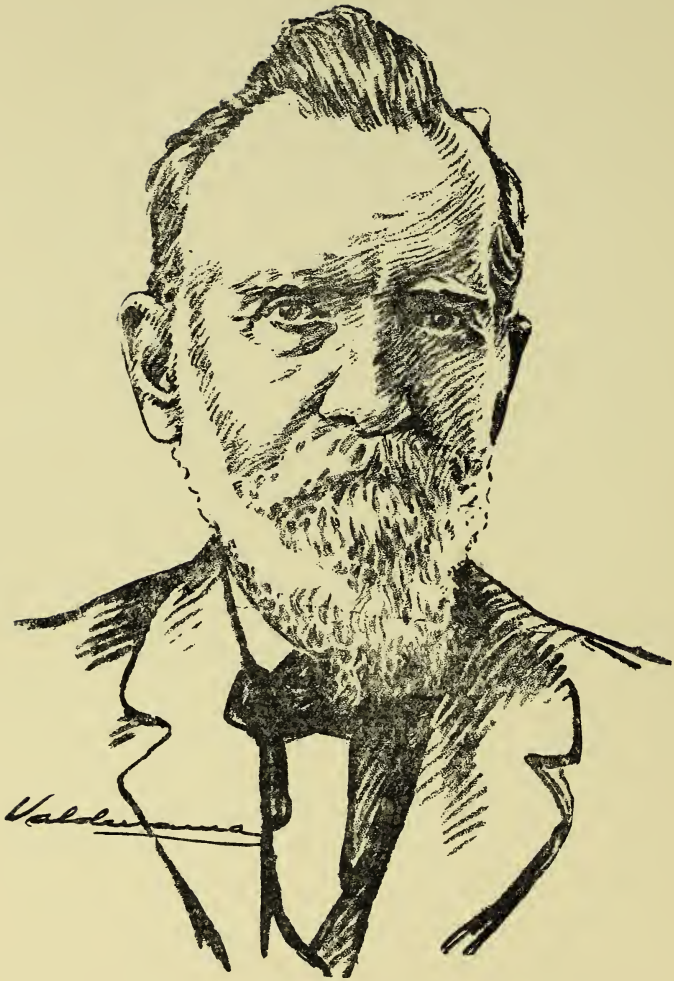
Al organizarse el Partido Revolucionario Cubano bajo la égida de Martí, Serafín Sánchez se convirtió en el mejor y más constante colaborador del Apóstol. Era orador y escritor. *El Yara y Patria* guardan muchas páginas brillantes debidas a su pluma. Y todavía viven muchos de los que escucharon sus arengas desde la tribuna revolucionaria. El fué el mediador entre Martí y los jefes de la guerra grande, dispersos entonces por el mundo, y algunos, descreídos y echados sobre los laureles. Su labor al lado de Martí fué verdaderamente admirable. La correspondencia que durante los tres años de propaganda revolucionaria sostuvo Serafín Sánchez, formarían algunos volúmenes.

Hombre de muy variada cultura, su prosa se leía con facilidad y su palabra era escuchada con agrado. Su obra *Los héroes humildes* es una

colección de ensayos biográficos, en donde relata la vida gloriosa de algunos héroes que, por ser humildes, sin su devoción por la justicia hubieran quedado en la oscuridad. Su memoria era maravillosa: su mente era un archivo sin anaqueles ni estantes. Su rostro era de expresión dura; pero apenas hablaba se le veia el alma buena, más dada a la alegría que a la tristeza.

Si el plan primero forjado por Martí no hubiera fracasado en Fernandina, por la delación de un malvado, Serafín Sánchez hubiera sido de los primeros en llegar a Cuba al mando de una expedición. A él se le tenía señalado lugar preferente en el mando de los barcos contratados entonces a ese fin. A pesar del fracaso, fué la expedición Sánchez-Roloff una de las primeras que llegó a Cuba. En territorio de las Villas desembarcó en 1895. Apenas puso pie en tierra, organiza, pelea. La ola de la invasión lo encuentra en su camino y se lo lleva. Hasta Calimete llegó, regresando a las Villas, donde mandó los combates de Manajanabo, Dos Caminos, El Faro, Alberich, Calabazas y Manaquitas-Capiró. Después de esta acción no libró más que aquella donde había de perder la vida después de distribuir y organizar la batalla. El plomo que le quitó la existencia fué piadoso, pues no le dejó, como a otros, vida para asistir a su propio velorio. Cerca del lugar mismo donde fué muerto, en Pozo Azul, se detuvo su fuerza descabezada. Allí levantaron pabellón y acostaron el cuerpo

inerte del General en una hamaca, y le hicieron guardia sus oficiales y soldados, hasta que el día vino, y, tristes, llorosos, enterraron su cuerpo en tierra del potrero Las Olivas, en tanto que su alma, libre de la pesada envoltura, volaba, quizás trasponiendo el porvenir, hacia qué regiones lejanas...



JUAN B. SPOTORNO

Nació el 13 de septiembre de 1832.—Murió el 29 de octubre de 1917

JUAN B. SPOTORNO

Soldado, legislador y Presidente un día de la República en armas, ocupa, por derecho propio, sitio de honor en la legión sagrada. No importa que durante la última guerra por la independencia se mantuviera alejado del escenario sangriento, al parecer indiferente. Su vida gloriosa durante aquellos diez años de la primera guerra, su carácter redondo, su honradez y su civismo le ganaron un puesto en nuestra historia, puesto del cual las vacilaciones y perplejidades de un momento no lo pueden echar. No creyó Spotorno en la bondad de la última guerra, y por eso francamente la combatió. Pero en la primera, luchó, sin miedo y sin tacha, y cosechó tristezas y dolores. Y la primera fué escuela de sacrificios. El fué de los sembradores.

En Trinidad, la antigua ciudad de los palacios señoriales, nació Juan B. Spotorno. Sus padres, oriundos de italianos, disfrutaban, al

venir él a la vida, de una desahogada posición. Casi niño fué enviado a Europa. Después de algunos años de estancia en el viejo continente y en los Estados Unidos, volvió a su ciudad natal, rico de conocimientos, despierta la imaginación, gozoso el espíritu. En los Estados Unidos comenzó a estudiar medicina, carrera que no llegó a terminar por haberse dedicado activamente al comercio. Inflamado de ardiente patriotismo desde los más tiernos años, tomó parte en la conspiración de que fué caudillo y mártir Isidoro de Armenteros. Huyendo en esa época de la persecución española, refugióse en los Estados Unidos, de donde regresó a poco. De nuevo en Trinidad, lloró en silencio a los caídos por el derecho, y remachó en su mente la idea reivindicadora de conquistar para su pueblo la independencia absoluta.

Ansioso, para mejor poder servir a su patria, de darse a conocer de cuantos habría de utilizar en la lucha por la redención, aceptó el puesto de comandante del primer escuadrón de caballería de las milicias disciplinadas de la localidad. En el desempeño de este cargo aprendió Spotorno el arte militar: a mandar y a ser obedecido. ¡Y a saber obedecer! Saber obedecer es tan necesario como saber mandar. No es buen jefe quien no supo ser un buen soldado. Estos conocimientos de la milicia lo hicieron, sin darse cuenta, jefe de la conspiración local. Y más tarde, cuando en febrero de 1869 se decidieron los patriotas de las Villas a secundar la revolu-

ción iniciada en Oriente y apoyada por el Camagüey, al lanzarse Spotorno, en unión de O'Bourke y Federico Cavada, hijo también de Trinidad y teniente coronel del Ejército Federal de los Estados Unidos en la guerra de secesión, pudo arrastrar a un numeroso grupo de hombres armados y disciplinados, es decir, hechos ya a combatir a la voz de mando y a recibir la muerte de frente y sin miedo.

Los primeros servicios prestados por Spotorno a la revolución fueron eminentes. Al frente de su tropa y mientras otros, con mando también, se movían sin concierto, a guisa de remolino, él combatió sin descanso y con buena estrella al enemigo. Spotorno fué de los pocos que, mientras algunos de sus compañeros, desesperados por la constante persecución y la falta de armas, acogíanse a indultos o abandonaban el campo de la rebeldía, esperanzados de poder volver armados, o se marchaban para el territorio camagüeyano a la cabeza de sus huestes, resistió a viva fuerza más de un año en las Villas. El fué quien recogió y alimentó, quien salvó de una probable muerte a los expedicionarios del *Salvador,* desembarcados en las inmediaciones de Casilda, ante la indiferencia del cielo. Sólo cuando ya se vió aislado y sin recursos emprendió la marcha al Camagüey, bajo la jefatura militar, entonces, del mayor general Ignacio Agramonte y Loinaz, el fiero y magnánimo caudillo a quien la maldad huma-

na convirtió un día en cenizas y humo, "como para que el mundo olvidara su memoria".

Agramonte recibió a Spotorno cordialmente. A su Estado Mayor lo llevó, y a su lado lo vió pelear en acciones tan reñidas como la de Sebastapol y la Horqueta. Luego fué nombrado jefe de la brigada del Sur, brigada compuesta, casi en su totalidad, de gente de a pie y mal armada. Defendiéndose prudente y enérgicamente, organizó al cabo la deshecha fuerza, llegando a tomar la ofensiva en algunos casos.

Practicadas las elecciones para diputados, el voto de sus comprovincianos lo llevó a la Cámara de Representantes. En la Cámara se distinguió siempre por el radicalismo franco de sus ideas. Para él no había más que un camino: el recto. Carácter irreducible, no soportaba la tiranía ni aun en nombre de la libertad. La libertad suele crear también tiranos, más de temer aún que los que engendra el despotismo. Nombrado más tarde Presidente de la Cámara, se vió, por tristes circunstancias, exaltado interinamente a la Presidencia de la República. Con motivo de los sucesos ocurridos en las Lagunas de Varona, Salvador Cisneros renunció la primera magistratura. Nombrado Spotorno, recomendó inmediatamente a la Cámara la adopción de medidas enérgicas. Fué Spotorno quien promulgó el famoso decreto bolivariano a virtud del cual sería condenado a muerte y pasado por las armas todo emisario, español o cubano, que se presentara en el campo de la insurrección ha-

ciendo proposiciones de paz, no basadas en los principios sustentados por los cubanos rebeldes. Spotorno desempeñó la presidencia de la República a entera satisfacción de sus compañeros.

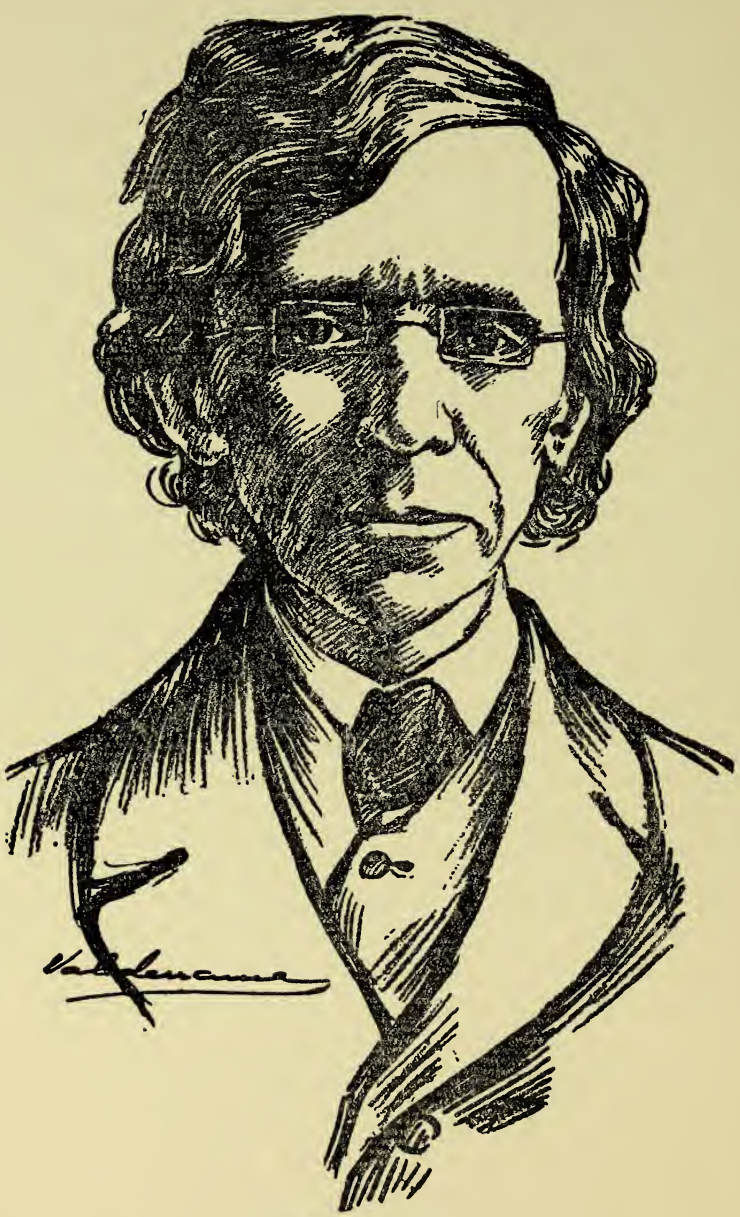
Electo Presidente en propiedad Tomás Estrada Palma, volvió Spotorno a ocupar su puesto de Diputado en la Cámara. Cuando el convenio del Zanjón, fué uno de los que trató la paz. Mucho debió sufrir el que había puesto en vigor aquel decreto enérgico en defensa de la integridad de los ideales de independencia, al tener que aceptar como irremediablemente, una paz ¡ay! que estaba muy lejos de reconocer la independencia a los cubanos.

Firmada la paz, vivió algún tiempo alejado por completo de la política. Luego ingresó en el Partido Autonomista, partido del que fué un leal y convencido adepto. La revolución del 95, obra de Martí, lo tuvo entre sus adversarios. Pensando acaso en hacer un bien a su patria, se entrevistó con Bartolomé Masó, a raíz del pronunciamiento de éste en Bayate, tratando de convencerlo y atraerlo a la legalidad bajo el régimen de España, cosa que fué inútil.

Pero ni esto, ni el haberse mantenido durante toda la revolución última, al lado de España, es bastante a arrebatarle sus laureles de patriota, adquiridos en buena lid. Constituída la República independiente, el sufragio popular lo llevó a ocupar un escaño en la Cámara de Representantes, representación que llevó con la

misma pulcra alteza que en los años juveniles la había llevado a caballo y en disposición de morir a cada hora, a cada minuto.

Cargado de años, cerca ya de los noventa, murió tranquilo, como un justo, en la ciudad que lo vió nacer y lo vió en más de una ocasión con la frente tenazmente levantada ante la desvergüenza buscona, sin miedo a encararse con la virtud silenciosa y el mérito augusto y libre...



FELIX VARELA

Nació el 20 de noviembre de 1788.—Murió el 25 de febrero de 1853.

FELIX VARELA

El Padre Varela—así se le conoce en la historia de Cuba—fué uno de los primeros cubanos que supieron honrar a su patria. El, como dijo José de la Luz y Caballero, enseñó a pensar a sus paisanos. Antes que él, nadie arrojó luz de verdad y de sabiduría en medio de los prejuicios y errores en que descansaba la sociedad de aquellos tiempos de justicia deshonrada por el interés, de razón ofuscada por el odio, de humanidad avasallada por la tiranía, de progreso vencido por la ignorancia. En la época en que surgió a la vida pública Varela, en que dió comienzo a su apostolado, la ley no toleraba más filosofía que la eclesiástica, ni había más lengua que el latín. En latín escribió primero una serie de proposiciones, y luego el Elenco, y más tarde, la obra que había de ser como la iniciación de formidables combates contra el escolasticismo: sus *Instituciones de filosofía ecléctica,* para el uso de la juventud estudiosa. Asom-

bro causaron sus doctrinas. Pero nadie le salió al encuentro, por lo que pudo continuar, desde la cátedra y el libro, difundiendo, sereno y tranquilo, la claridad de su saber y su sentir. El, anticipándose a su tiempo, explicó ante sus discípulos Física, Química, Botánica, Geografía, de acuerdo, no con el estado de atraso de su pobre patria, sino de conformidad con los pueblos libres y más adelantados del mundo. El produjo en Cuba, con sus ideas, una revolución moral e intelectual, precursora acaso de la revolución por la libertad e independencia. En la fundación de un pueblo, tanto hace el que prepara las conciencias para la lucha, como los que luchan y mueren en el campo de batalla. Luego, morir bien, cualquiera sabe. Ser héroe o mártir, es a veces cuestión de circunstancias...

En la Habana nació. Fué su padre, como su abuelo, un militar. Con seis años apenas, lo llevaron a la Florida, entonces posesión española. Allí aprendió las primeras letras y comenzó a mostrar las precocidades de su inteligencia. En la niñez aún volvió a Cuba, e ingresó como alumno interno en el Colegio Seminario de San Carlos y San Ambrosio, plantel donde recibieron educación muchos cubanos que luego adquirieron fama. Desde su ingreso en este colegio hizo gala de su talento, por lo que se ganó el afecto y la admiración de sus profesores. ¿Había oposiciones? Pues suyos eran los premios. Todavía imberbe, ganó, mediante ejercicios, la cátedra de Filosofía, cátedra que el inolvidable

Juan José Díaz de Espada y Landa, Obispo diocesano, hombre justo y bueno, le otorgó dispensándole la edad. Anteriormente había recibido la primera tonsura clerical, y sucesivamente, las órdenes menores y el subdiaconado y el diaconado, y por último, habíase ordenado presbítero, fin de su carrera eclesiástica.

Dedicado a enseñar—¡qué gran apostolado!—, pone a sus discípulos en contacto con las ciencias positivas, en contacto con las ciencias, en sus progresos vigorosos. Al estudio y difusión de la física consagróse muy principalmente: de ahí sus *Lecciones de Filosofía*—su obra más notable—, en la que expone, con arreglo a los tiempos, cuanto era posible acerca de física y química elemental. En su amor a estos interesantes estudios, cuando no podía adquirir los instrumentos y aparatos que estimaba necesarios, los construía él mismo. ¡Cómo estimulaba aquel maestro sin canas a la juventud de su pueblo, para que pensara y reflexionara por sí, desdeñando los meros ejercicios de la memoria! ¡Cómo iba dotando a los hombres futuros de los conocimientos necesarios para la vida libre!

Bueno, dicen que era como un santo: constante en el ejercicio de la caridad. Tenía algo de Cristo en el rostro, y era de Cristo su corazón generoso. Como sacerdote de la fe católica que había profesado, nunca dejó de ser evangélico. De su elocuencia en el púlpito, dicen los que tuvieron la dicha de oirlo que era abundosa, profunda...

El pronunciamiento de Riego en España, precursor del restablecimiento en la antigua Metrópoli del sistema constitucional, tuvo una muy honda repercusión en Cuba. De acuerdo con el nuevo régimen, debían los cubanos elegir los diputados que en las Cortes tuvieran su representación. Con tal motivo, la Real Sociedad Patriótica acordó, a fin de ilustrar a cuantos quisieran en la ciencia de la política, crear una cátedra llamada de Constitución. Dicha cátedra, sacada a oposición, le fué otorgada a Varela, no obstante haber concurrido a disputársela José Antonio Saco, Nicolás Manuel Escovedo y Prudencio Hechevarría. El padre Varela explicó dicha ciencia, no solamente a sus alumnos, sino al pueblo todo que escuchaba sus lecciones. Gracias a eso, supieron muchos hijos de Cuba, en aquella época, lo que era la organización de los poderes y cuáles los derechos que la Constitución otorgaba. Fué entonces que llegó Valera, como dice uno de sus apologistas, al cenit de su gloria.

Verificadas en Cuba las elecciones para Diputados, fué elegido Varela, el primero, para representar a los cubanos en las Cortes de España, en 1822. No fué él de buen grado, pero fué, porque creía que era su deber acatar la voluntad de su pueblo. Y fué a las Cortes del Reino. En España, apenas llegó, reimprimió su *Miscelánea Filosófica,* lo que le ganó un triunfo sonado. Luego se dedicó al cumplimiento de sus altos deberes: a luchar por los fueros de la

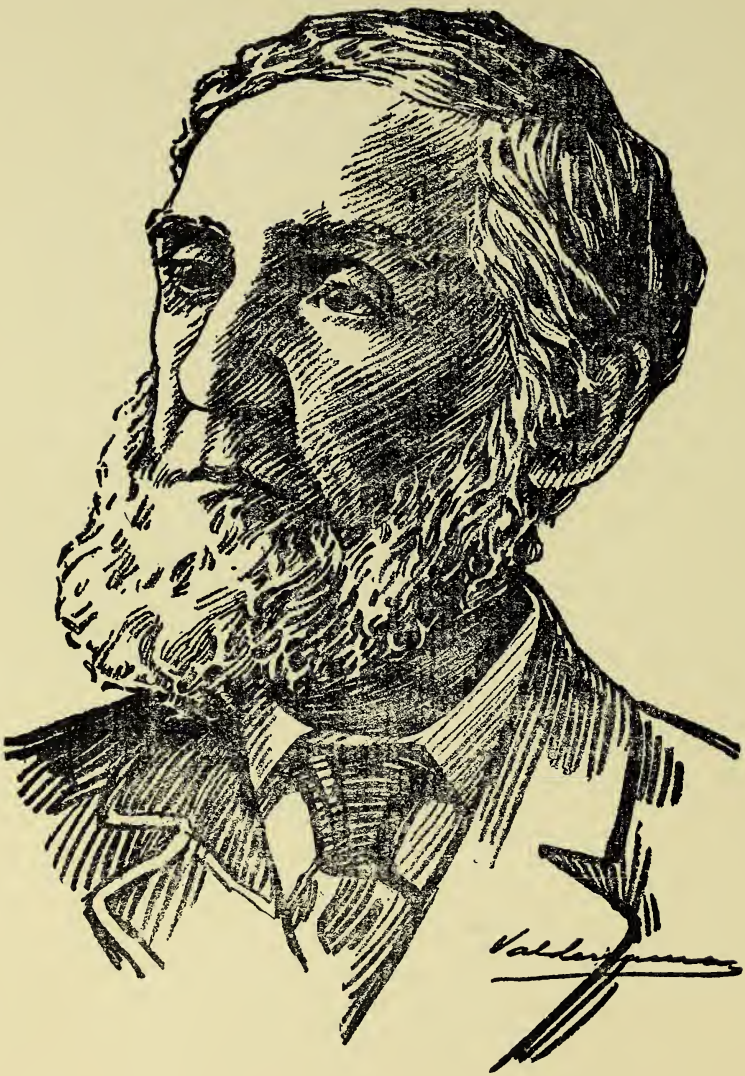
justicia y la libertad, por el bien de su país. Allá, en España, lo sorprendió la intervención francesa, la invasión del territorio peninsular español por los soldados del Duque de Angulema y el restablecimiento del poder absoluto. Condenados a muerte por el Rey Fernando VII los diputados que habían tomado el acuerdo de declararlo incapaz y destituirlo, tuvo Varela que huir y refugiarse en Gibraltar, pasando luego a los Estados Unidos.

Pobre y triste desembarcó en playas americanas, en New York. Autorizado a poco por el Obispo de esa ciudad para el ejercicio de su ministerio sacerdotal, a ello se consagró. Y como le era fácil todo a su gran entendimiento, aprendió la lengua inglesa, hasta el extremo de poder disertar desde el púlpito, en el idioma de Shakespeare, con la misma elocuencia que si lo hiciera en su propio idioma. La historia de la Iglesia católica de los Estados Unidos no podrá ya olvidar el nombre del esclarecido cubano. Promulgada una amnistía, por la cual podía volver a Cuba, no quiso aprovecharse de su gracia. Así, lejos de la patria que tanto amara, vivió, hasta que la muerte, la niveladora, le cerró los ojos para siempre.

Atendiendo a ruegos de amigos, fué a buscar la salud que en el Norte le faltaba al estado de Florida. En Fernandina, un lindo pueblo de ese Estado de la gran República del Norte, rodeado de amigos que lo amaban como hijo, o como padre, exhaló el último suspiro, acaso

pensando en la patria. En la tumba se grabó esta inscripción: "Aquí yace el Padre Varela; Cuba le dió cuna; Florida, sepultura."

Hasta el año de 1911 estuvieron sus sagrados restos allá. Hoy reposan en su tierra, en esta tierra que en ocasiones parece alimentar el alma de un chacal insaciable.



CIRILO VILLAVERDE

Nació el 28 de octubre de 1812.—Murió el 24 de octubre de 1894.

CIRILO VILLAVERDE

Por su amor a la patria, demostrado no en días de rigodones y banquetes, sino en días de patíbulos y destierros; por eso, y por haber sido una de sus más altas cumbres intelectuales, bien ganado se tiene Cirilo Villaverde asiento perdurable en nuestra historia. No fué apóstol, no fué soldado: la tribuna no le sirvió de pedestal a su palabra, ni las trompetas bélicas de heraldos. Sus ojos no vieron nunca claridades de incendios ni fragores de combates; su voz no se esparció nunca entre las multitudes como aluvión de alas y centellas. Su grandeza es de esas apacibles, calladas, de esas que se forjan y viven como los ríos subterráneos. Literato, su labor no es de espuma, sino de oro macizo: ahí están sus libros. Patriota, su nombre lució siempre en la lista de los buenos. Narciso López lo tuvo a su lado cuando la conspiración del 48; lo tuvo también cuando su heroico y glorioso intento revolucionario, y la guerra de los diez

años lo halló en su puesto de proscripto rebelde. En pro del ideal, por el triunfo de la causa santa, su pluma fué incansable pregonera de civismo. Por su talento, es constantemente loado: séalo también por su férvido amor a la libertad de su patria...

En el ingenio Santiago, enclavado cerca de San Diego de Núñez, lindo pueblo de la región vueltabajera, vino a la vida. Desde temprana edad comenzó a estudiar. A los trece años escasos se traslada a la Habana, donde, después de ser por algún tiempo alumno del colegio que dirigía Antonio Vázquez, dedícase a aprender latín con Fray Joaquín de Morales, profesor de filosofía entonces del Convento de la Merced. Mas no fueron Vázquez, ni Morales, quienes pesaron en el ánimo de aquel niño valioso, sino Francisco Javier de la Cruz, sucesor insigne de Varela y Luz Caballero en la cátedrá del Seminario, plantel semioficial en aquellos ya lejanos tiempos coloniales. En la Habana se gradúa primero de bachiller en leyes, y luego de doctor en derecho. Poco tiempo ejerce esta carrera, porque, enamorado de la literatura, se dedica, fascinado por la gloria, al cultivo de las letras.

En 1837 publica sus primeras novelas, tituladas *La cueva de Taganana y La peña blanca.* Esta última llama la atención de Domingo Delmonte, quien lo invita a participar de las veladas que por su iniciativa se celebraban periódicamente en la Habana. Después de esas narracio-

nes da a conocer otras, y también las impresiones de un viaje a Vuelta Abajo, páginas verdaderamente admirables por el colorido. Luego da a la publicidad el primer tomo de *Cecilia Valdés o la loma del Angel,* novela que, debido a miles de contrariedades, no terminó, o al menos no publicó completa, sino cuarenta años después. Esta obra es indudablemente lo más brillante y preciado de la labor toda de Villaverde. Eminentes personalidades la han juzgado ya, y le han señalado el lugar que se merece. Si Villaverde no tuviera más méritos que el ser autor de esa obra, por eso sólo merecería el recuerdo constante, la gratitud perenne de sus paisanos.

Fué también un educador. En el colegio *Buenavista y La Empresa,* de Matanzas, y más tarde en el *Real Colegio Cubano,* estuvo de profesor. En esa época publicó su *Texto de geografía de la Isla y El librito de los cuentos y las conversaciones,* libros que le valieron, además de un triunfo material, calurosos aplausos. Pero, educador o literato, no hay más que Villaverde cubano. Desde 1840 se hizo sospechoso al Gobierno español, por sus ideas de marcado sabor separatista, que vertía sin miedo. Seis años después, ligado al general Narciso López, se hace todavía más sospechoso, debido a su íntima amistad con aquél, que ya tramaba un movimiento revolucionario. Descubierto el plan, perseguido López, Villaverde fué preso, así como José Sánchez Iznaga y Francisco Díaz de Villegas,

otros de los conspiradores. Conducido a la cárcel de Matanzas, en ella permanece hasta la tramitación de la causa. Lo que sufrió, encerrado en miserable calabozo, sin luz ni aire, es difícil de contar. Condenado después a muerte, pudo, gracias al llavero del citado departamento penal, huir, refugiándose en una casa de extramuros, donde logró estar hasta que en la bodega de un barco pudo trasladarse a un pueblo de la costa sur de la Florida, lugar de donde días después salió para New York. Ya en esta ciudad, comienza, junto con Narciso López, a laborar en pro de un movimiento revolucionario.

El literato se hizo periodista, ora doctrinario, ora de combate. En el periódico *La Verdad,* periódico del que fué primero colaborador y luego redactor en jefe, hay un inmenso caudal de artículos suyos, demostración del más puro patriotismo. Fué luego el secretario militar del general López. En una reunión celebrada en la casa de éste, y a la cual asistieron él, Teurbe Tolón y otros, tuvo lugar la creación de la bandera cubana, esa enseña que más tarde, a propuesta de Eduardo Machado en la Cámara de Guáimaro, se adoptó en lugar de la que había enarbolado Céspedes en la Demajagua el 10 de octubre de 1868. A él, a Cirilo Villaverde, se deben los colores de nuestra enseña.

En los comienzos de 1850 se constituyó en la ciudad de New York una agrupación con este título: "Junta pública promovedora de los intereses políticos de Cuba", agrupación de la que

fué nombrado presidente Narciso López y secretario Cirilo Villaverde. Cuando la primera expedición de López, la que llevó a Cárdenas, él fué como la representación de los revolucionarios en el exterior. Lo mismo cuando la segunda, que culminó en el desastre de las Pozas y prisión y muerte del valiente venezolano, precursor de Céspedes y Martí en el camino sangriento de la guerra necesaria. ¡Cuánto sufrió Villaverde al saber de los fracasos! Mas no por eso dejó de continuar bregando en favor de la independencia de su país. En esa época es que, cansado de andar solo por los caminos del mundo, contrae matrimonio con la señorita Emilia Casanova. Gran consuelo fué para Villaverde la compañía de dama tan culta y distinguida. Ella, a más de su esposa, fué su camarada de sueños y luchas, su compañera de ideales, su colaboradora inteligente.

Al cabo de diez larguísimos años de vagar por tierra extraña, vuelve a su patria, a la Habana. Los amigos lo reciben con cariño, la sociedad toda le hace demostraciones de respeto y afecto. A poco se hace cargo de la imprenta *La Antilla,* donde imprime algunas obras, entre otras, una contentiva de los artículos de Anselmo Suárez Romero. Luego, en compañía del meritísimo periodista Adolfo Márquez Sterling y de Francisco Calcagno, comienza a publicar *La Habana,* periódico de carácter puramente literario. Alentado por el señor P. Massana, impresor, comienza la refundición o conclusión de

Cecilia Valdés. En esto vuelve a New York: el ambiente de la patria esclava le hacía daño. En la ciudad americana forma parte, sucesivamente, de la redacción de *La América* y de *La Ilustración Americana*. Más tarde, cuando Cuba luchaba por su independencia, de 1868 a 1878, fué un batallador incansable en la propagación de las ideas separatistas.

Antes de hundirse en el Zanjón, antes de caer en el pacto infame la revolución iniciada por Céspedes, preparó una edición especial de sus obras completas. Pasados algunos años de esto, volvió a Cuba en busca de medicina para su alma y su cuerpo enflaquecido. Fué este viaje rápido. A poco regresa a New York, donde ya había fijado su residencia definitiva y donde no cesa de pensar en Cuba, de trabajar por Cuba, de laborar por su felicidad, por el logro de sus derechos. Octogenario ya, sintiéndose morir, dispone que su cadáver sea trasladado a su tierra, y en un día húmedo de octubre, tranquila el alma, serenos los ojos, vuélvese del lado de la Eternidad y se queda dormido. A su país llegó su cadáver en silencio, como cosa sin valor. Y fué enterrado en el Cementerio, lugar donde hoy reposan sus restos bajo una losa que nada dice al transeunte de lo mucho que valía...

INDICE

	Pág.
Exvoto	5
Al lector	7
Agramonte y Loinaz, Ignacio	11
Agüero, Joaquín de	17
Aguilera, Francisco Vicente	25
Arango y Parreño, Francisco	31
Armenteros, Isidoro de	37
Betancourt Cisnero, Gaspar	45
Castillo, Honorato del	53
Céspedes, Carlos Manuel	61
Cisneros Betancourt, Salvador	67
Estrada Palma, Tomás	75
Figueredo, Pedro	85
García Iñiguez, Calixto	93
García y González, Vicente	99
Goicouría, Domingo de	107
Gómez Máximo	119
Gutiérrez, Miguel Jerónimo	127
Heredia, José María	135
López Narciso	141
Lorda, Antonio	151

Pág.

Luz y Caballero, José de la. 157
Maceo, Antonio. 163
Maceo, José 171
Martí, José 179
Masó, Bartolomé. 187
Moncada, Guillermo 195
Morales Lemus, José 203
Morales y González, Rafael 211
Pintó, Ramón 219
Quesada, Gonzalo de 227
Quesada, Manuel de. 235
Rabí, Jesús 245
Saco, José Antonio 253
Sánchez, Serafín. 259
Spotorno, Juan B. 269
Varela, Félix. 277
Villaverde, Cirilo. 285

12.13.63

Date Due

Due	Returned	Due	Returned

UNIVERSITY OF FLORIDA
3 1262 07206 0188
920.07291
C204p
1928
LATIN
AMERICA